

U A N

UTÓNOMA DE NUEV

CION AL DE BIBLIOTE

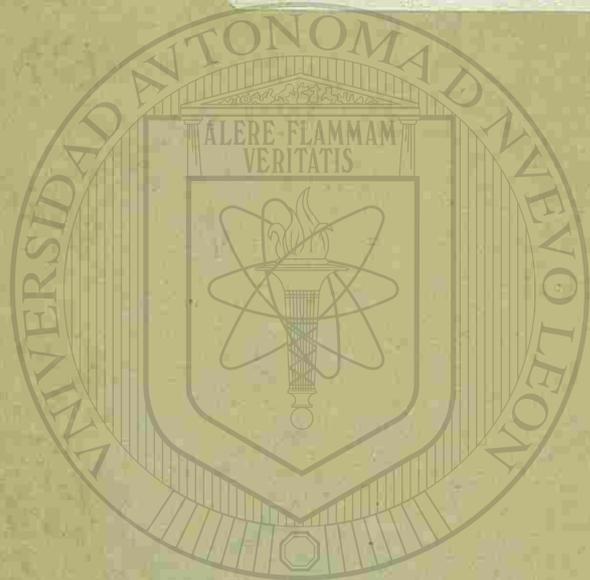
NEPASSANI

L. HORI

P023/9
H6B



1020026645



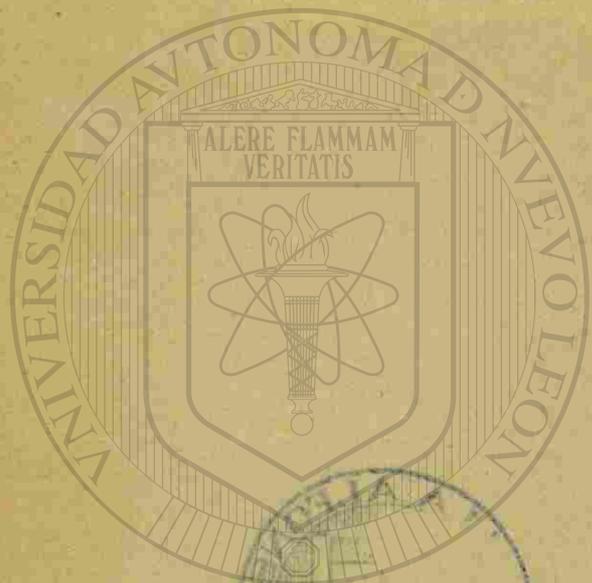
UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO GONZÁLEZ
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U A N L

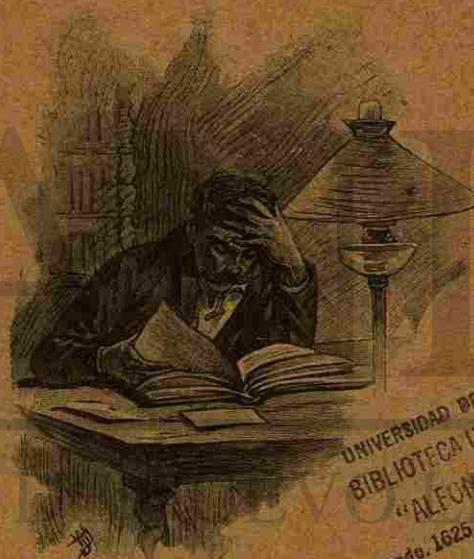
OBRAS COMPLETAS
DE
GUY DE MAUPASSANT
(EDICIÓN ILUSTRADA)

Núm. Clas.	CC
Núm. Autor	M 152 ho
Núm. Adg.	30510
Procedencia	-8-
Precio	
Fecha	
Clasificó	
Catalogó	

Obras completas de Guy de Maupassant.

Versión castellana de Luis Ruiz Contreras.

EL HORLA



(58 dibujos de Julián Damazy grabados en madera por Lemoine.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RAYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

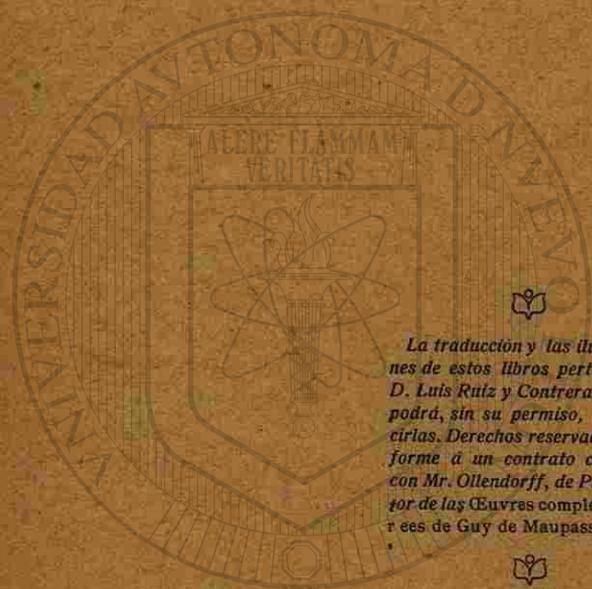
1905

"Ediciones literarias y Artísticas."

Oficinas: 140, calle de Alcalá, Madrid.

099765

30510



La traducción y las ilustraciones de estos libros pertenecen a D. Luis Ruiz y Contreras y nadie podrá, sin su permiso, reproducirlas. Derechos reservados, conforme a un contrato celebrado con Mr. Ollendorff, de París, editor de las Œuvres complètes illustrées de Guy de Maupassant.

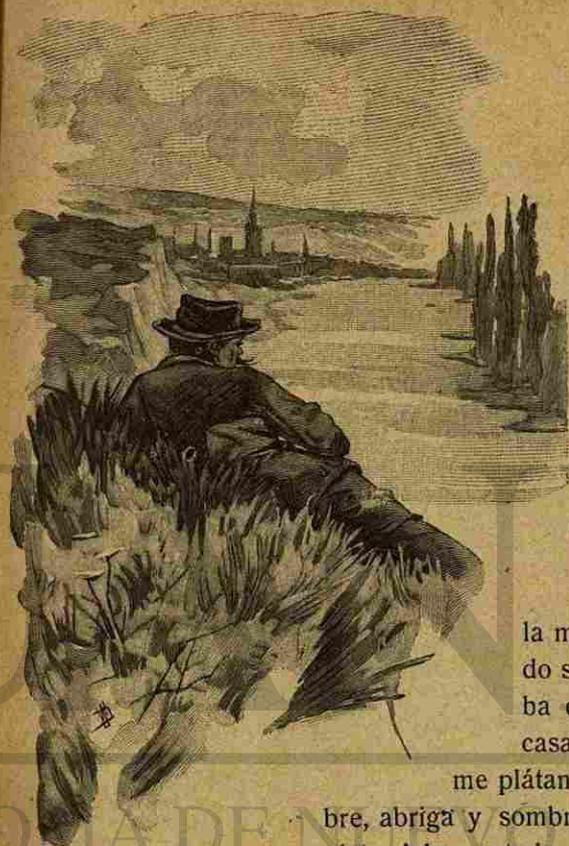


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid, Imprenta de Anto-
nio Marzo, San Hermenegildo,
32 duplicado. Teléfono 1.977.



EL HORLA

8 de Ma-
yo. — ¡Qué
día tan de-
licioso! He
pasado toda
la mañana tendi-
do sobre la hier-
ba delante de mi
casa, bajo el enor-

me plátano que la cu-
bre, abriga y sombrea por com-
pleto. Adoro este lugar y me agra-
da vivir en él porque tengo aquí mis raíces, las
profundas y delicadas raíces que nos unen á la tierra
donde nacieron y murieron nuestros abuelos, que
nos identifican con lo que se piensa y con lo que se
come, lo mismo con las costumbres que con los

alimentos, con los modismos locales, con las entonaciones de los campesinos, con los perfumes de la tierra, con el ambiente de los pueblos, con el aire.

Adoro la casa donde me crié. Desde sus ventanas veo correr el Sena lamiendo la tapia de mi jardín, junto á la carretera; el anchuroso río va de Rouen al Havre, cubierto siempre de barcos.

A la izquierda, y á lo lejos, Rouen, la ciudad espaciosa, con sus tejados azules, con sus innumerables campanarios góticos dominados por la veleta de hierro de la catedral, con sus campanas, que resuenan en el aire azul de los días claros, trayendo á mis oídos un dulce y lejano murmullo, su canto de bronce, ya resonante, ya débil, según que la brisa despierte ó se adormezca.

¡Qué mañana tan deliciosa!

A eso de las once cruzaron por delante de mi verja varios buques arrastrados por un remolcador del tamaño de una mosca, y que hipaba de fatiga, vomitando un humo espeso.

A la zaga de dos goletas inglesas, cuya roja bandera ondeaba en el aire, iba un soberbio bergantín brasileño, muy blanco, admirablemente limpio y resplandeciente. Lo saludé, porque su presencia me agradó.

12 de Mayo.—Hace días que me siento febril; estoy enfermo y, sobre todo, estoy triste.

¿De qué provienen esas influencias misteriosas que truecan en desaliento nuestra dicha y nuestra confianza en angustia? Diríase que la invisible atmósfera está llena de ignorados poderes, que nos hacen sentir su proximidad misteriosa. Me despierto alegre, con deseos de cantar. ¿Por qué? Bajo hasta la orilla del río, y después de un corto paseo, vuelvo desolado, como si temiera encontrar en mi casa una desdicha. ¿Por qué? ¿Acaso un escalofrío, estremeciendo mi piel, ha desquiciado mis nervios y entristecido mi alma? ¿Tal vez la forma de las nubes ó los reflejos del sol, ó el color tan variable de los objetos que se ofrecen á mis ojos ha turbado mi pensamiento? ¿Quién sabe? Todo lo que nos rodea, todo lo que vemos hasta sin mirarlo, todo lo desconocido que nos roza, todo aquello en que tropezamos sin hacer intención de tocarlo, todo lo que se nos aparece sin que hubiéramos pensado el verlo, todo ejerce sobre nosotros, sobre nuestros sentidos, sobre nuestro pensamiento, sobre nuestro corazón, una influencia rápida, sorprendente, inexplicable.

¡Qué profundo es el misterio de lo invisible! Nuestra pobre naturaleza no puede sonarlo; nues-

tros ojos no saben percibir ni lo muy pequeño ni lo muy grande, ni lo muy próximo ni lo muy lejano, ni los pobladores de una estrella ni los pobladores de una gota de agua...; nuestros oídos nos mienten, porque nos transmiten las vibraciones del aire, formando sonoras notas. Como hadas, hacen el milagro de convertir en ruido el movimiento, y por esta metamorfosis crean la música, en la cual aparece convertida en cántico la silenciosa elaboración de la Naturaleza...; nuestro olfato tiene una percepción mucho menor que el de un perro...; nuestro paladar apenas precisa los años que tiene un vino...

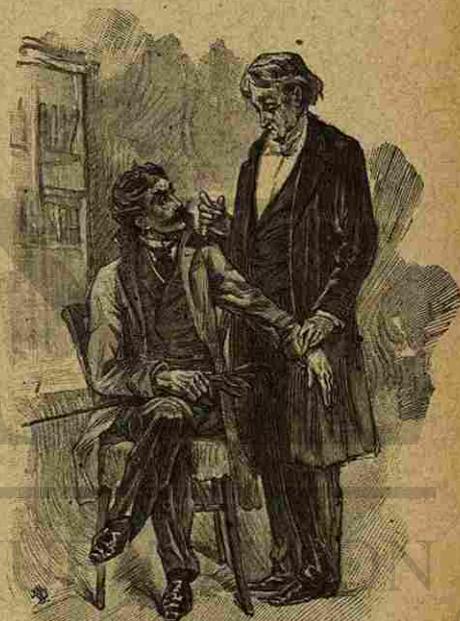
¡Ah! Si poseyésemos otros órganos que realizaran en ventaja nuestra otros milagros, ¡cuántos fenómenos descubriríamos alrededor!

16 de Mayo.—Estoy enfermo; ¡no hay duda! Y me sentía perfectamente hace un mes. Tengo fiebre, una fiebre devoradora, ó más bien, un enervamiento febril que abate mi alma tanto como mi cuerpo. Me abrumba sin cesar la sensación espantosa de un peligro imaginario; temo una desdicha que amenaza ó la muerte que se acerca, presentimientos que deben ser manifestación de una enfermedad desconocida que invade todo mi organismo.

18 de Mayo.—Acabo de consultar con un médico, porque ya no podía dormir. Encontró mi pulso al-

terado, mis pupilas dilatadas, mis nervios estremecidos; pero ningún síntoma alarmante. Debo someterme á las duchas y al bromuro.

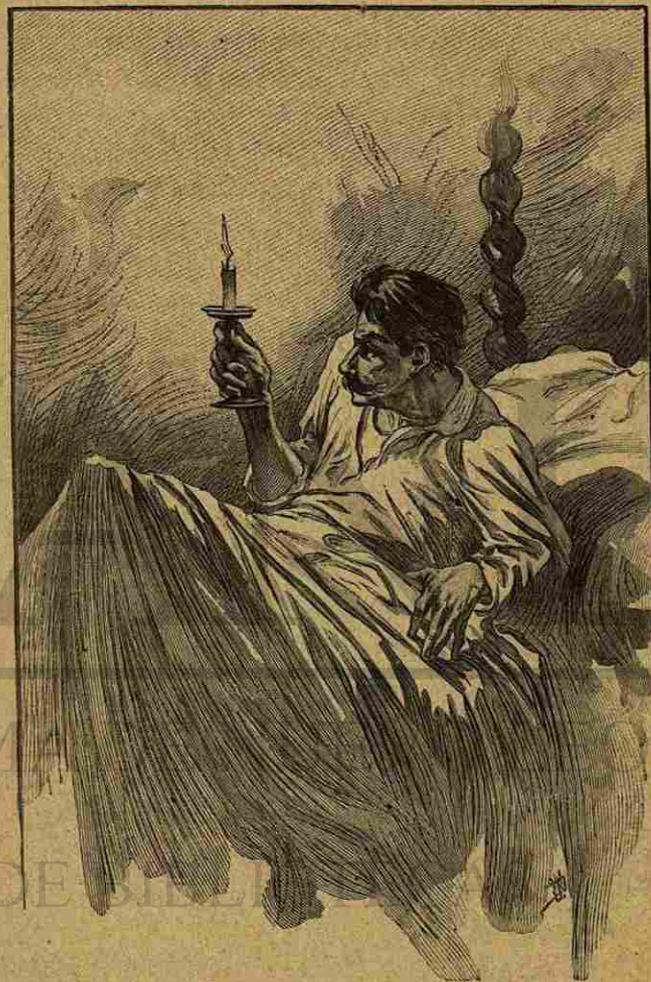
25 de Mayo.—¡Ningún alivio! Mi situación es muy extraña. A medida que se acerca la noche, una inquietud incomprendible me invade, como si la noche guardara para mí algo terrible. Como de prisa; intento distraerme con un libro; pero ni sé lo que leo, y apenas distingo las letras. Entonces, azorado, en un ir y venir inquieto, recorro mil veces mi sala, porque me impulsa un terror confuso, irresistible; temo dormir, temo acostarme.



A las dos próximamente me retiro á mi alcoba. Cierro con llave y cerrojo; tengo miedo. ¿Por qué? Nunca he temido así... Registro los armarios, levanto las ropas de la cama..., escucho..., ¿qué?... ¿Resulta extraño que una insignificante dolencia, tal vez un desequilibrio en la circulación, la irritación de un nervio, algo de congestión, una perturbación minúscula en las funciones—tan imperfectas como delicadas—de nuestro organismo, pueda convertir en melancólico al más alegre de los hombres y en cobarde al más valiente? Al fin me acuesto, esperando al sueño como si esperase al verdugo. Aguardo estremecido que llegue, y mi corazón golpea, mi carne tiembla bajo las ropas, á cuyo suave calor me sumerjo en el descanso, como pudiera sumergirme para morir en un pozo. No lo siento acercarse, como lo sentía en otro tiempo, á ese malvado sueño que se oculta cerca de mí, que me observa, que me agarra, cerrándome los ojos, abatiéndome.

Duermo mucho—dos ó tres horas—y sueño después. No es una pesadilla lo que me sobrecoge.

Comprendo que me hallo en la cama y dormido. Lo sé... y comprendo también que alguien se acerca, me mira, me toca, sube sobre mi cama, se arro-



dilla sobre mi pecho, me agarrota el cuello entre sus manos, y oprime, oprime... con todas sus fuerzas para estrangularme.

Yo me rebelo, abrumado por la impotencia desastrosa que nos paraliza cuando soñamos; quiero gritar y no puedo; quiero incorporarme y no puedo; procuro con esfuerzos terribles, jadeando, cambiar de postura para sustraerme al peso que me ahoga, y no puedo. ¡No puedo!

De pronto me despierto enloquecido, sudoroso. Enciendo una bujía. No veo á nadie.

Pasada la crisis—que se renueva todas las noches—, duermo ya tranquilo hasta el amanecer.

2 de Junio.—Mi situación se agrava. ¿Qué tengo? El bromuro no me sirve de nada; las duchas no me hacen efecto. Queriendo fatigar mi cuerpo—tan abatido—hice algunas caminatas por el bosque Roumare, creyendo al principio que la frescura de aquel ambiente ligero y suave, lleno de perfumes, renovarí la sangre de mis venas dando energías á mi corazón. Seguí un largo camino de cazadores y tomé luego hacia La Bouille por otro muy estrecho, entre dos filas de árboles desmesuradamente altos que interponían una masa de verdura impenetrable casi negra entre mis ojos y el cielo.

Sentí un repentino estremecimiento; no un estre-

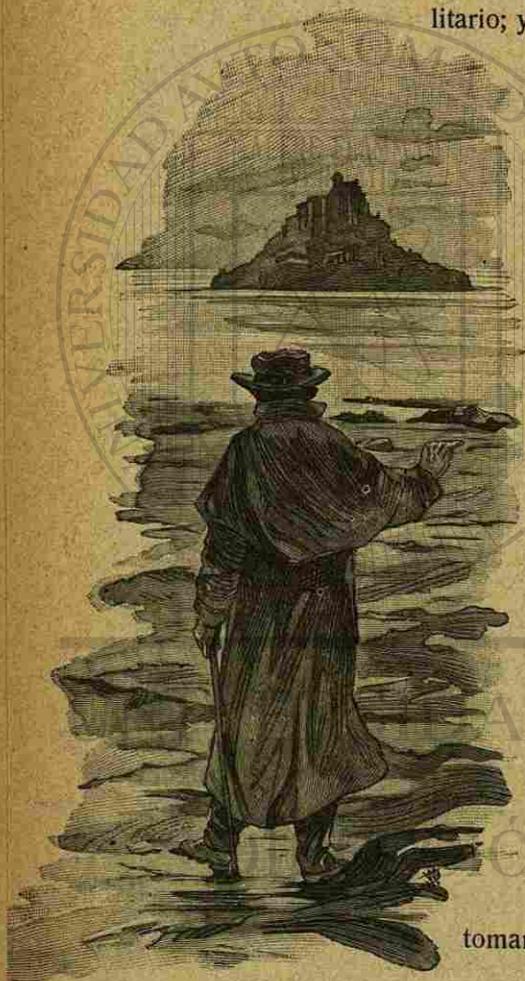
mecimiento de frío, sino un estremecimiento de angustia.

Me apresuré, inquieto de hallarme solo, en aquel bosque, acobardado sin motivo, estúpidamente, por la profunda soledad. Luego me pareció que me seguían pisándome los talones, muy cerca, tocándome. Volvíme bruscamente. No había nadie. Sólo vi á mi espalda la doble fila de árboles que bordeaba el camino recto y solitario, espantosamente so-



litario; y delante de mí extendíase de igual modo, recto y cerrado siempre, hasta perderse de vista, solitario y terrible.

Cerré los ojos. ¿Por qué? Comencé á dar vuel-
tas muy de prisa, como un trompo. Vacilé, abrí los ojos, los árboles bailaban en torno mío, la tierra flotaba, tuve que sentarme. Luego no supe ya por dónde había ido. ¡Extraña idea! ¡Extraña! ¡Muy extraña idea! No supe ya por dónde había ido, y tomando hacia la dere-



cha llegué al camino que me internó en el bosque.

3 de Junio.—La noche ha sido espantosa. He resuelto ausentarme un mes. Un viajecito, sin duda, me repondrá.

2 de Julio.—Vuelvo curado. Hice una excursión encantadora. Fuí al monte de San Miguel, donde no había estado nunca.

¡Qué magnífico espectáculo cuando se llega á Avranches como he llegado yo al atardecer! La ciudad se asienta sobre una colina; me acompañaron al jardín que sirve de paseo público á un extremo de la población. Allí lancé un grito de sorpresa. Extendíase á mis ojos una bahía inmensa, perdiéndose á lo lejos entre las brumas dos costas divergentes, y en el centro de aquella inmensa bahía dorada, bajo un cielo de oro y de luz, elevábase puntagudo y sombrío el extraño monte, dibujando su perfil de fantástica roca, en cuya cumbre se levanta un fantástico monumento.

Al amanecer volví á la bahía. La marea baja me permitió avanzar; anduve algunas horas pisando siempre arena, con los ojos fijos en el sorprendente monasterio que se alzaba delante de mí. Al cabo llegué á la roca donde se acoge un corto vecindario al pie de la iglesia majestuosa. Encaramándome por la estrecha calle, pude admirar el más precioso

edificio gótico dedicado á Dios en la tierra, extenso como una ciudad, cuyas criptas parecen aplastadas por las resistentes bóvedas y cuyas altas galerías apoyan sus techos en delgadas columnas. Vi por dentro la gigantesca joya de granito ligera como un encaje de seda, erizada de torres, de esbeltos campanarios, á cuyas elevadas alturas conducen escaleras retorcidas, torres que horadan el cielo azul de los días, el obscuro cielo de las noches con sus cabezas coronadas de fantasías, de diablos, de animales quiméricos, de floraciones monstruosas, unidas entre sí por tenues arcos primorosamente labrados.

Cuando hube subido á lo más alto, dije al fraile que me acompañaba:

—Reverendo Padre, ¡qué bien estarán ustedes aquí!

Me contestó:

—Hace mucho viento, caballero.

Y hablamos, tranquilamente, mientras la marea subía cubriendo el arenal con una coraza reluciente como el acero.

El fraile me contaba historias de otros tiempos, leyendas referentes al monte de San Miguel; siempre leyendas.

Una sobre todo me impresionó. Los habitantes de aquella roca dicen que por la noche se oye ha-

blar en la playa desierta; además también dicen percibir los balidos de dos cabras, los de la una potentes, débiles los de la otra. No faltan incrédulos que atribuyan aquellas voces á las aves del mar; pero los pescadores rezagados juran haber visto vagando sobre las dunas entre las dos mareas á un viejo pastor que lleva siempre la cabeza metida entre la manta y que conduce á un macho cabrío con apariencias de hombre y á una cabra con hechuras de mujer; el uno y el otro tienen largos cabellos blancos y hablan sin cesar en un idioma desconocido, querellándose; luego interrumpen su diálogo y balan con toda su fuerza.

Le dije al fraile:

—¿Merece crédito esa historia?

Y el fraile contestó:

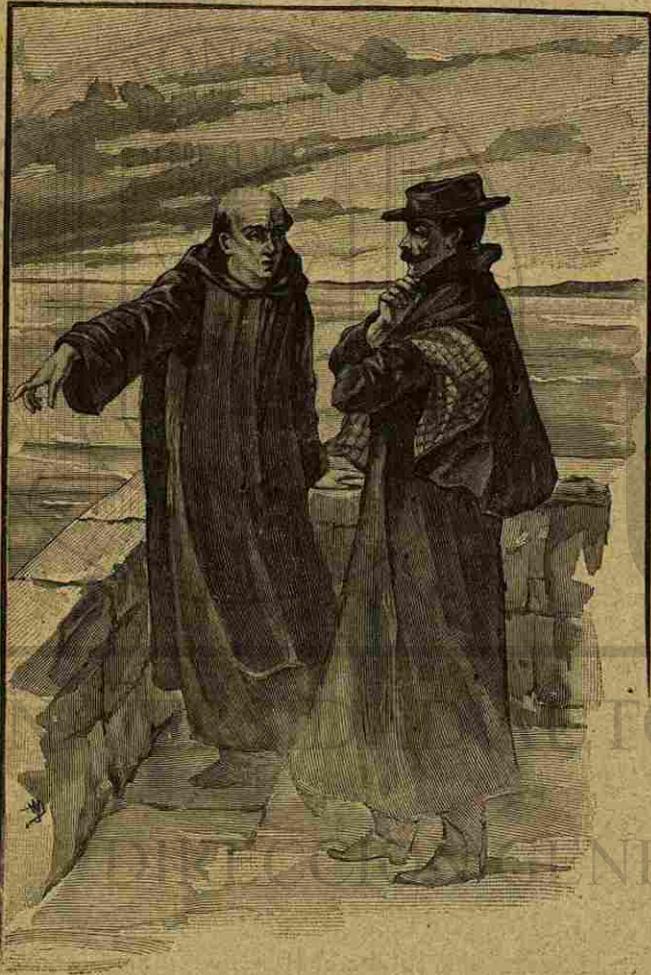
—Lo ignoro.

Insistí:

—Si existieran en este mundo seres distintos de nosotros, ¿no los conoceríamos hace tiempo? ¿Es posible que no los hubiera visto usted? ¿que no los viera yo?

Respondióme:

—¿Acaso vemos ni la cienmilésima parte de lo existente? El viento es una de las mayores energías de la Naturaleza; combate al hombre, derriba los



edificios, arranca los árboles, levanta montañas de agua en el mar, arroja las embarcaciones contra los escollos, silba, gime, ruge, mata; y sin embargo, ¿lo ha visto usted alguna vez? ¿Puede usted verlo? Y tampoco puede usted negar su existencia. Existe.

No supe replicar á tan sencillo razonamiento. Aquel hombre que hablaba conmigo era juicioso tal vez, ó tal vez necio; no pude precisarlo en aquel momento y me callé. Lo que me decía ya se me había ocurrido con frecuencia.

3 de Julio.—He dormido mal; seguramente hay aquí una influencia dañosa que produce calentura, porque mi cochero padece la misma enfermedad que yo. Al retirarme ayer le vi muy pálido, y le pregunté:

—¿Está usted enfermo, Juan?

—No consigo descansar; el sueño no me aprovecha, señor. Desde que se marchó el señor, me fatigo más de noche durmiendo que de día trabajando.

El resto de la servidumbre no se duele de nada, pero yo temo que la fiebre me vuelva.

4 de Julio.—No hay duda; la fiebre me agarrota de nuevo. Se reproducen mis antiguas pesadillas. La noche pasada sentí que alguien, agazapado junto á mí, poniendo su boca sobre mi boca, sorbía mi vida entre mis labios. Sí; la sorbía como una san-

guijuela. Después, levantándose harto, desapareció, mientras yo me despertaba tan

dolorido, tan quebrantado y aniquilado, que apenas podía moverme. Si esto continúa, me veré obligado á emprender otro viaje

5 de Julio.—

¿Me habré vuelto loco? Lo que me ha pasado anoche me parece tan inverosímil, que pierdo el juicio al recordarlo.

Como tengo por costumbre, había cerrado con llave la puerta de mi alcoba;

luego sentí sed, y al tomar medio vaso de agua, pude advertir que la botella estaba llena.

Me acosté, y en cuanto me dormí, comenzó á torturarme una espantosa pesadilla, como todas las



noches; á las dos horas despertóme una sacudida violenta.

Mi situación era en aquel momento semejante á la de un hombre dormido al cual asesinan y que despierta con el cuchillo clavado en el pecho, jadeante, sangrando, ahogándose, moribundo, sin comprender la causa.

Cuando recobré la serenidad, sentíme otra vez sediento; encendí la bujía y me acerqué al sitio donde había dejado la botella. La cogí, la incliné sobre el vaso y no cayó ni una sola gota de agua; ¡estaba completamente va-

cia! De pronto no supe cómo explicármelo, y luego sentí una emoción tan espantosa, que me desplomé sobre una silla; después levantéme de un brinco para mirar en torno; volví á sentarme loco de sor-



me. Me acordé de la pesadilla que me había atormentado durante la noche anterior, y me quedé inmóvil, mirando fijamente al suelo.

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
 "ALFONSO REYES"
 No. 1325 MONTERREY, MEXICO

presa y de miedo contemplando la botella vacía, fijando los ojos en el cristal, queriendo comprender lo incomprensible. Mis manos temblaban. ¿Quién vació la botella? ¿Quién? ¿Yo mismo sin duda? La puerta estaba cerrada y allí no había nadie más que yo. Un fenómeno de sonambulismo; yo era sonámbulo; vivía, sin saberlo, esa doble y misteriosa vida que hace dudar si puede haber dos almas en un mismo cuerpo, si otro ser extraño, desconocido é invisible, se apodera de nosotros cuando nuestro espíritu duerme y nuestro cuerpo le sirve resignado, como á nosotros mismos, acaso más que á nosotros mismos.

¡Quién pudiera comprender mi angustia abominable! ¡Nadie comprende la emoción de un hombre de juicio sano, despierto, razonable, que mira con espanto una botella vacía donde se contuvo un poco de agua que desapareció sin saber cómo. Así estuve hasta el amanecer, no atreviéndome ni á mirar á mi lecho.

6 de Julio.—Me vuelvo loco. Me han vuelto á quitar toda el agua de la botella. Acaso la he bebido yo sin darme cuenta.

¿Pero es posible que sea yo y no me acuerde? ¿No será otro? ¿Quién? ¡Ah! ¡Dios mío! esto es volverse loco.

10 de Julio.—Acabo de hacer observaciones asombrosas.

No me cabe duda; estoy completamente loco.

El 6 de Julio, antes de acostarme, dejé sobre la mesa vino, leche, agua, fresas y pan.

Se bebieron—me bebí—toda el agua y un poco de leche. No tocaron al vino, ni á las fresas, ni al pan.

El 7 de Julio repetí la prueba y obtuve igual resultado.

El 8 de Julio suprimí el agua y la leche. Hallé intactos el pan, el vino y las fresas.

El 9 de Julio sólo dejé sobre la mesa leche y agua, teniendo la precaución de cubrir las botellas con una muselina blanca y de atar los tapones con un bramante; y cuando hube impregnado mis labios, mi barba y mis manos con polvos de lápiz, me acosté.

Como todas las noches, me abrumó un sueño pesado y terrible, seguido luego de un espantoso despertar. No me había movido en absoluto, ni en el embozo de la cama vi rastro alguno de mis dedos. Me levanté acercándome á la mesa; la muselina blanca tampoco se había manchado; desaté los bramantes, y advertí con horror que se habían bebido toda el agua y toda la leche. ¡Ah! ¡Dios mío!

Me trasladaré á París inmediatamente.

12 de Julio.—En París. No comprendo cómo perdí el juicio días atrás. Habré sido juguete de mi enervada imaginación, á menos que sea realmente sonámbulo; también puedo haber padecido una de las influencias comprobadas, pero inexplicables por ahora, que reciben el nombre de «sugestiones.» Lo cierto es que mi extravío rayaba en locura y que á las veinticuatro horas de hallarme en París, recobré mi aplomo.

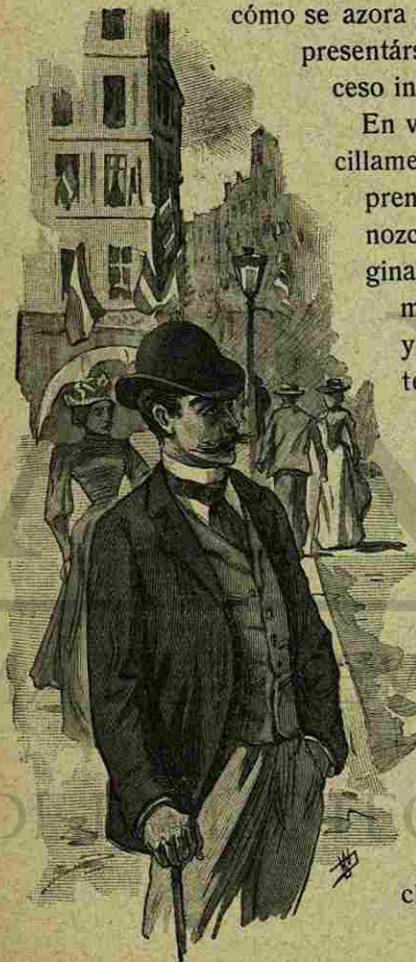
Después de algunas diligencias y visitas que refrescaron mi alma con alientos de vida nueva y briosa, fui al Teatro Francés. Representaban una comedia de Alejandro Dumas (hijo), y los razonamientos de su ingenio sutil y poderoso acabaron de aliviarme. Seguramente, la soledad es peligrosa para las inteligencias que trabajan demasiado. Necesitamos ver en derredor otros hombres que nos comuniquen sus pensamientos. La soledad prolongada puebla de visiones el vacío.

Volví á la fonda recorriendo á pie los bulevares; muy alegre. Codeándome con los transeuntes, recordaba, no sin alguna ironía, mis imaginaciones y espantos de la última semana cuando llegué á pensar—y lo creí de veras—que un ser invisible habitaba conmigo bajo mi techo.

¡Cuán débil es nuestro juicio y cómo se azora y se desvanece al presentárenos cualquier suceso incomprendible!

En vez de razonar sencillamente: «No lo comprendo, porque desconozco la causa», imaginamos en seguida misterios horrorosos y sobrenaturales potencias.

14 de Julio.—Aniversario de la República. He paseado por las calles. Los ruidos y las colgaduras me divierten como á un chicuelo. Y, sin embargo, considero estúpido alegrarse á fecha fija por mandato del Gobierno. La muchedumbre de ciuda-



danos resulta un rebaño imbécil, que tan pronto se resigna estúpidamente, como se insurrecciona con ferocidad. Le dicen: «Diviértete», y se divierte. Le dicen: «Lucha contra tu vecino», y lucha. Le dicen: «Vota por el Emperador», y vota por el Emperador. Luego le dicen: «Vota por la República», y vota por la República.

Los que le dirigen son tan estúpidos como él; pero en lugar de obedecer á otros hombres, obedecen á convencionalismos necios y estériles, á principios falsos por el sólo hecho de ser principios, es decir, ideas tenidas por indiscutibles é inmutables en este mundo donde no estamos seguros de nada, puesto que hasta la luz es una ilusión y otra ilusión el sonido.

16 de Julio.—Ayer hice observaciones que me han perturbado.

Comía en casa de mi prima, la señora de Sablé, cuyo marido, comandante del regimiento 76 de cazadores, se halla en Limoges. Estaban también invitadas dos amigas de mi prima, y el marido de una de ellas, médico—el doctor Parent—especialista en enfermedades nerviosas, cuyas manifestaciones extraordinarias dan lugar á las nuevas experiencias de hipnotismo y sugestión.

Extensamente nos refirió las prodigiosas obser-

vaciones hechas por sabios ingleses y médicos de la escuela de Nancy.

Los fenómenos que afirmaba como ciertos me parecían de tal modo extraños, que me declaré incrédulo en absoluto.

—Hemos llegado—afirmaba el doctor Parent— á descubrir uno de los más importantes secretos de la Naturaleza; uno de sus más importantes secretos en este mundo, porque tendrá sin duda otros más importantes en el espacio infinito, en las estrellas. Desde que el hombre razona, desde que formula por palabra y por escrito su pensamiento, se siente rodeado por un misterio que no pueden penetrar sus imperfectos y rudimentarios sentidos, cuya impotencia quiere suplir con su esfuerzo intelectual. Mientras la inteligencia del hombre se iba desarrollando, la obsesión de los fenómenos invisibles tomaba formas espantables. De ahí provienen las creencias antiguas de lo sobrenatural, las leyendas de duendes, de hadas, de gnomos, de aparecidos; pudiéramos decir que hasta la leyenda de Dios, porque la manera de presentarnos al Obrero Creador en todas las religiones, no deja de ser una invención de las más necias é inaceptables que ha producido el apocado cerebro de la humanidad. Nada más cierto que la frase de Voltaire: «Dios hizo el hombre

á su imagen y el hombre concibe, á medida de su criterio, sus dioses.»

Pero de medio siglo á esta parte se presiente algo nuevo. Mesmer y algunos otros nos abrieron una senda inesperada, y conseguimos, en estos últimos años principalmente, grandes resultados.

Mi prima, también muy incrédula, sonreía. El doctor Parent la dijo:

—¿Quiere usted que la hipnotice, señora?

Y ella respondió:

—No tengo inconveniente.

Mi prima se había sentado en un sillón y el doctor, mirándola fijamente á los ojos, la fascinaba. Yo me sentí de pronto algo turbado, mi corazón latía con violencia y me costaba esfuerzo tragar la saliva. Vi entornarse los ojos de la señora de Sablé; advertí la crispación de sus labios y las ansias de su pecho:

A los diez minutos ya estaba dormida.

—Póngase usted á su espalda—me dijo el médico.

Lo hice, y él puso en las manos de mi prima una tarjeta, diciendo:

—Es un espejo. ¿Qué ve usted reflejado en él?

Ella respondió:

—Veo á mi primo.

—¿Qué hace?

—Se retuerce los bigotes.

—¿Y ahora?

—Saca del bolsillo una fotografía.

—¿De quién?

—Su propio retrato.

¡Era verdad! Un retrato que mi prima no había visto nunca. El doctor prosiguió:

—¿Cómo está la figura en ese retrato?

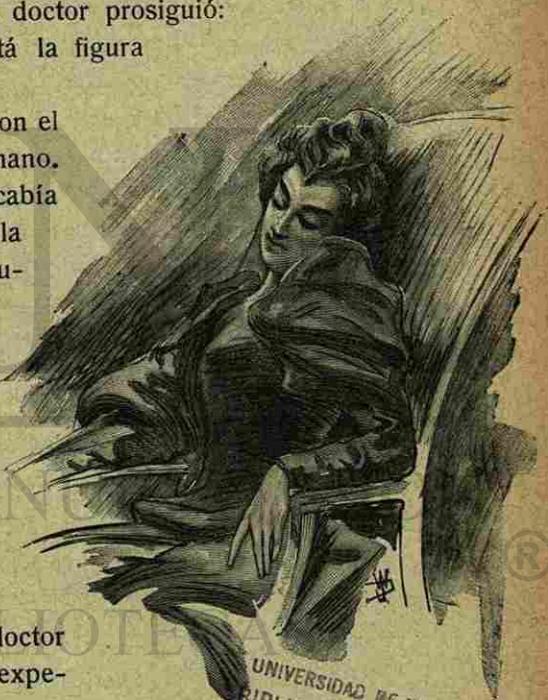
—De pie y con el sombrero en la mano.

Ya no me cabía duda; veía en la tarjeta, como hubiera visto en un espejo.

Las dos amigas de mi prima exclamaron aterradas:

—¡No más!
¡No más! ¡No más!

Pero el doctor insistía en su experimento:



—Mañana se levantará usted á las ocho para visitar á su primo en la fonda, suplicándole que la preste 5.000 francos, porque los necesita su marido, y ha de pedirselos á usted en su próximo viaje.

Inmediatamente la despertó.

Regresando al hotel discurría yo acerca de tan extraño suceso y me asaltaba la duda, no por suponer á mi prima capaz de un fingimiento, conociendo la sencillez de su carácter, sino sospechando alguna superchería del doctor. ¿No pudo reflejar mi fotografía en cualquier espejillo bien disimulado y ofrecer la imagen á los ojos de la señora de Sablé desvanecida? Los prestidigitadores hacen experimentos asombrosos.

Me acosté y dormí.

A la mañana siguiente me despertó mi criado con esta noticia:

—La señora de Sablé aguarda y dice que necesita inmediatamente hablar al señor.

Vestíme de prisa para salir á su encuentro.

Me saludó turbada, con los ojos entornados; y sin alzar el velo que cubría su rostro, me dijo:

—Vengo á pedirte un favor inmenso.

—Pídemelo todo lo que tú quieras.

—No sé cómo decírtelo, y es necesario que te lo diga. Préstame 5.000 francos.

—¿Para qué los quieres?

—Mi marido me los pedirá en cuanto venga. Le hacen falta.

Me quedé tan asombrado, que balbuceaba mis respuestas. Ocurrióseme que podría burlarse de mí habiendo preparado con el doctor Parent aquella farsa.

Pero mirándola fijamente se desvanecieron todas mis dudas. Angustiándose, mi prima temblaba; era para la infeliz muy bochornoso el paso que acababa de dar y comprendí que hacía esfuerzos para contener su llanto.

Además, yo estaba seguro de que mis primos disfrutaban de una renta cuantiosa, y objeté:

—¿Es posible que tu esposo no disponga de 5.000 francos? Reflexiona. ¿Es posible que te los pida?

Dudó un momento, como si esforzara la memoria para recordar; luego afirmó:

—Sí... sí... ¡estoy segura!

—¿Te lo ha escrito?

Reflexionó de nuevo. Yo comprendía que torturaba su memoria inútilmente, sin hallar la respuesta precisa. Ella sólo sabía una cosa: que debía pedirme 5.000 francos para su marido. Y obstinada en esa idea, se decidió á mentir:

—Sí, me ha escrito.

—¿Cuándo? ¿Cómo no me lo dijiste ayer?

—Recibí la carta hoy, muy temprano.

—¿La traes? Enséñamela.

—No... No... No... No es posible. Hablaba de asuntos íntimos... Tan íntimos que... la he quemado.

—¿De manera que tu esposo gasta más de lo que puede y se arruina?

Dudó antes de contestar:

—Lo ignoro.

Entonces dije:

—Lo peor es que no dispongo de 5.000 francos así, de momento.

Ella lanzó un suspiro de angustia:

—¡Oh! Te lo ruego... te lo ruego... búscalos...

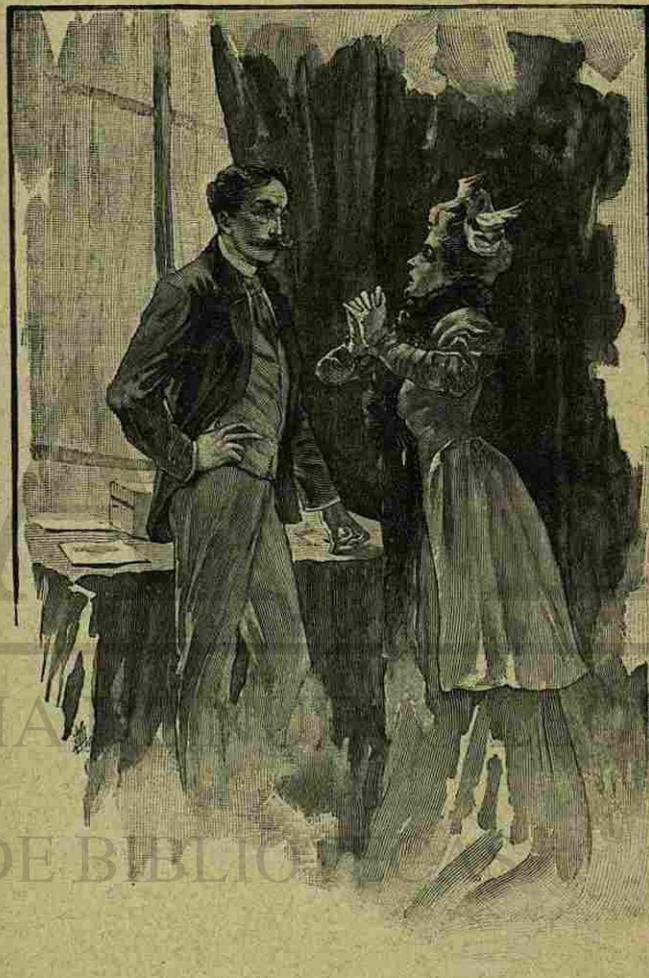
Exaltábase, uniendo las manos con expresión de súplica. Su voz se velaba. Lloraba, tartamudeaba sin poder sustraerse á la orden irresistible que había recibido.

—¡Oh! Te lo ruego. ¡Si tú supieras cuánto sufro! Me hacen falta hoy...

Me compadecí:

—Cálmate, yo te juro que los tendrás.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! ¡Eres muy bueno!—exclamó:



—¿Recuerdas lo que sucedió ayer en tu casa—
dije.

Y respondió resueltamente:

—Sí.

—¿Recuerdas que te durmió el doctor Parent?

—Sí.

—Te mandó que vinieras á pedirme 5.000 francos por la mañana, y lo haces obediente á la sugestión.

Después de reflexionar un momento, insistió:

—Mi marido me los pide.

Durante una hora traté de convencerla, sin conseguirlo.

Cuando ella se hubo ido, inmediatamente fui á casa del doctor. Oyóme sonriente y dijo:

—¿Ya no duda usted?

—Ya no dudo.

—Vayamos á casa de su prima.

La vimos recostada en un sofá rendida por el cansacio. El médico la tomó el pulso, la miró fijamente. La señora de Sablé cerró los ojos, no pudiendo resistirse al poder magnético de aquella mirada.

Entonces el doctor dijo:

—A su esposo no le hacen falta esos 5.000 francos. Olvide usted que se los pidió á su primo, y

aunque le hable de semejante cosa, usted no lo recordará.

Dicho esto la despertó. Yo saqué mi cartera para contar el dinero.

—Ahí tienes lo que me has pedido esta mañana.

Fué tanta su sorpresa, que de pronto no me atreví á insistir. Luego quise aguzar su memoria, pero mi prima negaba obstinadamente, suponiendo una broma lo que yo le decía, y acabó poniéndose algo seria.

Al volver á mi casa no me ha sido posible almorzar. De tal modo me ha trastornado el experimento.

19 de Julio.—Muchas personas á quienes lo he referido se rieron de mi credulidad. Yo tengo aún ciertas dudas.

21 de Julio.—He comido en Bougival, asistiendo al baile de los bateleros. La influencia de los lugares, del ambiente que nos rodea, es inevitable. Sería un absurdo preocuparse de lo sobrenatural en la Isla de las Ranas; pero, ¿y en el monte de San Miguel?... ¿Y en la India? Lo que nos rodea ejerce acción sobre nosotros. Regresaré á mi casa dentro de ocho días.

30 de Julio.—Ayer llegué. No hay novedad.

2 de Agosto.—Nada nuevo; hace un tiempo magnífico. Paso las horas muertas viendo correr el agua del río.

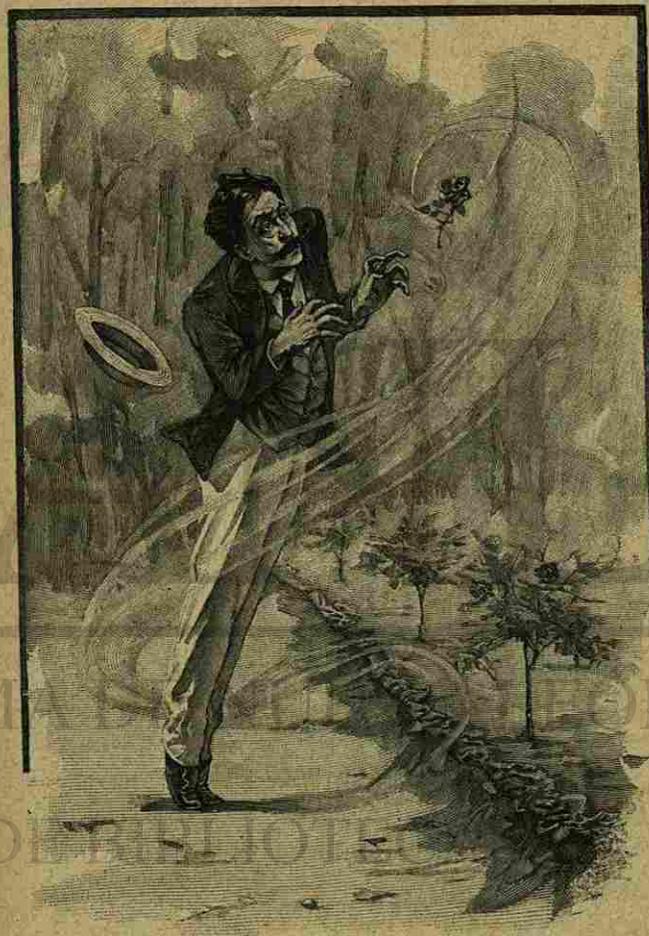
4 de Agosto.—Disputan mis criados porque aparece rota la cristalería y nadie quiere tener la culpa. Mi ayuda de cámara dice que la rompe la cocinera; la cocinera se descarga en la doncella, la cual asegura que son los otros dos. ¿Quién es el culpable? ¡Vaya usted á saberlo!

6 de Agosto.—Ahora no es una locura. ¡Lo he visto! ¡Lo he visto! ¡Lo he visto! Ya no es posible dudar... Lo he visto.. Aún me tiemblan las carnes y se me crisan las uñas... el espanto se apodera de mí helándome hasta la medula... Sí... Lo he visto.

A las dos paseaba yo por el jardín tomando el sol, recorriendo un camino de rosales de otoño que ya empiezan á florecer.

Mientras contemplaba tres rosas magnificas, vi—lo vi claramente—que se partía el tallo de la más bonita, como si una invisible mano la cogiera. Luego la rosa describió en el aire la curva que pudiera marcar un brazo retirándose, y se quedó fija, como si se hubiera prendido en unos labios, horizontal, suspendida en el aire transparente, sola, inmóvil, á dos metros de mí.

Enloquecido me arrojé á cogerla. Desapareció.



No vi nada. Enfurecíme contra mí mismo, pensando que un hombre razonable y serio no debe tener semejantes alucinaciones.

Pero ¿aquello era realmente alucinación? Miré al rosal; faltaba una rosa de las tres, y se veía el tallo recién tronchado.

Volví á mi casa con el alma entristecida, seguro al fin—como lo estoy de que suceden las noches á los días invariablemente—de que junto á mí existe otro ser invisible que se alimenta de leche y de agua, que puede cortar una rosa; de que su naturaleza es material, aun cuando imperceptible á mis sentidos, y de que habita, junto á mí, en mi propia casa.

7 de Agosto.—He dormido con tranquilidad. Se bebió el agua de la botella, pero no ha turbado mi sueño.

Me pregunto si estoy loco. Ahora mismo, paseándome á la orilla del río tomando el sol, me asaltaron dudas acerca de mi estado, pero no dudas vagas como las que tuve otras veces, no; dudas concretas, claras. He visto á varios locos; los conocí que parecían inteligentes, discurrendo muy bien acerca de todo y desbarrando sólo en un punto que constituía su locura. Razonaban con mucha claridad, con viveza, con juicio; y de pronto, al tropezar

en una idea—siempre la misma obsesión—como la ola que tropieza en un escollo, su pensamiento se desgarraba, se deshacía, confundido y diseminado en el mar borrascoso y oscuro que se llama «locura».

Yo me supondría loco, rematadamente loco, si no tuviese conciencia de mi estado, si no lo analizase y lo sondease con una completa lucidez. Sin duda soy un alucinado reflexivo. Se habrá producido en mi cerebro una perturbación desconocida, una de esas perturbaciones que actualmente preocupan á los fisiólogos afanados en observarlas y precisarlas; y esa perturbación pudo acaso producir en mi criterio, en el orden y en la lógica de mis ideas, un relajamiento profundo. Fenómenos de tal naturaleza nos los ofrecen los ensueños, arrastrándonos á través de las fantasmagorías más inverosímiles, que no logran sorprendernos, porque el aparato verificador, el sentido que debiera comprobar su falsedad, se halla dormido, mientras la imaginación despierta, funciona. ¿No es razonable suponer que una de las imperceptibles teclas del múltiple organismo cerebral se halle paralizada en mí? Algunos hombres, á consecuencia de un accidente, perdieron la memoria de los apellidos, ó de los verbos, ó de los números, ó solamente de las fechas. La localización

de cada una de las funciones cerebrales, hállese ya comprobada. No puede sorprenderme que se haya dormido en mi cerebro la facultad de advertir lo inverosímil de ciertas alucinaciones.



Reflexionaba todo esto avanzando por la orilla del río. El sol inundaba con su luz los campos, vivificando la tierra y haciéndome sentir el encanto de la vida; los vencejos, con su agilidad, alegraban mis ojos y el rumor de las hierbas al mecerse, proporcionaba un goce á mis oídos.

Sin embargo, poco á poco un malestar inexplicable se apoderaba de mí. Me pa-

recía que una fuerza oculta, incomprensible, me abrumaba, me contenía impidiéndome ir más lejos, obligándome á retroceder. Sentí el ansia dolorosa que nos oprime, que nos corta el camino, cuando hemos dejado en el hogar un enfermo grave y querido; un presentimiento triste nos amarga y sobrecoge de pronto, asegurándonos que la enfermedad se agravó.

Así, regresé, á pesar mío, seguro de hallar en mi casa una funesta noticia. No hallé nada, quedándome aún más angustiado y más inquieto que si hubiera sufrido alguna nueva visión extraordinaria.

8 de Agosto.—Pasé una velada terrible. No se manifiesta, pero le siento á todas horas junto á mí, observándome, penetrándome, dominándome y más temible, oculto en esa forma, que si se mostrara por fenómenos sobrenaturales su presencia invisible y constante.

Sin embargo, he dormido.

9 de Agosto.—Nada, pero tengo miedo.

10 de Agosto.—Nada; ¿qué sucederá mañana?

11 de Agosto.—Nada, nada; pero no puedo permanecer aquí oprimido por un temor incesante y continuas preocupaciones abrumadoras. Me voy.

12 de Agosto.—(A las diez de la noche.) Pasé todo el día queriendo irme y no pude lograrlo. No pude

realizar mi propósito, cuya resolución depende sólo de mí; una cosa muy sencilla: salir—que me llevara mi coche á Rouen—, y no me ha sido posible. ¿Por qué?

13 de Agosto.—Cuando estamos poseídos por ciertas enfermedades, todo el organismo se resiente, perdemos las energías; se relajan los músculos; ablándanse los huesos; toda nuestra carne se desploma. He sentido semejante abatimiento en mi ser moral de una manera extraña y desoladora. No tengo fuerza, ni energía, ni el menor dominio sobre mí. No tengo ni voluntad para moverme. No soy dueño de mi voluntad. Alguien me impulsa, me contiene, me domina; y me veo precisado á obedecer.

14 de Agosto.—¡Estoy perdido! Alguien se apoderó de mi alma y la gobierna. Sí; alguien me posee y rige mis actos, mis movimientos y mis juicios. Ya no soy nada en mí, nada más que un espectador, un esclavo, y todas mis acciones me horrorizan. Quisiera salir y no puedo. No me permite salir, y continuo desolado, tembloroso, en el sillón donde me sentó. Quisiera levantarme, removerme, hacer algo que me convenciera de que no he perdido la voluntad. ¡Y no puedo! Me sujeta en el sillón, y el sillón se adhiere al suelo de tal modo, que ninguna fuerza podría levantarlos.

Después, de pronto, es preciso, es inevitable que baje al jardín para coger fresas y comerlas. Y voy fatalmente, inevitablemente; cojo fresas y me las como; ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Librame! ¡Sálvame! ¡Socórreme! ¡Apiádate de mí! ¡Oh! ¡Apiádate de mí! ¡Sálvame! ¡Qué sufrimiento! ¡Qué tortura! ¡Qué horror!

15 de Agosto.—Ahora comprendo cómo se hallaba poseída y dominada mi pobre prima cuando fué á pedirme los 5.000 francos. Era esclava de un mandato que se infiltró en ella como un alma parásita y dominadora. ¿Indicarán esos fenómenos el fin del mundo?

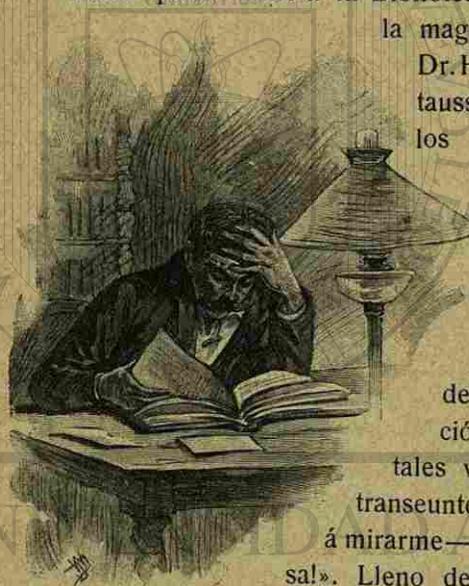
¿Quién es el invisible ser que me gobierna, el desconocido, el vagabundo de una raza sobrenatural?

Pero, si existen los Invisibles, ¿por qué desde los orígenes del mundo no se han manifestado nunca de una manera precisa, como se manifiestan ahora para mí? No tuve noticia de nada semejante á lo que me ocurre dentro de mi casa. ¡Oh! Si pudiera irme y no volver jamás; si pudiera huir, estaría salvado. Pero no puedo.

16 de Agosto.—Hoy he podido escaparme durante dos horas, como un preso que ve abierta por casualidad la puerta de su calabozo. De pronto me senti

libre, me dí cuenta de que mi dominador estaba lejos. Haciendo enganchar el coche de prisa he ido á Rouen. ¡Oh!, qué alegría poderle decir á un hombre que obedece: «¡Vamos á Rouen!»

Mandé parar frente á la Biblioteca, donde pedí la magnífica obra del Dr. Hermann Herestauss, que trata de los habitantes ignorados en el mundo antiguo y moderno.



Después, al subir de nuevo al coche, quise decir: «A la estación», y grité—dí tales voces, que los transeuntes volviéronse á mirarme—grité: «¡A casa!». Lleno de angustia, me desplomé sobre los almohadones del coche. ¡Me había perseguido! ¡me había recobrado!

17 de Agosto.—¡Ah! ¡Qué noche! ¡Qué noche! Y sin embargo, me parece que debiera mostrarme sa-

tisfecho. Hasta la una de la madrugada ¡he leído! Hermann Herestauss, doctor en Filosofía y en Teología, escribió en su libro la historia y las manifestaciones de todos los seres invisibles que vagan en torno del hombre ó aparecen en sus ensueños. Describe su origen, su poderío, su fuerza. Pero ninguno de ellos tiene semejanzas con el que me obsesiona. Diríase que, desde que razona el hombre, ha presentido y ha temido á un ser nuevo, más vigoroso, que ha de sucederle; lo adivina, y sin comprender la naturaleza del dominador futuro, su miedo ha creado una muchedumbre fantástica de seres ocultos, vagas imaginaciones hijas del terror.

Habiendo leído hasta la una, me senté á esa hora junto á la ventana para refrescar mi frente y mi pensamiento en la tranquila obscuridad nocturna.

¡Con qué gusto hubiera respirado, en otras ocasiones, aquel aire suave y tibio!

No había luna. Las estrellas titilaban estremecidas brillando sobre un fondo azul negro. ¿Quién habita esos mundos? ¿Qué formas, qué vidas, qué animales, qué plantas hay allí? ¿La inteligencia, en esos universos lejanos, alcanzará más perfección que la de nuestro mundo? ¿Serán ellos más avisados que nosotros? ¿Comprenderán lo que nosotros desconocemos? ¿Alguno, un día, cruzará el espa-

cio apareciendo sobre la tierra para conquistarla, como en otro tiempo los normandos atravesaban el mar para esclavizar á los pueblos más débiles?

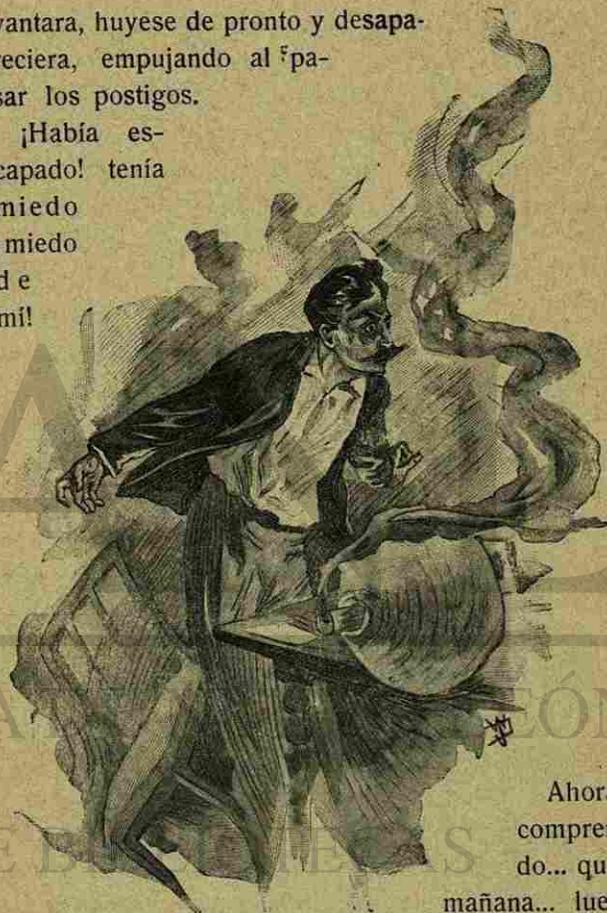
¡Vivimos tan achacosos, tan desarmados, tan ignorantes! ¡y somos tan pequeños! Nuestro mundo es un grano de polvo diluído en una gota de agua.

Con estos pensamientos me adormecí, acariciado por el ambiente apacible de la noche.

Pero á la media hora, sin cambiar de postura, sin hacer un movimiento, abrí los ojos, desvelado por una emoción confusa y extraña. De pronto nada ví; luego me pareció que una hoja de mi libro, el cual había quedado abierto sobre la mesa, giraba como si alguien la empujase. No pudo ser el aire, que ni se movía. Sorprendido y atento, aguardé. A los cuatro minutos próximamente, vi... que otra hoja también se volvía de igual modo. Mi sillón estaba vacío, al parecer vacío; pero comprendí que alguien, sentado en él, ocupando mi lugar, leía en mi libro. Arrojadome furioso, como se arroja una fiera exaltada para descuartizar á su domador, crucé la estancia para cogerle, para oprimirle, para matarle... Pero antes de que yo llegara, mi sillón giró, mi mesa osciló, el quinqué se volcó apagándose y se cerró la ventana, como si un malhechor sorprendido se le-

vantara, huyese de pronto y desapareciera, empujando al pasar los postigos.

¡Había escapado! tenía miedo
¡miedo de mí!



Ahora
comprendo... que
mañana... luego...
cualquier día... podré sujetarle, oprimirle,

aplastarle contra el suelo. ¿Acaso no hay perros que al fin se rebelan, mordiéndolo, matándolo á sus dueños?

18 de Agosto.—He meditado todo el día. Sí; lo mejor será obedecerle, dejarse arrastrar por sus impulsos, humillarse á su voluntad, servirle con sumisión y cobardía. Es más fuerte que yo, pero llegará un momento...

19 de Agosto.—Ya lo sé, ya lo sé, ¡ya lo sé todo!... Acabo de leer en la *Revista del Mundo Científico* lo siguiente:

«Recibimos de Río Janeiro esta curiosa noticia: Una locura, una epidemia de locura, comparable á las exaltaciones contagiosas que se hicieron sentir en la Edad Media, se ha declarado en la provincia de San Pablo. Los habitantes, aturridos, abandonan sus hogares, huyen de los pueblos, no cultivan los campos, diciéndose perseguidos, poseídos, acosados como un rebaño, por seres invisibles aunque tangibles, por una especie de vampiros que aprovechándose de su descanso, se nutren á expensas de su vida, que toman agua y leche, sin usar al parecer de ningún otro alimento.

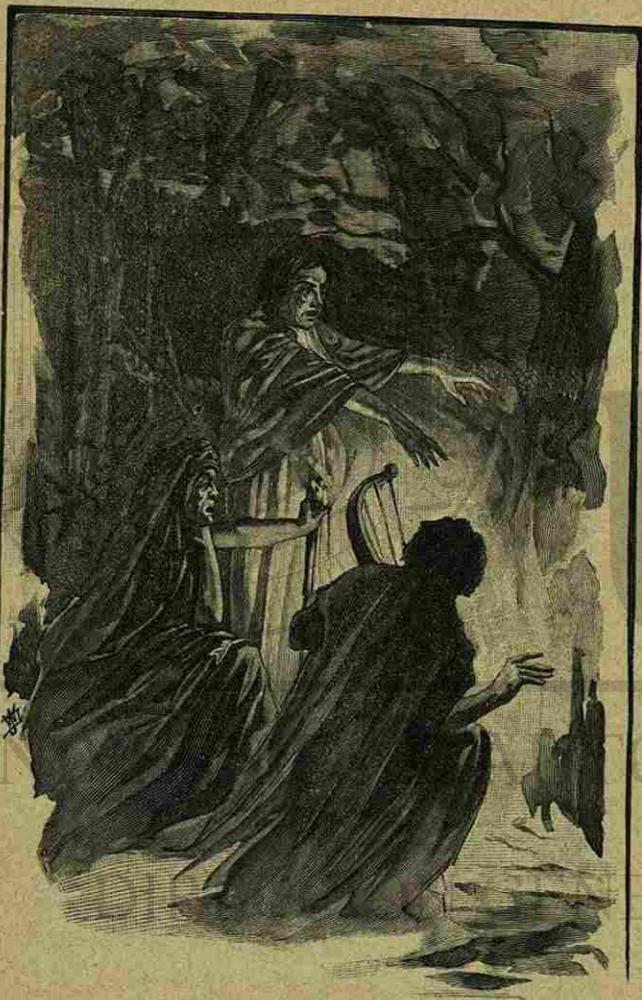
»El profesor don Pedro Henríquez, presidiendo una comisión de ilustres médicos, irá inmediatamente á San Pablo, para estudiar sobre el terreno

el origen y las manifestaciones de tan sorprendente locura, con objeto de proponer al emperador los medios que juzgue más convenientes para devolver la razón á esas muchedumbres delirantes.»

¡Ah! Recuerdo. ¡Ya recuerdo el hermoso bergantín brasileño que pasó bajo mi ventana, subiendo por el Sena, el día 8 de Mayo último!... ¡Me pareció tan agradable, tan blanco, tan alegre! ¡El dominador venía en él; venía desde lejos, del país asolado por su raza! ¡Me vió! Sí; viendo mi casa blanca, limpia y alegre también, saltó desde el buque á la orilla. ¡Oh! ¡Dios mío!

Ahora ya lo sé, ya lo comprendo. La preponderancia del hombre ha terminado.

Ha venido al mundo Aquél de quien temían los pueblos primitivos; Aquél á quien exorcizaban los sacerdotes inquietos, el evocado por las brujas en las noches lúgubres, el que sin haber aparecido aún fué concebido por los presentimientos del hombre—dueño transitorio del mundo—, quien le imaginaba de muchas maneras horribles ó graciosas, inventando los gnomos, las almas en pena, los genios, las hadas y los duendes. Después de las groseras concepciones del espanto primitivo, los hombres más perspicaces lo presintieron más claramente. Mesmer lo adivinó, y hace algunos años que los mé-



dicos descubren de una manera precisa la naturaleza de su poder antes de que lo ejerza. Han ensayado con las armas del Señor nuevo, la dominación de una misteriosa influencia, esclavizando la voluntad humana. Llamaron á eso magnetismo, hipnotismo, sugestión... Los he visto entretenerse, como niños traviesos, con ese horrible poder. ¡Infelices de nosotros!... ¡Desdichada humanidad! Ha llegado, ha invadido la tierra el... el... ¿Cómo se llama? El... Me parece que me grita su nombre y no lo entiendo... El... ¡Sí!... le oigo gritar... le oigo y no puedo... Lo repite... sí... ¡El Horla!... Ya lo he oído... ¡El Horla!... Es él... es El Horla... ¡Vino al fin!

¡Ah! El buitre hizo presa en la paloma; el lobo ha devorado á la oveja; el león ha vencido al búfalo; el hombre ha matado al león con su cuchillo y con su carabina; pero El Horla puede hacer del hombre lo que hicimos del caballo y del buey: su esclavo y su alimento, imponiéndole su voluntad. ¡Infelices de nosotros!

Los animales rebélanse á veces y matan á quien los domestica... Yo también pretendo... Acaso podré... Pero es preciso que le conozca, es preciso que le palpe y le vea. Los naturalistas dicen que los ojos de los animales difieren de los nuestros, que no ven como nosotros... Y mi

vista no me descubre al dominador que me oprime.

¿Por qué? ¡Oh! Ahora recuerdo lo que me dijo el fraile del monte de San Miguel: «¿Acaso conocemos la cienmillonésima parte de lo que existe? Vea usted el viento, la fuerza más poderosa de la Naturaleza, que vence al hombre, derriba los edificios, desarraiga los árboles, encrespa el mar en montañas de espuma, estrella contra las rocas los buques, mata, silba, gime, ruge, y ni le vimos nunca ni podemos verle. Sin embargo, ¡existe!»

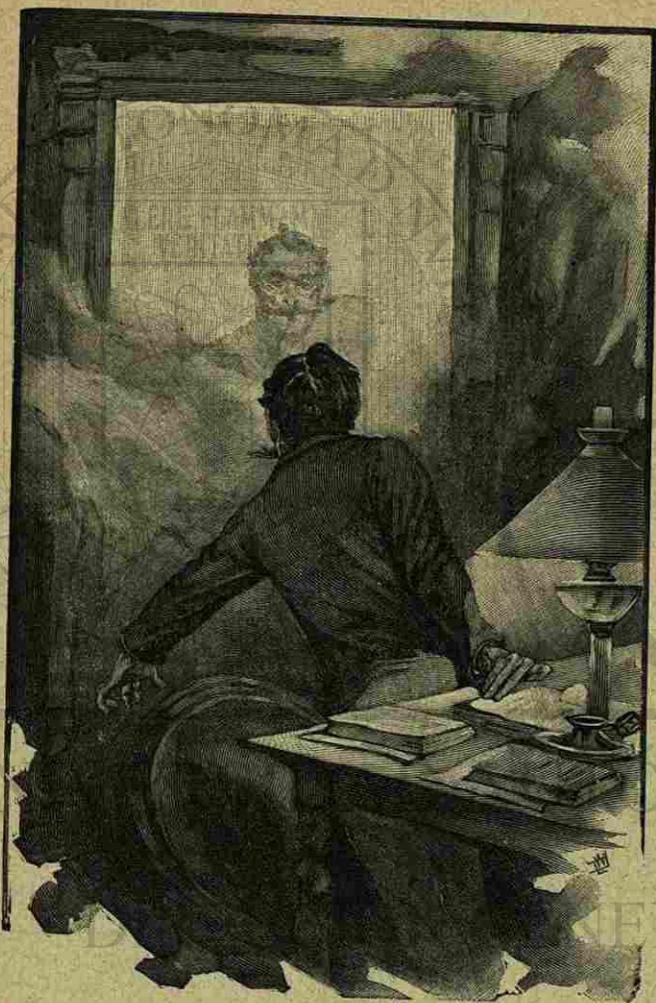
Y reflexiono: mi vista es tan débil, tan imperfecta, que ni consigue distinguir los cuerpos más duros, cuando son transparentes. De igual modo que un pájaro se lanza contra los cristales de un balcón, lanzaríase un hombre contra un cristal inmenso cruzado en su camino. ¿No hay mil apariencias engañosas? Nada tiene, pues, de sorprendente que no percibamos un cuerpo nuevo translúcido y sutil.

¡Un ser nuevo! ¿Por qué no? Su venida era inevitable. ¿Qué motivo hay para que seamos nosotros los últimos? No pudimos comprobar su existencia, como la de los que nos han precedido. ¿Por qué? Sin duda, su complexión es más poderosa, y su cuerpo más acabado y sutil que nuestro pobre cuerpo, desastrosamente modelado, víctima de las

complicaciones de los órganos múltiples que nos angustian, haciéndonos vivir como las plantas y como las bestias, nutriéndose con dificultad—y en un continuo y fatigoso funcionamiento—de aire, de agua, de hierbas y de carne; mecanismo animal, sujeto á dolencias, á deformaciones, á podredumbres; embarazoso y mal organizado, sencillo y extraño; obra ingeniosamente imperfecta, burda y delicada; esbozo de un ser que pudiera transformarse al fin en otro, inteligente y soberano.

Hay especies muy diversas en el mundo. Antes de aparecer el hombre hubo muchas que han desaparecido y otras que subsisten aún. ¿Por qué no ha de presentarse otra nueva?

¿Por qué no? ¿Por qué no ha de ser posible que se produzcan otros árboles distintos de los ya clasificados, cuyas flores ofrezcan perfumes penetrantes y desconocidos? ¿Por qué no ha de haber otros elementos que la tierra, el agua, el aire y el fuego? ¿Por qué? ¡Son cuatro, sólo cuatro, esos engendradores de vidas! ¡Qué miseria! ¿Por qué no son cuarenta, cuatrocientos, cuatro mil? ¡Es muy pobre todo; todo mezquino, miserable! ¡Todo hecho con avaricia, torpemente, sin gusto! ¡Ah! El elefante, el hipopótamo, ¡qué esbeltez! El camello, ¡qué elegancia!



En cambio no faltará quien arguya: «La mariposa, es una flor que vuela.» Yo imagino una mariposa del tamaño de cien universos y no acierto á concebir la forma, el encanto, el color de sus alas. Pero la veo... va de unas estrellas á otras, refrescándolas, aromatizándolas, en sus correrías armoniosas y ligeras... Las muchedumbres que habitan otros astros, la ven pasar extasiándose.

.....
¿Qué me ocurre? ¡Ah! es él... es El Horla que me obsesiona, que me hace imaginar esas locuras. Ha penetrado en mí, domina en mi alma. ¡Le mataré!

19 de Agosto.—¡Le mataré! Ya pude verle. Ayer, sentándome junto á la mesa, me puse á escribir como si me hallara muy embebido en lo que hacía... Estaba seguro de sentirle vagar en torno mío, cerca, muy cerca; seguro de tocarle, de cogerle. ¡Ah! ¡si le cogiera! si lograra poner en él mis manos, mis rodillas, mi pecho, mi cabeza, mis dientes, para estrangularlo, aplastarlo, morderle, desgarrarlo!

Y le aguardaba, con todo mi organismo en tensión.

Había encendido los dos quinqués y las ocho bujías de los candelabros que hay sobre la chimenea, como si aquella claridad me ayudase á descubrirlo.

Delante de mí veía mi cama, una cama de columnas, antigua; á mi derecha, la chimenea; á la izquierda, la puerta, cerrada cuidadosamente después de haberla tenido bastante rato abierta, invitándole á entrar; detrás de mí un armario de espejo que me sirve para vestirme, para afeitarme y donde tenía costumbre de mirarme de los pies á la cabeza cada vez que pasaba frente á él.

Mostrábame absorbido en mi trabajo para enganarle, porque seguramente me observaba, y de pronto le sentí cerca; estuve seguro de que por encima de mi hombro, rozando mi oreja, leía lo que yo iba escribiendo.

Ergúime, con las manos crispadas, y volviéndome con tanta rapidez que á poco pierdo el equilibrio... ¿Qué pasó? Tanta luz, tanta claridad ¡y no me veía reflejado en el espejo! El espejo se mostraba claro, profundo y vacío. Lo miré con ojos aterrados. No me atreví á moverme siquiera, sintiendo que se hallaba El Horla cerca de mí, pero que no podría vencerle, que se libraría una vez más, cuando su cuerpo imperceptible había devorado la imagen del espejo.

¡Qué miedo tuve! De pronto comencé á verme reflejado entre una bruma densa que se desvanecía poco á poco. Era como el fin de un eclipse. La

sombra que me ocultaba no parecía tener contornos definidos; era una especie de transparencia opaca.

Luego pude verme ya, claramente reflejado. La imagen aparecía como de costumbre cuando me aproximaba al espejo para mirarme.

Pero, aquella visión confusa y tenue, aún me hace temblar.

20 de Agosto.—¿Matarle? ¿Cómo? ¿Cómo le mataré si no le alcanzo? ¿Un veneno?... me verá echarlo en el agua. Y además, ¿cómo saber si los venenos obran en su cuerpo imperceptible? No... no le dañarían sin duda. ¿Qué recurso adoptar?

21 de Agosto.—Hice venir á un cerrajero de Rouen que ha de construirme unas persianas de hierro, como las que tienen algunos hoteles de París en las aberturas del piso bajo, para evitar las visitas nocturnas de ladrones. También construirá una puerta por el estilo. Habrá supuesto que soy un miedoso.

¿Qué me importa?

.....
10 de Septiembre.—Rouen, Hotel Continental. Ya está... ya está...

¿Pero habrá muerto? Aún me desconcierta lo que vi.

Ayer colocó el cerrajero las persianas y la puerta nueva, y á pesar de que hace ya bastante frío, lo dejé todo abierto hasta media noche.

De pronto sentí que había llegado; un placer, un placer infinito me invadió.

Levantéme tranquilamente y anduve de un lado para otro, procurando que no adivinara mis pensamientos; luego me quité las botas y me puse las zapatillas; al fin cerré las persianas de hierro dirigiéndome despacio hacia la puerta, y al llegar la cerré de golpe y con llave. Volviendo luego á la persiana, la sujeté con un candado y me guardé la llave en el bolsillo.

Al punto comprendí que se agitaba en torno mío;



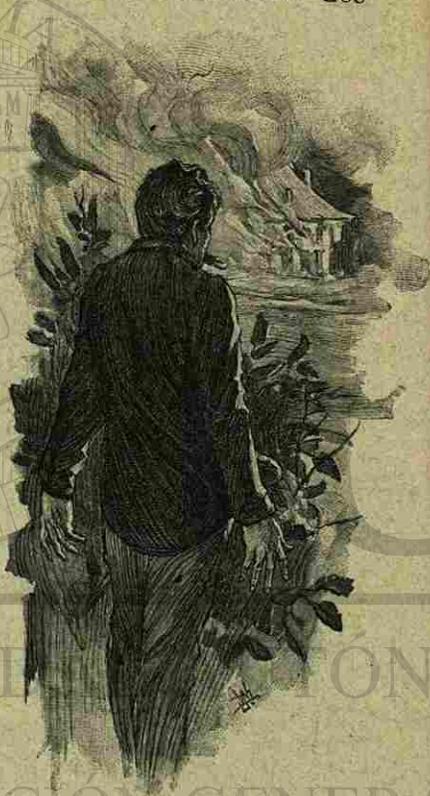
que á su vez tenía miedo; que me ordenaba que abriese. A punto estuve de ceder, pero no cedí. Arrimándome á la puerta, entreabríla nada más lo preciso para pasar yo de perfil, y, como soy muy alto, mi cabeza tocaba en el dintel. Así pude convencerme de que no había salido el otro, y cerraré por fuera, dejándole allí. ¡Qué alegría! Ya estaba cogido. Bajé la escalera corriendo; entrando en la sala, que está debajo de mi alcoba, derramé sobre los muebles el petróleo de los dos quinqués; prendí fuego y salí al jardín, habiendo cerrado la puerta con llave.

Oculto entre unos laureles, aguardé. ¡Tardaba mucho, mucho! Todo estaba obscuro, silencioso, inmóvil; ni un soplo de aire, ni una estrella. Invadían el espacio montañas de nubes, que no se veían, pero que pesaban sobre mi corazón; ¡pesaban atrocemente!

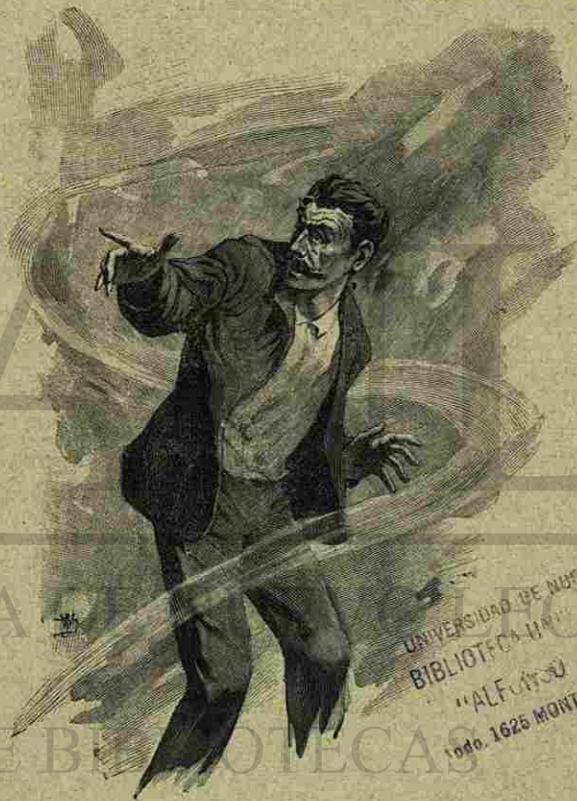
Mirando mi casa, esperé con impaciencia. Ya suponía yo que se habría extinguido el fuego, que acaso lo apagó Él, cuando una de las ventanas del piso bajo cayó, empujada por el incendio, y una llama, una tremenda lláma roja y amarilla, larga, flexible, acariciadora, subió por el muro blanco, lamiéndolo hasta el alero del tejado. Una claridad se filtró entre los árboles, impregnando sus ramas

y sus hojas; y también un temblor de miedo. Los pájaros, que dormían, revolotearon aturcidos; un perro comenzó á ladrar. Me pareció que amanecía. Se abrieron estrepitosamente otras dos ventanas del piso bajo, el cual ardía como un horno. Un clamor, un clamor horrible, agudísimo, desgarrador, un grito de mujer, resonó en la noche; y las guardi-llas se abrieron. ¡Había olvidado á mi servidumbre! Vi sus rostros lívidos y sus brazos que se agitaban.

Horrorizado corrí hacia el pueblo, dando voces: «¡Fuego, socorro, socorro, fuego!» Algunos iban ya en dirección á mi



casa, y volví con ellos para ver lo que ocurría. Era una inmensa hoguera, una hoguera horrible



y magnífica, una hoguera monstruosa que todo lo iluminaba, una hoguera donde perecían mis cría-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA "ALFONSO REYES"
19do. 1625 MONTERREY, MEXICO

dos y donde moría también abrasado Él, Él, mi prisionero, el ser desconocido, el dominador, ¡El Horla!

De pronto el tejado se desplomó entre los muros, y un volcán de llamas encaramóse hasta el cielo.

Por todas las ventanas abiertas veíase la rojiza lumbre del interior, y Él estaba en aquel horno, muerto...

¿Muerto? ¿Es posible?... Su figura impalpable, que los rayos de la luz atraviesan, ¿se destruiría por los medios que nos destruyen?

¿Y si no hubiera muerto...? Acaso la edad, sólo el tiempo, vence al Ser Desconocido y Terrible. ¿De qué le serviría su figura transparente, vaga, espiritual, si hubiera de temer, como nosotros, las desgracias, las heridas, las enfermedades, la destrucción prematura?

¡La destrucción prematura! Es el origen de nuestro espanto. El Horla debe reemplazar al hombre. Después del que puede morir todos los días, á cualquier hora, en cualquier momento, por cualquier accidente, ha venido el que sólo debe morir en su día, cuando llegue al fin de su existencia.

No..., no.. Sin duda no ha muerto..., no habrá muerto... Y en ese caso..., lo más conveniente será que muera yo...

.....



AMOR

TRES PÁGINAS DEL "DIARIO DE UN CAZADOR.."

A CABO de leer en una noticia de un periódico un drama pasional. Un hombre que mató á una mujer, suicidándose luego, lo cual demuestra que la quería. ¿Qué importan él y ella? Sólo me importa su amor: y no porque me enterezca, ni porque me asombre, ni porque me conmueva, ni porque me haga reflexionar; sino porque me trae á la memoria un recuerdo de mi juventud, extraño recuerdo de una cacería en que se me apareció el amor, como se aparecían á los primeros cristianos cruces dibujadas en el cielo.

Nací con todos los instintos y todos los afanes de un hombre primitivo, moderados por los razonamientos y las emociones de la civilización. La caza era mi encanto; las piezas heridas, las plumas ensangrentadas, la sangre en mis manos, me producían un goce sublime.

dos y donde moría también abrasado Él, Él, mi prisionero, el ser desconocido, el dominador, ¡El Horla!

De pronto el tejado se desplomó entre los muros, y un volcán de llamas encaramóse hasta el cielo.

Por todas las ventanas abiertas veíase la rojiza lumbre del interior, y Él estaba en aquel horno, muerto...

¿Muerto? ¿Es posible?... Su figura impalpable, que los rayos de la luz atraviesan, ¿se destruiría por los medios que nos destruyen?

¿Y si no hubiera muerto...? Acaso la edad, sólo el tiempo, vence al Ser Desconocido y Terrible. ¿De qué le serviría su figura transparente, vaga, espiritual, si hubiera de temer, como nosotros, las desgracias, las heridas, las enfermedades, la destrucción prematura?

¡La destrucción prematura! Es el origen de nuestro espanto. El Horla debe reemplazar al hombre. Después del que puede morir todos los días, á cualquier hora, en cualquier momento, por cualquier accidente, ha venido el que sólo debe morir en su día, cuando llegue al fin de su existencia.

No..., no.. Sin duda no ha muerto..., no habrá muerto... Y en ese caso..., lo más conveniente será que muera yo...

.....



AMOR

TRES PÁGINAS DEL "DIARIO DE UN CAZADOR.."

A CABO de leer en una noticia de un periódico un drama pasional. Un hombre que mató á una mujer, suicidándose luego, lo cual demuestra que la quería. ¿Qué importan él y ella? Sólo me importa su amor: y no porque me enterezca, ni porque me asombre, ni porque me conmueva, ni porque me haga reflexionar; sino porque me trae á la memoria un recuerdo de mi juventud, extraño recuerdo de una cacería en que se me apareció el amor, como se aparecían á los primeros cristianos cruces dibujadas en el cielo.

Nací con todos los instintos y todos los afanes de un hombre primitivo, moderados por los razonamientos y las emociones de la civilización. La caza era mi encanto; las piezas heridas, las plumas ensangrentadas, la sangre en mis manos, me producían un goce sublime.

Hacia el fin del otoño, aquel año hizo mucho frío, y mi primo Karl de Rauville me invitó á cazar patos en las ciénagas, al amanecer.

Mi primo, un mozo que rayaba en los cuarenta, coloradote, muy fuerte y muy barbudo; hidalgo campesino semisalvaje, cariñoso, alegre, con esa gracia natural que hace simpáticos á esos hombres poco inteligentes, habitaba un cortijo en un valle prolongado por donde corría un río. A la derecha y á la izquierda cubríanse las colinas de bosques magníficos, en cuya espesura se guarecía la caza más abundante y diversa de todo el país. Algunas veces allí se mataban águilas; y las aves de paso, las que difícilmente acuden á nuestras campiñas demasiado pobladas, páranse infaliblemente á reposar en aquellos árboles majestuosos, como si conocieran ó reconocieran un rincón de bosque de los tiempos antiguos, conservado para servirles de refugio durante una noche de su viaje.

Cubrían el valle verdes praderas regadas por acequias y divididas por setos vivos; más allá, el río, saliéndose de su cauce, formaba un anchuroso pantano. Ese pantano, el sitio más á propósito para cazar que yo vi en mi vida, era cuidado por mi primo como un parque. A través de los inmensos cañaverales que lo cubrían, vivificándolo, dándole ru-

mores de oleaje, habíanse abierto canales por donde las barcas, de fondo plano, empujadas y dirigidas con pértigas, pasaban silenciosas sobre el agua inmóvil, rozando los juncos, haciendo huir entre las hierbas, rápidamente, á los peces veloces, y obligando á sumergirse á las pollas acuáticas de cabeza negra y puntiaguda, que desaparecían bruscamente.

El agua me atrae como una pasión invencible; admiro el mar, aunque me parece demasiado grande y demasiado revuelto, imposible de poseer; admiro los hermosos ríos que pasan, que huyen, que se van; pero principalmente me agradan los pantanos donde palpita toda la ignorada existencia de las muchedumbres acuáticas. El pantano es un mundo entero aislado en la tierra, otro mundo, con su vida propia, sus habitantes sedentarios, sus viajeros transeuntes, sus voces, sus ruidos, y, sobre todo, su misterio. Nada más turbador, más inquietante, más terrible algunas veces que un terreno pantanoso. ¿Qué significa ese miedo que se cierne sobre las llanuras cubiertas de agua? ¿Son los vagos rumores de los cañaverales, los fuegos fatuos que aparecen y desaparecen en la obscuridad, el profundo silencio de las noches tranquilas, ó bien las brumas densas de forma extraña, desgarrándose al

contacto de los juncos punzantes como blancas mortajas, ó bien el imperceptible chapoteo suave y mortecino más aterrador á veces que los cañonazos y los truenos, lo que asemeja el pantano á una región soñada y temible donde se ocultan secretos inabordables y peligrosos?

No. Se desprende un misterio más profundo, más grave; flota en su neblina densa el misterio mismo de la creación acaso. Porque, ¿no fué en el agua estancada y fangosa, en los vapores desprendidos por las húmedas tierras al calor del sol, donde se removi6, donde vibr6, donde se abrió á la luz el primer germen de la vida?

Llegué por la noche á casa de mi primo. Helaba mucho.

Durante la comida, en el espacioso comedor cuyos aparadores, cuyas paredes, cuyo techo estaban cubiertos de aves disecadas—con las alas tendidas ó con las patas fijas en un travesaño—, gavilanes, buhos, chotacabras, buarillos, torzuelos, buitres, halcones, también mi primo parecía un extraño animal de países fríos, cubierto con un chaquet6n de piel de foca, mientras me refería sus proyectos de caza para aquella misma noche.

Saldríamos mucho antes de amanecer, á las tres y media, para llegar á los puestos al cabo de una

hora. En un paraje conveniente había mandado construir una cabaña con pedazos de hielo, para resguardarnos un poco del viento que sopla terrible por la madrugada, ese viento impregnado en frío que desgarrá las carnes como una sierra, las corta como un cuchillo, las punza como un aguj6n envenenado, las pellizca fieramente como unas tenazas y las quema como el fuego.

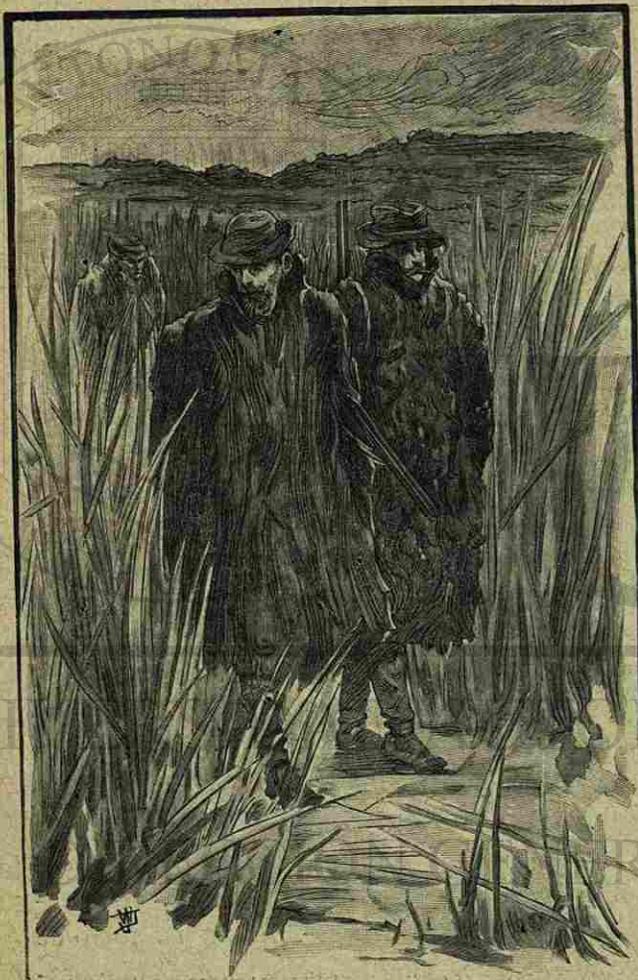
Mi primo se frotaba las manos y decía:

—Nunca he visto una helada semejante; ya estábamos á doce grados bajo cero al anocheecer.

Fuí á echarme un poco después de la comida y me dormí acariciado por los resplandores de la chimenea donde ardían grandes leños.

A las tres me despertaron. Me puse un chaquet6n de piel de cordero y al salir de mi alcoba encontré á mi primo Karl envuelto en un abrigo de piel de oso. Después de haber sorbido cada uno dos tazas de café hirviendo y dos copitas de coñac, nos fuimos, acompañados por un guarda y dos perros: Buzo y Ton.

En cuanto me di6 el aire me sentí helado hasta los tuétanos. Era una de esas noches en que la tierra parece muerta de frío. El aire glacial, consistente y palpable, abofeteaba el rostro; ni un soplo de viento lo agitaba; cuajado, inerte, mordía, traspasa-



ba, secaba, mataba los árboles, los arbustos, las hierbas, los insectos; los pájaros caían de las ramas rebotando en el suelo endurecido y endureciéndose al punto, congelándose.

La luna, en su cuarto menguante, encorvada, pálida, parecía desfallecer en el espacio azul, tan débil, que la faltaban fuerzas para proseguir su marcha, quedando sobrecogida también, paralizada por los rigores del frío, esparciendo una claridad pobre y triste sobre la tierra, esa claridad moribunda y descolorida que nos arroja cada mes en las postrimerías de la resurrección.

Avanzábamos juntos Karl y yo, con la espalda encorvada, las manos en los bolsillos y la escopeta bajo el brazo. Nuestras botas, envueltas en tiras de lana para que no resbalasen al andar sobre el río helado, no hacían ningún ruido; el aliento de nuestros perros condensábase como un humo blanco.

Pronto estuvimos á la orilla del pantano, introduciéndonos por una de las calles de cañas que cruzan aquel bosque enano y espeso.

Al rozar nuestros codos con las hojas, largas como cintas, producían un ligero murmullo; sentíme invadido, como nunca, por la emoción poderosa y absorbente que me producen los pantanos. Aquél estaba muerto, muerto de frío, helado hasta

el punto de poder cruzarlo en todas direcciones.

De pronto, al revolver de un camino, vi la cabaña de hielo que habían construido para recogernos. Entré, y como faltaba todavía una hora para que se despertaran las aves errantes, me arrollé al cuerpo la manta para reaccionarme un poco.

Recostado en el suelo contemplé la luna deformada, que á través de los muros transparentes de aquel refugio polar, se me aparecía con cuatro cuernos.

Pero el frío del pantano helado, el frío de la cabaña de hielo, el frío del ambiente, me traspasó pronto de una manera tan horrible, que me puse á toser.

Mi primo Karl se intranquilizó, temiendo por mí.

—Mira, si no cazamos hoy muchas piezas, las cazaremos otro día; pero lo principal es que no te pongas malo; haremos lumbre.

Y mandó al guarda que arrancase un fajo de cañas secas.

Las amontonaron en el centro de la cabaña y después de agujerear el techo para que saliera el humo, las encendieron; las llamas rojas, reflejándose á lo largo de las paredes cristalinas, las derretían suavemente, como si las piedras de hielo sudaran.

Karl se había quedado fuera y me gritó de pronto:

—¡Sal y verás!

Era un espectáculo que me produjo mucha sorpresa.

Cuando salí, la cabaña tenía el aspecto de un monstruoso diamante rosa que hubiera brotado de repente sobre la helada superficie del pantano. Dentro se veían dos formas fantásticas: nuestros perros, calentándose.

Una gritería extraña, chillona, errante, resonó sobre nuestras cabezas. El fuego había desvelado las aves silvestres. Era emocionante aquel despertar de la vida que no se ve aún y que revolotea en el oscuro espacio velozmente, á lo lejos, antes que aparezca en el horizonte la primera claridad anunciando el día. En aquella hora glacial, me pareció la gritería errante de las aves acuáticas, un suspiro del alma del mundo.

Karl dijo:

—¡Apagad esa lumbre! Amanece.

Se cubría el cielo de un resplandor lívido, y las bandadas de patos cruzaban por el firmamento como veloces nubes.

Karl disparó; los dos perros corrían olfateando.

Y desde aquel momento, de minuto en minuto, unas veces él y otras yo, disparábamos en cuanto

aparecía sobre los cañaverales la sombra de una tribu alada.

Buzo y Ton, fatigados y alegres, nos ofrecían continuamente aves heridas cuyos ojos nos miraban aún. Ya era de día, un



día claro y azul; el sol apareció en los confines del valle, y cuando nos disponíamos á regresar, dos aves, con el cuello erguido y las alas tendidas,

deslizáronse de pronto sobre nuestras cabezas. Disparé; una cayó cerca de mí. Era una cerceta de pechuga plateada. En el espacio, sobre nosotros, resonaron voces, como un lamento breve, repetido y desgarrador. El ave que lo producía revoloteaba en el cielo azul, no queriendo alejarse al ver á su compañera en mis manos.

Karl, hincando la rodilla, con la escopeta bien apoyada en el hombro y el ojo aguzado, apuntaba sin disparar, esperando que se acercase más todavía, y diciéndome:

—Has matado á la hembra y el macho no se irá.

En efecto, no se iba; giraba llorando, con los ojos puestos en su compañera. Ningún gemido arrancado por el sufrimiento me desgarró tanto el corazón como aquel desolado clamor, como la triste angustia del mísero animal solo y errante.

A veces huía sintiéndose amenazado por el cañón de la escopeta que le apuntaba sin cesar; parecía decidido á proseguir su marcha cruzando el espacio, derechamente; pero volvía, no sabiendo cómo proseguir su viaje sin su hembra.

—Déjala en el suelo—me dijo Karl—y se acercará en seguida.

Dejé la hembra en el suelo y el macho se acercó al instante sin miedo al peligro, enloquecido por su

amor hacia la compañera que yo había matado.

Karl disparó; como si hubieran cortado la cuerda que le sostenía suspendido, el pájaro rodó hecho una bola y Ton hizo presa en él.

Ya estaban fríos cuando los colgué juntos en la misma presilla del morral...

Aquella tarde regresé á París.



EL REMANSO

POR golpes y heridas que ocasionaron la muerte, compareció ante la Sala de lo criminal de la Audiencia el señor Leopoldo Renard, tapicero.

Cerca del acusado hallábanse los principales testigos: la señora Flameche, viuda de la víctima, y los llamados Luis Ladureau, ebanista, y Juan Durdent, fontanero. Junto al acusado estaba su esposa, con vestido negro, flacucha y fea, con el aspecto de una mona vestida de mujer.

Leopoldo Renard refirió lo sucedido en estas palabras:

«—Fué una desgracia en la cual yo soy acaso la mayor víctima y del todo inocente. Basta para probarlo decir cómo pasó. Soy un hombre honrado, prudente, laborioso; hace diez y seis años que trabajo en mi oficio de tapicero en la misma calle; todos los vecinos me conocen, me consideran y esti-

amor hacia la compañera que yo había matado.

Karl disparó; como si hubieran cortado la cuerda que le sostenía suspendido, el pájaro rodó hecho una bola y Ton hizo presa en él.

Ya estaban fríos cuando los colgué juntos en la misma presilla del morral...

Aquella tarde regresé á París.



EL REMANSO

POR golpes y heridas que ocasionaron la muerte, compareció ante la Sala de lo criminal de la Audiencia el señor Leopoldo Renard, tapicero.

Cerca del acusado hallábanse los principales testigos: la señora Flameche, viuda de la víctima, y los llamados Luis Ladureau, ebanista, y Juan Durdent, fontanero. Junto al acusado estaba su esposa, con vestido negro, flacucha y fea, con el aspecto de una mona vestida de mujer.

Leopoldo Renard refirió lo sucedido en estas palabras:

«—Fué una desgracia en la cual yo soy acaso la mayor víctima y del todo inocente. Basta para probarlo decir cómo pasó. Soy un hombre honrado, prudente, laborioso; hace diez y seis años que trabajo en mi oficio de tapicero en la misma calle; todos los vecinos me conocen, me consideran y esti-

man, como lo han declarado; hasta la portera, que no está de buen talante casi nunca. Me agrada cumplir con mi deber, economizar, tratarme con personas decentes y divertirme de un modo lícito. Eso me perdió; fué una desgracia; no tuve la culpa; después de lo que hice sin querer, continuó creyéndome un hombre honrado.

»Hace ya cinco años que mi señora y yo vamos todos los domingos á pasar el día en Poissy. Tomamos el aire y nos divertimos pescando con caña. ¡Oh, la pesca nos gusta de un modo extraordinario! Mi señora es quien me aficionó á pescar con caña. ¡La maldita!; ella se apasiona más que yo, ¡la tiñosa!, y ella tiene la culpa de todo lo que ha pasado, como verán, si me atienden.

»Yo soy forzudo, pero bonachón; ella, en cambio, ella... ¡oh! ya la ven ustedes, tan flacucha, tan menaguada ¡y tiene peor intención que un tigre! No le niego sus buenas cualidades, algunas de importancia para un industrial. Pero ¡su carácter! Pregúntenlo á todos los vecinos: la misma portera podrá decir algo.

»Todos los días me regaña, porque me juzga demasiado bonachón, diciéndome á cada punto: «yo no consentiría tal cosa que tú consientes». «Si yo fuera hombre, no aguantaría eso que tú aguantas.»

Dejándome llevar por sus instigaciones, andaría yo siempre á morradas con todo el mundo.»

Su mujer le interrumpió, murmurando:

—Charla, charla; ya veremos después.

Él se volvió para decir, con suavidad:

—Puedo inculparte, por que tú no estás procesada.

Y encarándose de nuevo con el presidente, prosiguió:

«—Ya he dicho que íbamos á Poissy los sábados por la tarde para pescar el domingo desde la madrugada. Esa costumbre convirtióse para nosotros en una segunda naturaleza, como se dice. Había encontrado yo un sitio muy bueno y llevábamos ya tres años pescando en él. Un remanso profundo, á la sombra, con ocho pies de agua por lo menos, acaso diez, y sus cuevas á la orilla, bajo



el agua: un criadero de peces en toda regla; una delicia para un pescador. Ese remanso podía considerarlo mío, puesto que yo había sido su Cristóbal Colón. Todos lo sabían y todos me lo respetaban diciendo: «Aquí se pone Renard.» Nadie ocupó nunca mi puesto; ni siquiera el mismo señor Plumeau, que tiene fama, dicho sea sin ofenderle, de birlar sitios descubiertos por otros.

»Así, pues, confiado en hallar siempre libre mi sitio, volvía cada semana, considerándolo como una propiedad. Apenas llegaba el sábado por la tarde, nos embarcábamos la señora y yo en *Dalila*, una lancha que me hice construir por Fournaise, y es cierto que pocas la ganan á ligera y segura. Embarcados en *Dalila*, nos íbamos á cebar el remanso. Para poner el cebo no hay nadie como yo; así lo dicen todos los camaradas. ¿Me preguntará usted, señor presidente, qué cebo uso? No puedo contestarle. No es asunto que se relacione con el proceso. No puedo contestarle, porque tampoco he contestado á más de ciento cincuenta personas que me han dirigido la misma pregunta. Es mi secreto. ¡Los vasos de vino y las fritangas que me ofrecen para que lo diga! ¡En eso estoy pensando! ¡Ah! las cucamonas que me hacen para que les dé mi receta... Mi mujer la sabe también, pero ella tampoco lo

dirá; ¡menos que yo!... ¿Verdad que tú no lo dices á nadie, Magdalena?»

El presidente le interrumpió, advirtiéndole:

—Al hecho, al hecho; evite las divagaciones.

El procesado prosiguió:

«—Voy, señor presidente. Saliendo el ocho de Julio en el tren de las cinco y veinticinco de la tarde, fuimos á echar el cebo como de costumbre cada sábado. Todo hacía esperar una buena pesca. Le dije á mi señora: «¡Ya verás mañana!» Y ella respondió: «La cosa promete». No solemos hablar más cuando estamos juntos.

»Luego nos pusimos á comer. Yo estaba muy alegre y sediento. Fué la causa de todo, señor presidente. Dije á mi señora: «Oye, Magdalena, ¿para celebrarlo podría beberme una botella de vino?» Ella me respondió: «Bebe si es tu gusto; pero, á ver si te desvelas y mañana estás malo.» Su observación era sensata, prudente, perspicaz, lo confieso. Pero no pude contenerme y me bebí la botella. De ahí procede toda la desdicha.

»Estuve desvelado, revolviéndome, sin descansar hasta las dos de la madrugada. ¡Recontra! y á las dos me dormí como un tronco; me dormí tan profundamente, que ni la trompeta del Angel anunciando el Juicio final me hubiera despertado.

»Mi señora sólo pudo conseguirlo á fuerza de gritos y meneos, cerca ya de las seis. Me tiré de la cama, me vestí de prisa, me chapucé apenas la cara y nos embarcamos en *Dalila*. Ya era tarde. Cuando llegamos á mi sitio, había otra gente allí. Nunca me había sucedido cosa parecida en tres años. Aquello me hizo el efecto de un despojo y exclamé: «¡Recontra!; ¡recontra!; ¡recontra!; ¡recontra!»; y desde aquel punto mi señora empezó á hostigarme: «Ya ves, el dichoso vino. ¡Borrachón! Ya estarás contento, estúpido.» Yo no contestaba; ella tenía razón de sobra.

»Desembarcamos con la idea de aprovechar lo posible. Acaso aquella gente se iría pronto.

»El pescador era un hombrecillo flaco; llevaba traje de dril y sombrero de paja. Su mujer, gruesa y frescachona, estaba sentada, bordando.

»Cuando nos vió instalarnos junto á su marido murmuró:

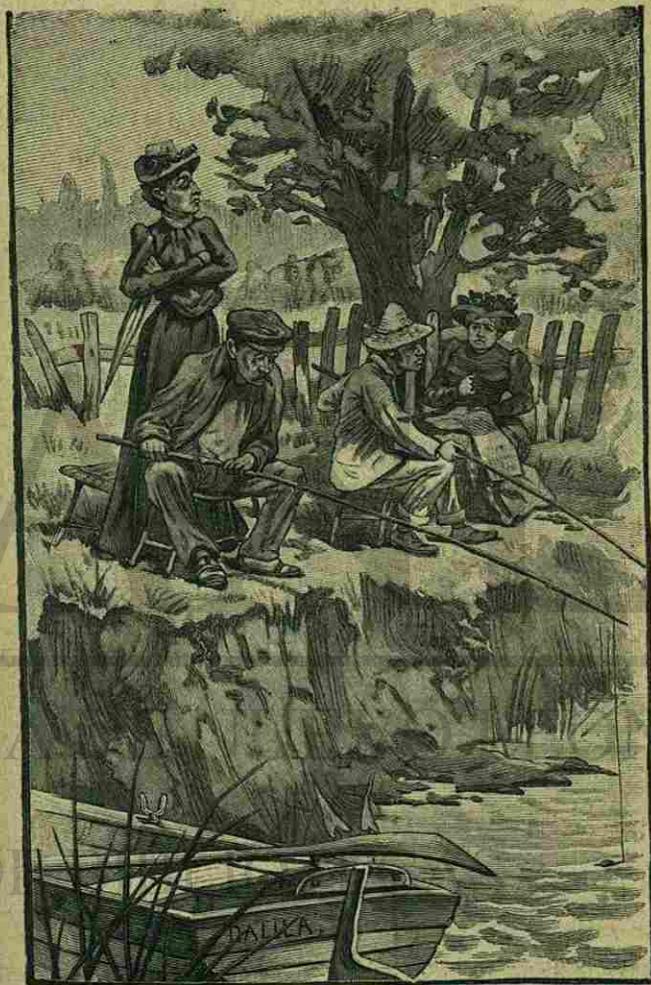
»—¿No hay otro sitio donde pescar en todo el río?

»Y la mía, que ya estaba furiosa y pidiendo guerra, se apresuró á contestar:

»—Las personas decentes, antes de increpar á nadie, se informan de la razón de cada uno.

»Como no quiero disgustos, le dije á mi señora:

»—Cállate, Magdalena. No hagas caso. Ya veremos lo que se resuelve.



»Habíamos dejado la *Dalila* á la sombra de los sauces y echando pie á tierra pescábamos Magdalena y yo codeándonos con el otro matrimonio.

»Aquí, señor presidente, debo detallar un poco.

»Hacia cinco minutos que pescábamos cuando mi vecino alzó la caña, sacando un pez grueso como un muslo, tal vez algo menos, pero muy grande. Yo temblaba, con el corazón encogido, sufriendo de angustia, y Magdalena me dijo:

«—¡Mira, borracho; mira eso!

»Al poco rato el señor Bru, abacero de Poissy y también muy aficionado á la pesca, pasando por allí en su barca, me gritó:

«—¿Se ha dejado quitar el sitio, señor Renard?

»Y le respondí:

«—Ya lo ve usted; hay gentes poco delicadas que ignoran las buenas costumbres.

»El hombrecillo nada contestó y tampoco su esposa, una mujer cebada como un cerdo.»

Interrumpió el presidente para decir:

«—¡Cuidado!; que insulta usted á la señora viuda Flameche y no puedo consentirlo

Excusóse Renard, diciendo:

«—Dispénsenme ustedes. La pasión de la pesca me arrastra, no lo puedo remediar.

«Al cuarto de hora, el hombrecillo levantó nueva-

mente la caña, sacando un pez tan grande como el primero. Y á los cinco minutos otro.

»Yo casi lloraba y mi señora hervía, provocándome sin cesar:

«—¡Ah! ¡estúpido! ¿No ves que nos roba la pesca? Tú no cogerás nada, nada, nada, nada. ¡Sólo de pensarlo me da calentura!

»Yo me decía: «Veremos por la tarde. Se irán á la hora del almuerzo y ocuparé mi lugar.» Para nada teníamos que movernos de allí, donde almorzamos todos los domingos, teniendo, á prevención, los viveres en la barca.

»Dieron las doce y no se iban. Llevaban un pollo asado envuelto en un periódico, y entre bocado y bocado, el hombrecillo tiró de la caña y sacó un pez.

»Magdalena y yo no teníamos apetito; comimos poco y por fuerza.

»Después me puse á leer el *Gil Blas*, como acostumbré todos los domingos, á la sombra de un árbol y á la orilla del agua. Los domingos hay artículo de Colombina; ya lo sabe usted, Colombina escribe artículos en el *Gil Blas*; y yo hago rabiarse siempre á mi señora diciéndole que conozco á Colombina. No es verdad, no la conozco, ni la he visto nunca; pero escribe muy bien y dice cosas que

tienen mucha miga, lo cual extraña en una mujer: No hay muchas como ella.

»Empecé á chincar á mi señora. Enfadóse más que nunca y me callé.

»Entonces aparecieron en la otra orilla del río los dos testigos presentes, Ladureau y Durdent. Nos conocíamos de vernos pescando.

»Volvió á su diversión el hombrecillo, con mucha suerte, sacando á cada momento un pez, y su mujer le dijo:

»—Es un lugar muy bueno éste; volveremos todos los domingos.

»Sentí frío en la espalda. Y mi señora me incitaba, repitiéndome:

»—No eres hombre; los hombres no aguantan eso; tienes la sangre de gallina.

»Yo me limité á decir:

»—Vayámonos, porque no quiero hacer un disparate.

»Y Magdalena insistía provocadora:

»—No eres un hombre; huyes, te rindes, renuncias á lo tuyo; no te atreves á defenderlo.

»Sus palabras me hacían mella, pero á pesar de todo, me contuve.

»Y el hombrecillo volvió á sacar la caña con un sargo. ¡Ah! ¡Nunca lo hubiera visto!

»Mi señora empezó á decir en alta voz:

»—Esto puede llamarse robar la pesca, puesto que nosotros cebamos el remanso anoche. Tendrían que pagarnos por lo menos el coste del cebo.

»Entonces la esposa del hombrecillo preguntó:

»—¿Habla usted con nosotros, señora?

»Y la mía dijo:

»—Hablo á los ladrones que pescan lo que otros han cebado.

»La gorda insistió en sus preguntas:

»—¿Pero nos llama usted ladrones de pesca?

»Replicaron una y otra, lanzándose á la cara frases provocativas y soeces. No se les acababa el repertorio; y lo decían todo con tales voces, que los dos testigos, aquí presentes, en son de burla comenzaron á gritar:

»—¡Eh! un poco de silencio; que no dejan pescar á sus maridos.

»Lo cierto es, que ni el hombrecillo ni yo interveníamos en la pelea; lo mismo que si fuéramos de palo. Teníamos los ojos fijos en el agua, como si no las oyéramos.

»¡Reontra! ¡Y bien que las ofamos! «¡Usted es una embustera!» «¡Usted una arrastrada!» «¡Usted una bribona!» «¡Usted una indecente!» Y así por el estilo; aquello no tenía fin.

»De pronto, un ruido á mi espalda me obligó á volverme. La gorda estaba golpeando á Magdalena con la sombrilla. ¡Pam! ¡pam! Había recibido ya dos golpes, y furiosa, lanzóse contra su enemiga cogiéndola por el moño, llenándola de arañazos la cara.

»Yo no hubiera intervenido. Las mujeres con las mujeres y los hombres con los hombres. Pero el otro salió en defensa de su esposa queriendo arrojarse contra la mía. ¡Eso ya no! ¡Eso ya no pude consentirlo! Y cuando se acercó encontróse



con mis puños. Un puñetazo en las narices y otro en el vientre. Levantó los brazos primero, vaciló, vi sus pies en el aire y cayó al río; cayó en el remanso.

»Tuve intención de auxiliarle, señor presidente; pero en aquel momento la gorda estaba propinando á mi mujer la gran paliza, y yo, sin pensar que se ahogara tan pronto el hombrecillo, me acerqué á las mujeres, para remediar á la mía, separándolas.

»Recibí al intentarlo buena cuenta de arañazos y mordiscos. ¡Recontra! ¡Qué fieras!

»No conseguí que se desagarraran, lo menos en cinco minutos, y cuando me acerqué de nuevo al remanso, el agua estaba tranquila, y los pescadores del otro lado del río me gritaban:

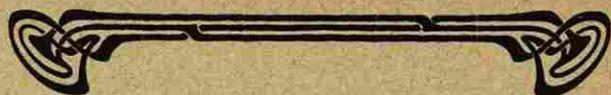
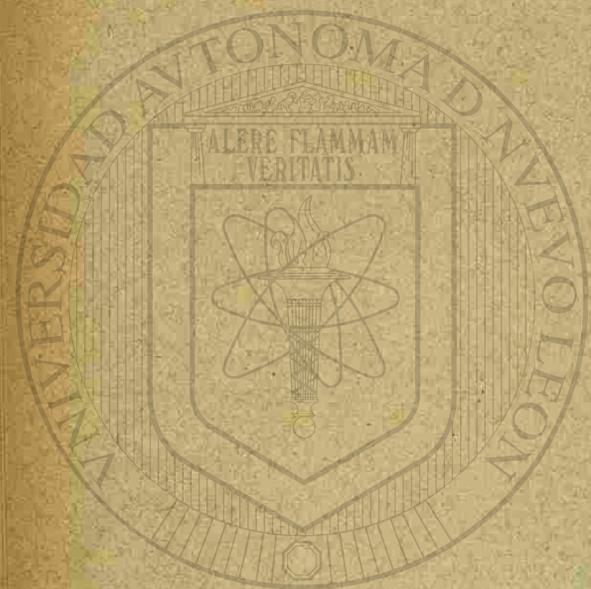
«—¡Sácalo! ¡Sácalo!

»¡Sí! decirlo es muy fácil. Yo no sé nadar, y bucear mucho menos.

»Al fin se presentaron unos marineros con garfios. Había pasado más de un cuarto de hora cuando pudieron sacarle. Allí estaba, en el fondo del remanso.

»Así pasó. Me creo inocente. Juro que digo la verdad. Soy un hombre honrado.»

Como las declaraciones de los testigos le favorecían, fué absuelto.



¡SALVADA!

LA marquesita de Rennedon entró como una bala que atraviesa un cristal, y sin decir una palabra soltó la risa, una risa estrepitosa como la de un mes antes, cuando anunció á su amiga que había engañado á su marido para vengarse, nada más que para vengarse y sólo una vez, porque su marido era ciertamente demasiado simple y demasiado celoso.

La baronesita de Grangerie dejó caer sobre el sofá el libro que estaba leyendo y miró á su amiga, curiosa, con la risa retozando también en los labios.

Al cabo preguntó:

—¿Qué has hecho de nuevo?

—¡Oh! amiguita... Amiguita... Es muy gracioso... muy gracioso... suponte que ya estoy ¡salvada!... ¡Salvada!... ¡Salvada!

—¿Cómo salvada?

—Sí, amiguíta, ¡salvada!

—¿De qué?

—¡De mi marido! ¡Salvada! ¡Libertada! ¡Libre!
¡Libre! ¡Libre!

—¿Cómo libre? ¿Para qué?

—Para divorciarme. Sí; ¡el divorcio! ¡He asegurado el divorcio!

—¿Te has divorciado?

—No, mujer; todavía no. ¡Qué tonta eres! Un divorcio no se realiza en tres horas. Pero ya tengo las pruebas... Las pruebas... Pruebas de su engaño... le sorprendí en flagrante delito... ¡Calcula!... En flagrante delito!... ¡Ya le tengo!

—¡Oh! explícamelo. ¿Te burlaba?

—¡Sí!... Es decir, no... Es decir, no y sí... No lo sé. En fin; tengo las pruebas, y esto es lo esencial.

—¿Cómo lo hiciste?

—¿Cómo lo hice?... Ahora verás. ¡Oh! Fui astuta, pero muy astuta. Hacía tres meses que me resultaba cada día más odioso, insoportablemente odioso, brutal, grosero, déspota, innoble. Reflexioné: «Eso no puede seguir así; necesito divorciarme.» Pero ¿cómo? No era muy sencillo. Hice lo posible para que me pegara: no pude conseguirlo. Me contrariaba constantemente obligándome á salir, cuando yo no

quería salir, y á quedarme, cuando no quería quedarme; así me castigaba por mis provocaciones, haciendo insoportable mi existencia, pero sin tocarme á un pelo de la ropa.

Entonces traté de averiguar si tenía queridas. Tenía una, pero tomaba mil precauciones para ir á su casa; y estando en su casa, era imposible sorprenderlos juntos... Adivina lo que hice.

—No lo adivino.

—¡Ah! No lo adivinarías por mucho que pensaras. Rogué á mi hermano que me proporcionase una fotografía de aquella mujer.

—¿De la querida de tu marido?

—Sí. Le costó á Jacobo trescientos francos; el precio de una... conferencia, desde las siete á las doce de la noche con cena y todo; á sesenta francos la hora. La fotografía se la regaló.

—Me parece que la hubiera conseguido más barata valiéndose de una estratagema cualquiera y sin... sin... verse obligado á cargar con el original.

—¡Oh! Es una mujer muy bonita. No le disgustaba eso á Jacobo. Y, además, yo necesitaba detalles de su persona, detalles físicos de su cintura, de su pecho, de su color. ¡Muchos detalles!

—No te comprendo.

—Ya verás. Cuando tuve conocimiento de todo

lo que me hacía falta saber, fuíme á casa de un... ¿cómo le llamaremos?... de un... hombre de negocios... Ya sabes... Uno de esos que facilitan toda clase de asuntos... Agentes de... de publicidad y de complicidad... Ya entiendes.

—Sí; casi, casi. Bien, ¿y qué le dijiste?

—Le dije, presentando aquel retrato de Clarisa (la de mi marido se llamaba Clarisa): «Caballero, necesito una doncella de labor que se parezca lo más posible á esta fotografía. Que sea bonita, esbelta, elegante y aseada. Pagaré lo que me pidan, aunque me cueste diez mil francos. La necesito para tres meses nada más.»

«Al oírme aquel hombre, quedóse muy sorprendido y me preguntó: «¿La señora quiere una doncella irreprochable?»

«Me ruboricé para responderle. «¿Irreprochable? Irreprochable, sí; que no me robe.»

«Insistió el agente: «¿Y en otro aspecto?»

No me atreví á contestarle, pero hice con la cabeza un movimiento que significaba: no. Al punto comprendí que aquel hombre tenía una sospecha desagradable, y exclamé sin poder contenerme:

«—¡Oh, caballero... es para mi marido... que me burla... que tiene una querida; y pretendo... preten-

do llevarle á casa una mujer tentadora... Ya lo comprenderá usted... para sorprenderle...

»Al oírme, aquel hombre no pudo contener la risa, y en su manera de mirarme comprendí que ya no sospechaba nada horrible; al contrario, me suponía muy astuta. Hubiera jurado yo que aquel hombre diera en aquel instante algo bueno por estrecharme la mano.

»Me dijo:

»—Antes de ocho días procuraré á usted lo que pide, señora. Y si no le sirviera la que vaya, la reemplazaré por otra. Yo respondo en absoluto del éxito, y sólo cobraré cuando se haya conseguido lo que usted se propone. Esta fotografía, ¿es el retrato de la señora en cuestión?

»—Sí, caballero.

»—Una hermosa mujer, de las que parecen delgadas y están llenitas. ¿Qué perfume?»

Al pronto no comprendí, repitiendo la pregunta. El sonrió, y dijo:

«—Sí, señora; el perfume acostumbrado es muy esencial para reducir á un hombre; porque le despierta recuerdos inconscientes que le predisponen al deseo; el perfume promueve complicaciones vagas y sentimentales en su espíritu, le turba y le acosa recordándole sus placeres. También sería

conveniente saber los manjares que toma con más frecuencia el señor cuando come con su querida, para servírselos el día en que se le prepare la sorpresa. ¡Oh, señora, le tenemos cogido; no se nos escapa!

»Me fui muy contenta, porque había tenido la fortuna de tropezar con un hombre muy perspicaz.

»A los tres días fué á mi casa una mujer morena, joven, muy hermosa, con expresión á un tiempo modesta y atrevida con aspecto de avispada. Estuvo muy discreta conmigo. Como yo no sabía quién era, la llamaba señorita, y me dijo:

»—La señora puede llamarme Rosa de hoy en adelante.

»Hablamos.

»—¿Ya sabe usted para lo que viene aquí?

»—Lo supongo, señora.

»—Bien, Rosa... Y... ¿lo acepta con gusto?

»—Sí, señora; ya estoy acostumbrada. Es el octavo divorcio en que intervengo.

»—Perfectamente. ¿Qué tiempo calcula usted necesario para... eso?

»—¡Ah! señora: dependerá del temperamento del señor. En cuanto le vea cinco minutos, podré precisar exactamente.

»—Le verá usted en seguida; pero le anticipo que

no es un guapo mozo, ni siquiera un hombre agradable.

»—Eso no me importa, señora; ya he separado á otros muy feos. Lo que sí me importa mucho es conocer el perfume...

»—La verbena.

»—Mejor que mejor, señora; es un perfume que me agrada. ¿Podría decirme la señora si la querida del señor usa camisas de seda?

»—No; de batista, con encajes.

»—Debe ser una persona distinguida. Las camisas de seda se han vulgarizado ya mucho.

»—Es cierto.

»—Bien, señora; voy á empezar mi servicio.

»Así fué; comenzó á servirme como si no hubiera hecho en su vida otra cosa.

»Una hora después llegó mi marido. Rosa ni alzaba siquiera los ojos para mirarle; pero él clavó en ella los suyos, atraído por el perfume de verbena.

»En cuanto estuvo solo conmigo el marqués, me preguntó:

»—¿De dónde ha salido esa moza?

»—Es mi nueva doncella.

»—¿Quién la trajo?

»—Me la recomendó la baronesa de la Grangerie, dándome bonísimos informes.

»—¡Ah, es una hermosa muchacha!

»—¿Te parece?

»—Sí; como doncella es muy hermosa.

»Yo estaba satisfecha; mi marido había picado ya en el anzuelo.

»Aquella misma noche Rosa me dijo:

»—Puedo prometer á la señora que todo se conseguirá en menos de quince días. El señor es muy fácil.

»—¡Hola! ¿Ya le ha probado?

»—No, señora; pero se advierte al punto. Ya tuvo tentaciones de darme un beso al pasar junto á mí.

»—Pero, ¿no la dijo nada?

»—No, señora; sólo me ha preguntado mi nombre, para saber si mi voz era también agradable.

»—Perfectamente, Rosa. Cuanto más lo apresure, mejor.

»—Descuide la señora. Resistiré nada más el tiempo justo para no desmerecer á sus ojos.

»Al cabo de ocho días, el marqués apenas ponía los pies en la calle. Yo le veía rodar por la casa toda la tarde, y lo más significativo para el asunto era que me dejaba salir á todas horas. Yo estaba fuera casi todo el día para . . . dejándole solo y libre.

»Al noveno día, mientras me desnudaba, Rosa me dijo tímidamente:

»—Ya está, señora. Hoy por la mañana.

»Me sorprendió, y hasta me impresionó un poco, sobre todo por la manera de participármelo. Murmuré:

»—Y... y... ¿quedó satisfecho?

»—Satisfechísimo. Hace tres días que me asediaba, ya de un modo apremiante; pero no quise precipitarlo. La señora me advertirá cuando prepare la sorpresa.

»—Sí, sí. El jueves, ¿podrá ser?

»—El jueves; ya está dicho. Hasta ese día huiré al señor, para que le coja con ganas.

»—¿Está usted segura de no errar el golpe?

»—Segurísima. Prepararé al señor de tal modo, que sucederá en el momento que á la señora le convenga.

»—A las cinco en punto.

»—Bueno; á las cinco en punto. Y ¿en qué sitio?

»—En... mi alcoba.

»—Perfectamente.»

Ya comprenderás lo que hice. Fuí primero á buscar á sus papás, luego á mi tío Orvelín, el magistrado del Supremo, después al juez Raplet, el amigo de mi marido. No les advertí acerca del espectáculo que iban á presenciar. Les rogué que se acercasen, andando de puntillas, hasta la puerta de

mi alcoba. Y á las cinco en punto... ¡Ah! ¡Cómo latía mi corazón! También había hecho subir al portero, para tener un testigo más. Y mientras la campana del reloj daba las cinco, de pronto abrí la puerta. ¡Oh! ¡Qué acierto! Estaban en lo más culminante, hija mía. ¡Si hubieras visto la cara de mi marido cuando se volvió!... Porque se volvió á mirarnos ¡el imbécil! ¡Ah! Fué un lance divertidísimo. Yo reía... reía... Papá, enfurecido, quería golpear al marqués, mientras el portero, siempre sumiso, le ayudaba á vestirse... delante de nosotros... ¡qué broma!... Y Rosa, estuvo incomparable... Lloraba... lloraba perfectamente... Conmovía. Es una muchacha insustituible... Si la necesitaras alguna vez, acuérdate.

»Aquí me tienes; he venido á participártelo, inmediatamente. ¡Ya estoy libre! ¡Viva el divorcio!»

Y se puso á bailar, saltando como loca, mientras la baronesita murmuraba:

—¿Por qué no me invitaste á ver eso?



LA SEÑORA «BALANCÍN»

HAY recuerdos antiguos que nos obsesionan de una manera singular sin que logremos alejarlos.

El que voy á referir es tan viejo, tan viejo, que yo no sabría explicarme cómo se conservó viva y tenazmente arraigado en mi memoria. Desde aquella fecha, me han impresionado tantos acontecimientos conmovedores, terribles ó siniestros, que me sorprende no poder pasar un día, ni un sólo día, sin que la figura de la señora *Balancín* se me aparezca, tal como la conocí entonces, hace mucho tiempo, cuando yo tenía diez ó doce años.

Era una viejecita, costurera, que iba una vez por semana—los miércoles—á casa de mis padres para repasar la ropa. Habitaban mis padres una de esas residencias campesinas llamadas castillos, y que sencillamente son caserones antiguos, en torno de

mi alcoba. Y á las cinco en punto... ¡Ah! ¡Cómo la-
tía mi corazón! También había hecho subir al por-
tero, para tener un testigo más. Y mientras la cam-
pana del reloj daba las cinco, de pronto abrí la
puerta. ¡Oh! ¡Qué acierto! Estaban en lo más culmi-
nante, hija mía. ¡Si hubieras visto la cara de mi
marido cuando se volvió!... Porque se volvió á mi-
rarnos ¡el imbécil! ¡Ah! Fué un lance divertidísimo.
Yo reía... reía... Papá, enfurecido, quería golpear al
marqués, mientras el portero, siempre sumiso, le
ayudaba á vestirse... delante de nosotros... ¡qué
broma!... Y Rosa, estuvo incomparable... Lloraba...
lloraba perfectamente... Conmovía. Es una mucha-
cha insustituible... Si la necesitaras alguna vez,
acuérdate.

»Aquí me tienes; he venido á participártelo, in-
mediatamente. ¡Ya estoy libre! ¡Viva el divorcio!»

Y se puso á bailar, saltando como loca, mientras
la baronesita murmuraba:

—¿Por qué no me invitaste á ver eso?



LA SEÑORA «BALANCÍN»

HAY recuerdos antiguos que nos obsesionan
de una manera singular sin que logremos
alejarlos.

El que voy á referir es tan viejo, tan viejo, que yo
no sabría explicarme cómo se conservó viva y te-
nazmente arraigado en mi memoria. Desde aquella
fecha, me han impresionado tantos acontecimientos
conmovedores, terribles ó siniestros, que me sor-
prende no poder pasar un día, ni un sólo día, sin
que la figura de la señora *Balancín* se me aparezca,
tal como la conocí entonces, hace mucho tiempo,
cuando yo tenía diez ó doce años.

Era una viejecita, costurera, que iba una vez por
semana—los miércoles—á casa de mis padres para
reparar la ropa. Habitaban mis padres una de esas
residencias campesinas llamadas castillos, y que
sencillamente son caserones antiguos, en torno de

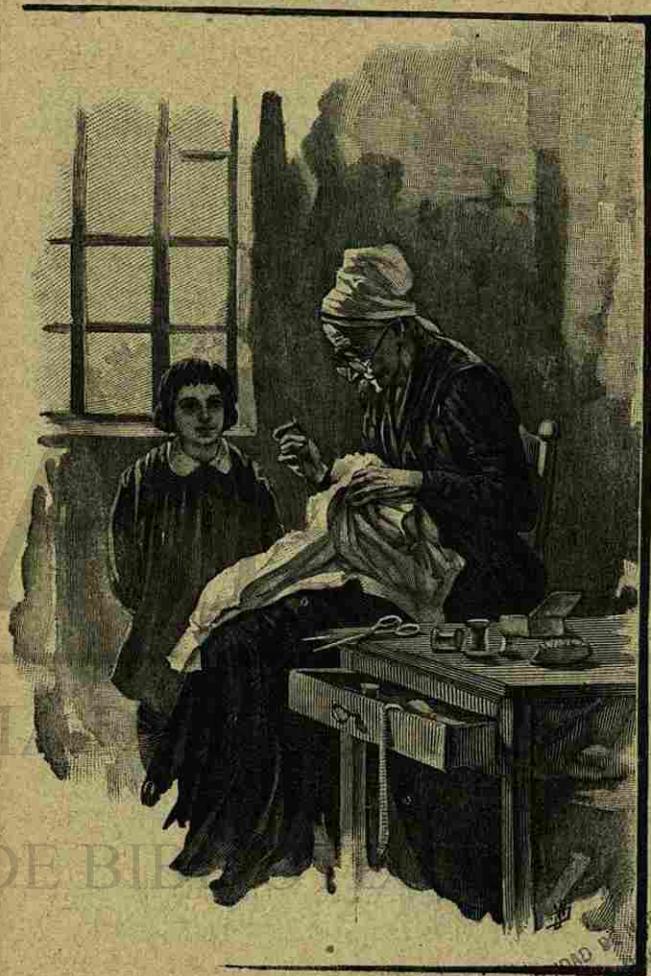
los cuales agrúpanse tres ó cuatro masías que les rinden tributo.

El pueblo, un pueblo grande, «una villa», extendíase á no mucha distancia, rodeando la iglesia, una iglesia de ladrillos rojos, que los años habían oscurecido.

Todos los miércoles la señora *Balancín*, llegando á mi casa de siete menos cuarto á siete de la mañana, subía directamente al cuarto de costura, poniéndose á trabajar.

Era una mujer alta, delgada, barbuda, ó más bien peluda, porque tenía pelos en toda la cara, mechones rizados que parecían esparcidos por un demente sobre aquel rostro de gendarme con faldas. Le crecían sobre la nariz, dentro de la nariz, alrededor de la nariz, en la barbilla, en los carrillos; y sus cejas, de anchura y longitud extravagantes, grises, tupidas, erizadas, parecían unos bigotazos puestos allí por error.

Cojeaba, no como cojea un cojitranco, sino como un buque anclado en el mar. Cuando apoyaba sobre su pierna servible su corpachón huesudo y encorvado, parecía prepararse para recibir el empuje de una ola gigantesca; luego, de pronto, se hundía sobre su pierna inutilizada, como si desapareciera en un abismo. Su andar evocaba el espectáculo de una



tormenta, tal era su balanceo á cada paso; y su cabeza, donde no faltaba nunca la enorme cofia blanca, llevando las cintas flotantes por detrás, parecía rasgar el horizonte á cada uno de sus balanceos.

Yo quería mucho á la vieja *Balancín*. En cuanto me levantaba, subía inmediatamente al cuarto de costura, donde ya estaba ella trabajando, en invierno con una rejilla bajo los pies. Al oírme quitaba los pies de la rejilla, haciéndome sentar allí para que su calorillo me defendiera de un catarro en aquella estancia espaciosa y fría como un desván.

Me contaba cuentos mientras iba repasando la ropa con sus manos ligeras de mujer hacendosa; á través de los cristales de sus gafas, muy cóncavos, porque la edad había debilitado mucho su vista, los ojos de aquella mujer me parecían muy grandes, muy profundos y dobles.

Su alma—juzgando por lo que me decía, por sus juicios que impresionaron y conmovieron mi corazón infantil—era bondadosa é ingenua. Me refería con sencillez las novedades del pueblo; la historia de una vaca huída, por la noche, del establo y á la cual encontraron un día mirando girar la rueda del molino de Próspero Malet; ó la historia de un huevo de gallina, encontrado en la torre de la iglesia, y sin que nadie comprendiese cómo un ave que apenas

vuela pudo remontarse para ponerlo allí; ó la historia del perro de Juan Pilas que había ido á buscar á diez leguas de distancia los calzones de su dueño, robados por un vagabundo un día que los habían puesto á secar frente á la puerta. Refería esas candidas aventuras de tal modo, que para mí tomaban proporciones de dramas inolvidables, de magníficos y misteriosos poemas; y los ingeniosos cuentos, inventados por hombres de imaginación, que me contaba por la noche mi madre, carecían del sabor, del interés, de la grandiosidad y de la fuerza que yo admiraba en los relatos de la campesina.

Un miércoles, habiendo pasado toda la mañana junto á la vieja *Balancín*, quise volver á verla por la tarde después de haber ido con un criado á coger avellanas en los bosques de Hallets, detrás del cortijo de Noirpré. Lo recuerdo todo tan claramente como si hubiera sucedido ayer.

Al abrir la puerta del cuarto de costura, vi á la vieja caída en el suelo, boca abajo, con los brazos extendidos, teniendo aún entre los dedos de la mano derecha la aguja, y en la izquierda una de mis camisas. Estirada bajo la silla su pierna útil, dejaba ver la media azul, y sus anteojos brillaban junto á la pared, á distancia de su cabeza.

Huí dando voces. Acudieron. A los pocos minu-

tos pude averiguar que la señora *Balancín* estaba muerta. Me sería imposible referir la emoción profunda, penetrante, horrible, que crispó mi corazón infantil. Bajé á la sala ocultándome para llorar en el rincón más oscuro; y allí estuve hasta que se hizo de noche.

De pronto entraron con un quinqué, pero no me vieron, y oí lo que mi padre y mi madre hablaban con el médico. Le habían hecho llamar y explicaba cómo pudo producirse aquel accidente. Luego aceptó una copita y un bizcocho, sentándose para estar un rato de conversación.

Lo que dijo entonces me quedó grabado en la memoria y nunca se borrará. Creo que lo repetiría, casi palabra por palabra, si me lo propusiese.

«¡Ah! —dijo—, la infeliz. Fué mi primer cliente. Se rompió la pierna el día de mi llegada. Apenas había tenido yo tiempo de lavarme las manos, al bajar de la diligencia, cuando fueron á buscarme con mucha prisa porque su estado era grave, muy grave.

Tenía entonces diez y siete años, y era una preciosa muchacha, bonita, si las hay. ¡Quién lo diría! Su historia, que no he referido nunca, la conoce sólo conmigo, una persona que no vive aquí. Ahora que la pobre vieja ya no existe, no es una indiscreción contarla.

En aquel tiempo acababa de llegar á la villa un maestro joven, hermoso y arrogante. Las mozas le sonreían disputándosele, pero él se hizo el desdeñoso temiendo al director de la escuela, el señor Grabu, que tenía un genio desigual y áspero.

El señor Grabu empleaba ya entonces como costurera á la hermosa Hortensia, que acaba de morir en esta casa, y á la cual llamaron *Balancín* más adelante, después de su desdicha. Trató muy obsequiosamente á la muchacha el joven maestro y ella sintióse orgullosa de verse preferida por el implacable avasallador; éste la requirió de amores y obtuvo una cita en el desván de la escuela, luego de anochecer, un día de costura.

La muchacha despidióse, como de costumbre, de los Grabu al acabar su labor; pero en vez de bajar la escalera subió para ocultarse detrás del heno, aguardando á su novio, el cual no tardó en presentarse, y estaba galanteándola cuando se abrió de nuevo la puerta del desván para dejar paso al director de la escuela.

—¿Por qué ha subido usted, Sigisberto?

Sorprendido el joven maestro, respondió torpemente:

—Subí para descansar un poco echado en el heno, señor Grabu.

El desván era grande y oscuro; Sigisberto empujó hacia el fondo á la desconcertada moza, diciendo en voz baja:

—Escóndete; si no, me pierdes; me dejarán cesante. Sobre todo, que no te vean salir.

El señor Grabu, oyéndole mascullar palabras, dijo:

—Pero, ¿hay alguien con usted?

—No, señor; estoy solo.

—Pues ¿á quién hablaba?

—Le juro, señor Grabu, que no hay nadie conmigo.

—Pronto lo vamos á ver.

Y cerrando la puerta con llave al irse, bajó á buscar una luz.

El joven maestro, cobarde como hay muchos, al ver en peligro su empleo, trastornado, furioso, repetía:

—Escóndete, que no te descubran de ningún modo. Si no, me arruinarás para toda mi vida; perderé mi carrera. ¡Escóndete!

Oyóse rechinar la llave girando en la cerradura.

Hortensia corrió á la ventana, y abriéndola bruscamente, dijo al arrogante mozo en voz baja y resuelta:

—Tú me recogerás luego, cuando el señor Grabu se vaya.

Y arrojóse á la calle.

Habiendo registrado el desván, el director extrañóse de no hallar á nadie.

Al cuarto de hora, Sigisberto entró en mi casa, refiriéndome aquel percance.

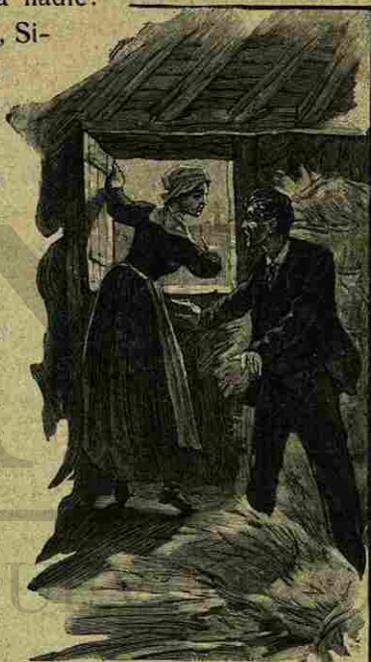
La moza estaba donde cayó, sin poder moverse.

Fuimos á recogerla; llovía mucho, y la llevé á mi casa. Tenía la pierna rota por tres partes y los huesos habían desgarrado los músculos. Hortensia no se quejaba, repitiendo sólo con admirable resignación:

—¡Justo castigo! ¡Justo castigo!

Avisé á los padres de la moza, inventando una explicación de aquel percance, que supuse ocasionado por una carreta, frente á mi casa.

Me creyeron, y los gendarmes buscaron durante



un mes al culpable del accidente. Ya lo ven ustedes. Yo consideré siempre á esa mujer como una heroína, perteneciente á la raza de aquellas que pasaron á la historia por haber realizado los actos más hermosos.

No tuvo nuevos amores. Ha muerto virgen. Es una mártir, un alma generosa, una víctima sublime. Si mi admiración no fuera tan grande, no referiría yo la historia que guardé oculta durante toda su vida, ya comprenderán ustedes por qué razón.»

El médico había concluido. Mi madre lloraba. Mi padre dijo algo que yo no entendí. Salieron de la sala.

Y me quedé allí de rodillas, gimiendo, mientras oía en la escalera un ruido extraño.

Se llevaban el cuerpo de la señora *Balancin*.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL MARQUÉS DE FUMEROL

HABLABA Roger de Tourneville, sentado á horcajadas en una silla; sus amigos formaban círculo á su alrededor, y él tenía el cigarro entre los dedos, acercándose de vez en cuando á la boca, dando una chupada y soltando una nubecilla de humo.

...Estábamos en la mesa cuando llevaron una carta. Papá la abrió. Ya conocen ustedes á mi padre, que se considera representante del rey en Francia. Yo le llamo don Quijote, porque se batió durante doce años contra los molinos de viento de la República, sin averiguar á punto fijo si lo hacía por los Borbones ó por los Orleans. Ya sólo á nombre de los Orleans empuña su lanza, porque no quedan otros pretendientes. De todos modos, papá se considera el primer caballero de la Monarquía, el más conocido, el

un mes al culpable del accidente. Ya lo ven ustedes. Yo consideré siempre á esa mujer como una heroína, perteneciente á la raza de aquellas que pasaron á la historia por haber realizado los actos más hermosos.

No tuvo nuevos amores. Ha muerto virgen. Es una mártir, un alma generosa, una víctima sublime. Si mi admiración no fuera tan grande, no referiría yo la historia que guardé oculta durante toda su vida, ya comprenderán ustedes por qué razón.»

El médico había concluido. Mi madre lloraba. Mi padre dijo algo que yo no entendí. Salieron de la sala.

Y me quedé allí de rodillas, gimiendo, mientras oía en la escalera un ruido extraño.

Se llevaban el cuerpo de la señora *Balancin*.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL MARQUÉS DE FUMEROL

HABLABA Roger de Tourneville, sentado á horcajadas en una silla; sus amigos formaban círculo á su alrededor, y él tenía el cigarro entre los dedos, acercándose de vez en cuando á la boca, dando una chupada y soltando una nubecilla de humo.

...Estábamos en la mesa cuando llevaron una carta. Papá la abrió. Ya conocen ustedes á mi padre, que se considera representante del rey en Francia. Yo le llamo don Quijote, porque se batió durante doce años contra los molinos de viento de la República, sin averiguar á punto fijo si lo hacía por los Borbones ó por los Orleans. Ya sólo á nombre de los Orleans empuña su lanza, porque no quedan otros pretendientes. De todos modos, papá se considera el primer caballero de la Monarquía, el más conocido, el

más influyente, el jefe del partido; y como disfruta de una senaduría vitalicia, supone poco seguros los tronos de los reyes, que ya no son inamovibles.

Mamá es el alma de papá, es el alma de la Monarquía y de la Religión, el brazo derecho de Dios en la tierra y el azote de los incrédulos.

Aún estábamos en la mesa, cuando llevaron una carta. Papá la leyó; luego, mirando á mamá, dijo:

— Tu hermano se muere.

Mamá se puso pálida. Casi nunca se hablaba de mi tío. Yo ni le había visto, no teniendo más datos referentes á él que los ofrecidos por la opinión pública, según la cual llevó siempre, y continuaba llevando, una vida poco edificante. Habiéndose comido su fortuna con un incalculable número de mujeres, ya sólo conservaba dos queridas, con las cuales vivía en un pisito de la calle de los Mártires.

Antiguo par y antiguo coronel de caballería, no creyendo en Dios ni en el diablo, nada temeroso de la vida futura, usó y abusó en todas formas de la vida presente, siendo una llaga siempre abierta en el corazón de mamá.

La cual dijo:

— Déjame ver esa carta, Pablo.

Cuando hubo terminado su lectura, yo se la pedí á mi vez. Estaba redactada en estos términos:

« Señor conde: me creo en el caso de participarle que su cuñado, el marqués de Fumerol, se muere. Acaso quiera usted tomar sus disposiciones, y por eso le aviso.

Su criada humilde,

MELANIA.»

Papá murmuró:

— Hay que participarlo. Debo asistir á los últimos momentos de tu hermano.

Mamá dijo:

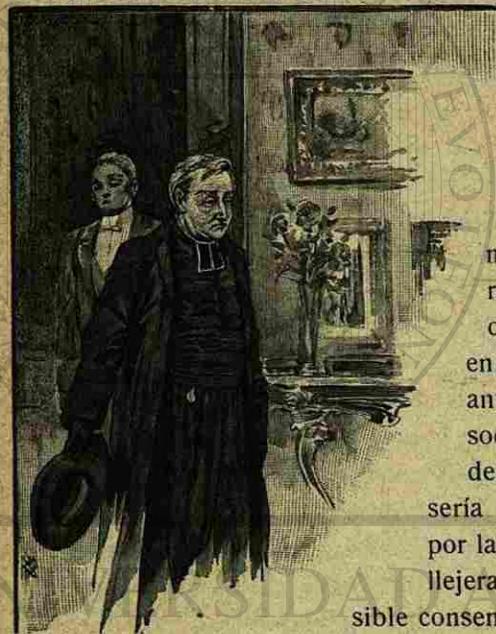
— Quiero pedir parecer al padre Poivron. Luego iré con él y con mi hijo á ver á mi hermano. Tú quédate aquí. No es indispensable que te comprometas; una mujer puede y debe dar esos pasos, pero un hombre político necesita reflexionar mucho lo que hace. Tus adversarios interpretarían malamente, contra tu buena opinión, tu sacrificio generoso.

— Es verdad— contestó mi padre—; haz lo que te parezca más conveniente, hija mía.

Media hora después, el padre Poivron, enterado ya de todo, analizaba y discutía el caso, teniendo en cuenta sus distintos aspectos.

Si el marqués de Fumerol, uno de los títulos más prestigiosos de Francia, moría sin recibir los auxilios de la Iglesia, el golpe sería terrible para la

nobleza en general y para el conde de Tourneville en particular. Triunfarían los librepensadores. Los



periódicos impíos cantarían su victoria durante seis meses; el nombre de mi madre sería profanado, impreso en los papeles anticlericales y socialistas; el de mi padre sería salpicado por la basura callejera. Era imposible consentirlo.

Así, pues, armóse de pronto una cruzada dirigida por el padre Poivron, clérigo recordete y limpio, vagamente perfumado, un verdadero sacerdote católico en la parroquia de un barrio noble y rico.

Engancharon un coche y fuimos inmediatamente,

mamá, el padre Poivron y yo á llevarle á mi tío moribundo, los auxilios espirituales.

Habían acordado ver primero á Melania, la que firmó la carta de aviso y debía ser ama de llaves ó cocinera del marqués.

Yo me adelanté con esa comisión apeándome del coche ante una casa de siete pisos, en cuyo portal obscuro y largo, me costó bastante dar con la portería.

El portero era un hombre malicioso y reservado.

Le pregunté:

—La señora Melania, ¿en qué piso vive?

Y me contestó secamente:

—No la conozco.

—Me ha escrito y vengo á verla.

—Es posible, pero yo no la conozco. ¿Es acaso alguna entretenida?

—Debe ser una criada.

—¿Una criada?... ¿Una criada?... Será la del marqués. Vea en el piso quinto, izquierda.

En cuanto se convenció de que no le preguntaba por una mujer galante, mostróse más atento y me acompañó hasta el pie de la escalera.

Subí á saltos, no atreviéndome á poner la mano en la barandilla polvorienta, y dí unos golpecitos

discretos en la puerta de la izquierda del quinto piso.

Abrieron; una mujer desgachada, grandota, me cerró el paso gruñendo:

—¿Qué quiere usted?

—¿Es usted la señora Melania?

—Sí.

—Yo soy el vizconde de Tourneville.

—¡Oh! Puede usted pasar.

—Es que... abajo aguarda mamá con un sacerdote.

—Pues baje usted á buscarla. Cuidado con el portero.

Bajé, y subí nuevamente acompañando á mi madre y al sacerdote. Parecióme oír pasos á nuestra espalda.

Entramos en la cocina con Melania, sentándonos los cuatro para deliberar.

—¿Está muy grave?—preguntó mamá.

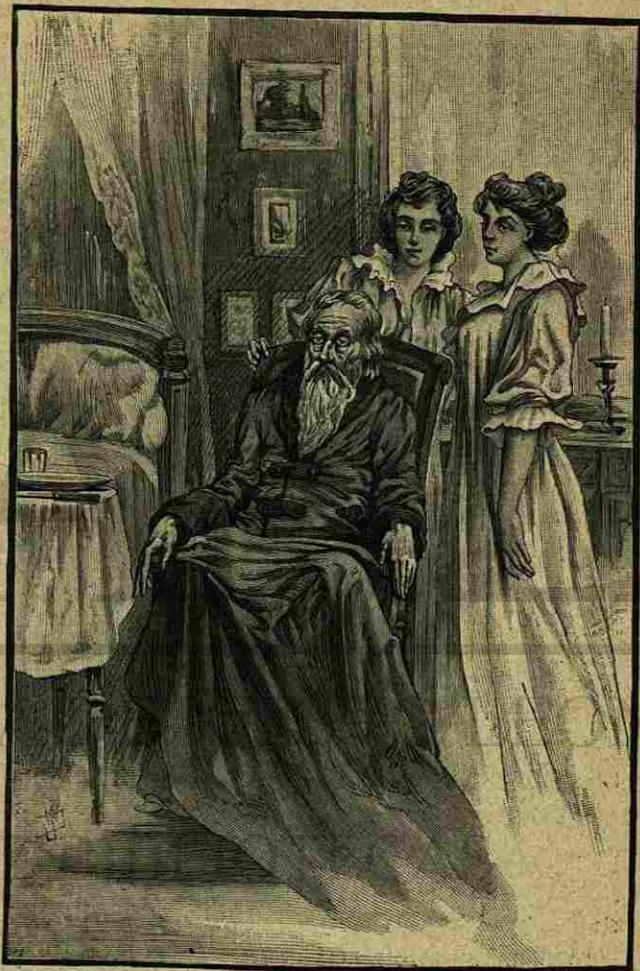
—Sí, señora, sí; no es posible que dure muchas horas.

—¿Estará dispuesto á recibir la visita de un sacerdote?

—¡Oh!... lo dudo.

—¿Puedo verle?

—Ya lo creo... Sí... sí, señora... Sólo que... sólo que le acompañan sus... sus amiguitas.



—¿Qué amiguitas?

—Pues... dos amiguitas que tiene.

—¡Oh!

Mamá se había puesto como la grana. El sacerdote no levantaba los ojos del suelo.

Aquello iba siendo algo divertido, y dije:

—¿Quieren que yo entre primero? Según como le halle, puedo advertirle...

Mamá, sin comprender la malicia de mis palabras, respondió:

—Sí, entra tú, hijo mío.

Abrióse una puerta y una voz suave, una voz femenina, pronunció:

—¡Melania!

La mujerona precipitóse á recibir órdenes:

—¿Qué se le ofrece, señorita Clara?

—La tortilla, ¡pronto!

—Al momento, señorita.

Y acercándose de nuevo á nosotros, dijo:

—Me piden una tortilla de queso, que me han encargado para merendar.

Rompió los huevos y se puso á batirlos con brío en una ensaladera.

Yo dí un campanillazo fuerte anunciando mi presentación oficial.

Melania me hizo tomar asiento en el gabinete y

anunció á mi tío mi visita. Después rogóme que pasara.

El sacerdote se ocultó detrás de la puerta para presentarse á la menor indicación mía.

El aspecto de mi tío me sorprendió agradablemente: un viejo hermoso, elegante, solemne, un hombre de mundo en toda regla.

Recostado en una poltrona, teniendo envueltas las piernas en una manta de viaje y las manos—unas manos de largos y pálidos dedos—apoyadas en los brazos del mueble, aguardaba la muerte con una dignidad bíblica. Su blanca barba cubría su pecho, y su cabellera, blanca también, le tapaba las orejas.

De pie, detrás de la poltrona, como para defenderle contra mí, dos mujeres jóvenes y frescotas me miraban con atrevidos ojos de prostituta. Con enagua y peinador, luciendo los brazos desnudos, con los cabellos muy negros, recogidos á la ligera sobre la nuca, y calzando chanclas bordadas de oro que dejaban ver en los tobillos las medias de seda, parecían, rodeando al moribundo, figuras inmorales de un cuadro simbólico. Entre la poltrona y el lecho había un veladorcito con mantel, donde aguardaban dos cubiertos la tortilla de queso encargada poco antes á Melania.

El marqués dijo, con voz débil y fatigosa, pero clara:

—Hola, muchacho. Tarde vienes á conocerme. Nuestras amistades no serán muy largas.

Murmuré:

—Tío, no fué mía la culpa.

El respondió:

—Ya lo supongo. La culpa deben tenerla tu padre y tu madre. ¿Cómo están?

—Bien, tío; bien. Al enterarse de que se hallaba usted algo enfermo, quisieron que viniera yo mismo á saber noticias.

—¡Ah! ¿Y por qué no han venido ellos?

Abrí los ojos clavándolos en las dos mozas, y dije suavemente:

—Las circunstancias obligan. Sería muy comprometido para mi padre, y más aún para mi madre, presentarse aquí...

El marqués no respondió, y oprimí la mano que me ofrecía, reteniéndola.

Entró Melania con la tortilla y la dejó en el velador. Las dos mozas, acercándose á su cubierto cada una, empezaron á comer sin dejar de mirarme.

Yo entonces dije:

—Tío: sería un goce muy grande para mamá verle á usted.

Mi tío murmuró:

—Yo también quisiera...

Pero no dijo más. No me atrevía á proponerle nada, y en aquel silencio sólo se oía el chocar de los tenedores en los platos.

El sacerdote, oculto detrás de la puerta, creyendo llegado el momento de intervenir, entró.

Sorprendióle tanto á mi tío su presencia, que de pronto quedóse inmóvil, estupefacto; luego abrió la boca desmesuradamente, como si quisiera tragarse al cura, y al fin gritó con voz potente y furiosa:

—¿Por qué viene usted aquí?

El sacerdote, acostumbrado á situaciones difíciles, avanzando, murmuró:

—Vengo enviado por la señora condesa. Su hermana le agradecería tanto, señor marqués...

Pero el marqués, resuelto á no escucharle, con un gesto majestuoso y trágico le señalaba la puerta, diciéndole con mucha energía:

—¡Váyase usted... váyase usted... ¡Son ladrones de almas, violadores de conciencias...! ¡Váyase usted!

El sacerdote retrocedía—yo también—, dirigiéndose hacia la puerta, perdiendo terreno sin volver la espalda; y satisfechas las dos mozas ante aquel espectáculo, habíanse puesto de pie sin acabarse de comer la tortilla, colocándose junto á la poltrona de

mi tío, posando las manos en sus hombros para tranquilizarle, para protegerle contra los compañeros criminales de la Familia y de la Religión.

El sacerdote y yo volvimos á refugiarnos con mamá en la cocina. Melania nos ofreció sillas nuevamente, diciendo:

—Ya sospechaba yo que no sería fácil...

Volvimos á deliberar. Mamá era de un parecer, y el sacerdote de otro distinto. Yo también expuse mi opinión diferente de las de ambos.

Hacia media hora que discutíamos, cuando las voces exaltadas, terribles, del marqués y el estruendo de muebles derribados ó arrastrados, nos llenaron de inquietud; y nos pusimos de pie.

Llegaban hasta nosotros, á través de las puertas y de los tabiques, palabras amenazadoras:

—¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Bandoleros!... ¡Farsantes!... ¡Fuera!... ¡Malditos!... ¡Fuera!... ¡Fuera!...

Melania entró precipitadamente, saliendo al punto para reclamar mi ayuda. Entré. Delante de mi tío, arrebatado por la cólera, erguido, tronante, dos hombres parecían aguardar á que muriese de rabia.

Su larga levita y sus zapatones ingleses; el cuello de tirilla y la corbata blanca; sus cabellos lacios y su humilde rostro de sacerdote falso de una religión bastarda; todo su ridículo aspecto, en fin,

me hizo reconocer en el primero á un pastor protestante.

Le acompañaba el portero—sectario del culto reformado—, el cual, enterándose, por las voces tal vez, de nuestra derrota, quiso probar si tendría su religión más fortuna.

Mi tío parecía loco de ira. Si la presencia del sacerdote católico, del sacerdote de sus antepasados, irritó al incrédulo marqués, el aspecto del sacerdote de su portero le puso frenético, fuera de sí.

Agarré por el brazo á los dos hombres, arrastrándolos con tal violencia, que se dieron de cabezadas al pasar por cada una de las dos puertas, y arrojélos de la casa.

Luego volví á la cocina, nuestro cuartel general, para tomar instrucciones de mamá y del sacerdote.

Pero Melania entró azarosa, gimiendo:

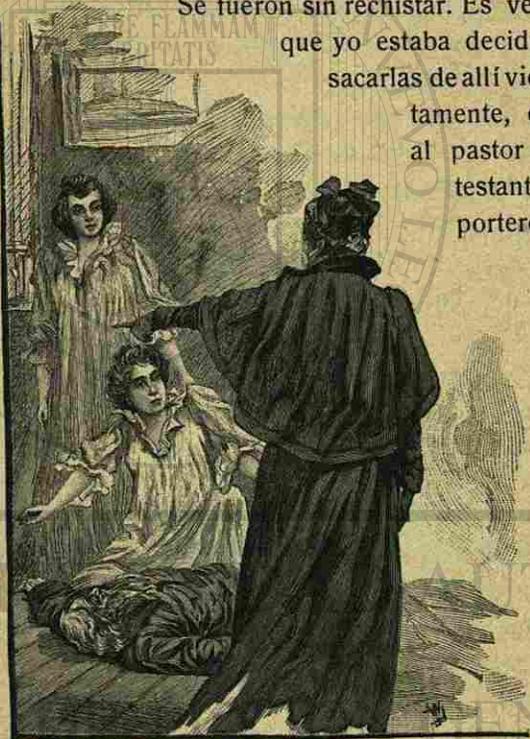
—¡Se muere, se muere!... ¡Corran!... ¡Se muere! Mi madre se precipitó. El marqués habíase desplomado y estaba en el suelo sin dar señales de vida.

Mamá mostróse como le correspondía en aquel instante. Dirigiéndose á las dos mozas que, arrodilladas junto al cuerpo del marqués, trataban de levantarle, señalando hacia la puerta con autoridad,

con dignidad, con majestad irresistible, dijo solemnemente:

—Ahora, son ustedes las que han de salir.

Se fueron sin rechistar. Es verdad que yo estaba decidido á sacarlas de allí violentamente, como al pastor protestante y al portero.



Entonces el padre Poivron rezó las oraciones de

costumbre, recomendando el alma de mi tío, y absolviéndole de sus pecados.

Mamá gimoteaba de rodillas junto al marqués, teniéndole una mano cogida.

De pronto exclamó:

—¡Ah! ¡Me reconoce! ¡Me oprime los dedos! Me ha reconocido y me agradece lo que hice por él. ¡Santo Dios, qué alegría!

¡Pobre mamá! ¡Si hubiese adivinado que mi tío pensaba oprimir en aquel instante otros dedos agradecía otras atenciones muy diferentes!

Le llevamos á la cama. Estaba muerto.

—Señora—dijo Melania—, ¿cómo le amortajamos? Toda la ropa es de las señoritas.

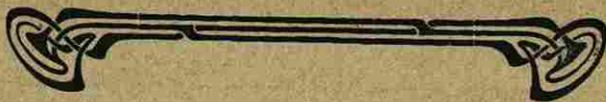
Yo contemplaba la merienda que no se habían acabado de comer, y á un tiempo me dieron ganas de llorar y de reír. Hay en la vida momentos y sensaciones muy extravagantes.

Se le hicieron al marqués unos funerales magníficos y sobre su tumba se pronunciaron cinco discursos. El senador barón Croisselles probó con razonamientos admirables, que Dios recobra todas las almas nobles un momento des-caminadas. Todos los personajes del partido monárquico y católico acompañaron el féretro con entusiasmo de triunfadores, comentando aquella

edificante muerte que puso fin á una vida un tanto borrascosa.

El vizconde Roger había terminado. Sus amigos reían. Alguien insinuó:

—Así es la historia de todas las conversiones *in extremis*.



LA SEÑA

LA marquesita de Rennedon estaba durmiendo aún en su alcoba oscura y perfumada, sobre su blando y elegante lecho, entre sábanas de vaporosa batista, acariciadoras como un beso; dormía sola, tranquila, feliz, el sueño profundo y dichoso de los divorciados.

Dos voces, que vivamente se replicaban en el salón azul, despertáronla. Creyó adivinar á su íntima la baronesita de Grangerie, disputando con la doncella, que defendía la puerta de su señora.

Entonces la marquesita se levantó, descorrió los pestillos, dió vuelta á la llave, entreabrió la puerta y asomó su cabecita, nada más que su cabecita rubia, envuelta en una nube de cabellos.

—¿Qué te ocurre para venir tan temprano?— dijo—. No son las nueve aún.

edificante muerte que puso fin á una vida un tanto borrascosa.

El vizconde Roger había terminado. Sus amigos reían. Alguien insinuó:

—Así es la historia de todas las conversiones *in extremis*.



LA SEÑA

LA marquesita de Rennedon estaba durmiendo aún en su alcoba oscura y perfumada, sobre su blando y elegante lecho, entre sábanas de vaporosa batista, acariciadoras como un beso; dormía sola, tranquila, feliz, el sueño profundo y dichoso de los divorciados.

Dos voces, que vivamente se replicaban en el salón azul, despertáronla. Creyó adivinar á su íntima la baronesita de Grangerie, disputando con la doncella, que defendía la puerta de su señora.

Entonces la marquesita se levantó, descorrió los pestillos, dió vuelta á la llave, entreabrió la puerta y asomó su cabecita, nada más que su cabecita rubia, envuelta en una nube de cabellos.

—¿Qué te ocurre para venir tan temprano?— dijo—. No son las nueve aún.

La baronesita, muy pálida, nerviosa, febril, con testó:

—Necesito hablarte; me ocurre una cosa horrible.

—Anda, entra.

Entró y se besaron; la marquesita volvió á su lecho, mientras la doncella abría las ventanas que inundaron la alcoba de aire y de luz.

Al quedar solas allí las dos amigas, la de Rennedon preguntó:

—¿Qué te sucede?

A la de Grangerie se le escaparon algunas lágrimas brillantes y transparentes, lágrimas de



las que hacen más seductoras á las mujeres, y balbuceó sin enjugarse los ojos para no enrojecérselos:

—¡Ay amiga! Es abominable, abominable, lo que me sucede. No he dormido en toda la noche ni un minuto, ni un solo minuto. Mira cómo late mi corazón, cómo salta.

Y cogiendo la mano de la condesa, la puso en su pecho, sobre aquel redondo y duro estuche de corazón femenino, que satisface frecuentemente á los hombres lo bastante para que no se preocupen de buscar lo que puede haber debajo. En efecto, su corazón latía violentamente.

Y la baronesa continuó:

—Me ha sucedido ayer... á eso de las cuatro y media; no sé á punto fijo la hora. Ya recuerdas el saloncito donde suelo pasar mis tardes, que abre sus balcones sobre la calle de San Lázaro, en el entresuelo de la casa; ya sabes que tengo la costumbre de asomarme, para distraerme viendo á los transeúntes. ¡Es tan alegre aquel barrio de la estación, tan concurrido, tan agitado!... En fin, ¡me gusta! Ayer estaba sentada en el balcón, sin pensar en nada, respirando el aire azul. Ya recuerdas qué día tan hermoso el de ayer. De pronto advierto que frente á mí, en la parte opuesta de la calle, hay también una señora en el balcón, una seño-

ra vestida de rojo; yo llevaba mi traje color malva; ya lo has visto, es muy elegante. Aquella señora desconocida, era nueva en la vecindad sin duda; pero en seguida reparé que la tal era una... tunanta. Por de pronto, causóme disgusto que una mujer así estuviera, como yo, asomada; y, poco á poco, fuéme interesando; la observé... Apoyada en los codos veía pasar á los hombres, y los hombres también la miraban. Hubiérase dicho que, al acercarse, algo les advertía, pues llegando á la casa olisqueaban como los perros cazadores, levantando la cabeza y cambiando con la mujer una expresiva mirada.

«Ella decía con los ojos: «¿Usted gusta?» y el transeunte contestaba: «No tengo tiempo», ó bien «No traigo dinero», ó bien, «¿Quieres no escandalizar, sirvengüenza?» Eran los ojos de los padres de familia los que decían esta última frase.

»No puedes imaginar qué divertidos resultaban los manejos de aquella mujer trabajando en su oficio.

»Cada vez que cerraba bruscamente las vidrieras de su balcón, un caballero entraba en su portal. Le había pescado como un pescador de caña á un pececillo. Yo miraba entonces el reloj. Tardaban de doce á veinte minutos; nunca más. Verdaderamente



acabó interesándome aquella especie de araña. ¡Y no era fea la indina!

»Yo me preguntaba: «¿Cómo se las arregla para darse á entender tan bien, tan pronto, completamente? ¿Refuerza su mirada con un mohín ó con una seña?»

»Y cogí mis gemelos de teatro para estudiar su procedimiento ¡Ah, era bien sencillo! Una mirada, un sonrisa y un guiño significando: «Suba usted». Pero tan ligero, tan vago, tan discreto, que se necesitaba mucha gracia para darse á entender de aquel modo.

»Y me pregunté: «¿Acaso yo tendría bastante malicia para repetir la seña como esa mujer?» Era ciertamente un guiño muy gracioso.

»Fuí á ensayarme delante del espejo. Amiga mía, lo hice mejor que la otra; ¡mucho mejor! Quedé satisfecha y volví al balcón.

»La vecina esforzábese ya inútilmente, no consiguiendo pescar á nadie. No estuvo afortunada. Y debe ser terrible ganarse la vida de tal manera; terrible y divertido á la vez, porque después de todo, entre los hombres que tropezamos en la calle los hay bastante simpáticos.

»Ya todos pasaban por mi acera y ninguno por la de mi vecina. Pasaban los unos detrás de los otros,

jóvenes, viejos, morenos, rubios, grises y blancos.

»Algunos verdaderamente seductores, muy seductores, mucho más que tu marido y el mío; es decir, que tu antiguo marido, porque ya estás divorciada. ¡Ya puedes elegir!

»Yo pensaba: «¿Si les hiciera la seña, me comprenderían á mí, que soy una mujer decente?» Y me dieron tentaciones de hacer la seña; pero unas tentaciones irresistibles, como antojos de mujer embarazada... tentaciones violentas, contra las cuales no sabemos defendernos. La cosa era extraña, estúpida; pero creo que las mujeres tenemos almas de mono. Me han dicho—y me lo ha dicho un médico—que el cerebro del mono se parece mucho al nuestro. Necesitamos imitar siempre. Imitamos á nuestros maridos, cuando les queremos, en el primer mes de matrimonio; luego imitamos á nuestros amantes, á nuestras amigas, á nuestros confesores. Nos apropiamos su manera de pensar, su manera de hablar, sus palabras y sus gestos; todo. Esto es estúpido.

»En fin, cuando me ha tentado mucho el deseo de hacer una cosa cualquiera, siempre la hice.

»Me decía en aquella ocasión: «Probaré con uno, con uno solo para observar. ¿Qué puede sucederme? ¡Nada! Cambiaremos una sonrisa y no le volveré a

ver; si le veo no me reconocerá; y si me reconoce negaré. ¡Vaya!»

»Dí principio á la elección. Quería dirigirme á uno bien portado. Vi acercarse un rubio elegante, guapo y buen mozo. Ya sabes que me gustan los rubios.

»Le miré. Me miró. Sonreí. Sonrió. Hice la seña. ¡Oh! Apenas la hice, respondiendo que sí con la cabeza, entró en el portal de mi casa.

»No puedes comprender lo que sentí en un momento. ¡Un miedo loco! ¡Imagínate! Hablaría con mis criados; con José, tan afecto á mi marido; y José pensaría que yo conozco al visitante.

»¿Qué hacer? dime, ¿qué hacer? Iba á llamar al caballero antes de un segundo. ¿Qué hacer? dime. Pensé que lo mejor sería salirle al encuentro, decirle que se equivocaba y suplicarle que se fuera. El se compadecería de una mujer, de una pobre mujer. Me precipité á la puerta y abrí cuando él iba á llamar.

»Murmuré atolondrada: «Váyase usted, caballero, váyase usted; soy una mujer virtuosa, una mujer casada. Es un error, un espantoso error; confundí á usted con uno de mis amigos que se le parece mucho.»

»Riendo grandemente, amiga mía; riendo con toda su alma, me contestó: «Buenas tardes, gatita. Ya

sabes: conozco la historia. Eres casada, bueno; son dos luses en lugar de uno. Te los daré. Vamos: guíame á tu alcoba.

»Y empujándome suavemente, cerró la puerta. Yo quedé aterrada junto á él, que me besaba y me cogía por la cintura, conduciéndome hacia el salón que había quedado abierto.

»Y después comenzó á examinarlo todo como un tasador, diciendo: «Chica, tienes una casa muy elegante; no comprendo cómo, á esas alturas, haces tus pesquisas en el balcón. Debes hallarte muy mal de fondos.»

»Yo volví á suplicarle: «Caballero, váyase usted, váyase usted. Mi marido puede llegar. Llegará de un instante á otro. Es ya su hora. Le juro á usted que se ha equivocado.»

»Y me respondió tranquilamente: «Calla, tontuela; no te apures. Y si viene tu marido, le daré dos francos para que vaya un rato á la taberna de enfrente.»

»Como vió sobre la chimenea una fotografía de Raúl, me dijo: «¿Es tu marido ese? Si es él, tiene cara de bruto. Y ésta, ¿quién es? ¿Una de tus amigas?»

»Era tu retrato, ¿recuerdas?, el que te hiciste hace poco en traje de baile. No sabiendo ya lo que decía,

murmuré: «Sí, es una de mis amigas.» — «Es muy guapa; me la presentarás» — replicó.

«Eran ya las cinco. Raúl vuelve todos los días á las cinco y media. Si

llegara y encontrase al otro.

¡Imagínate!...

Perdí la cabeza... De pronto... pensé...

pensé... que...

que lo mejor...

era... era librar-me de

aquel hombre... lo más

pronto posible...

cuanto antes... y... y...

pues era preciso... era preciso,

amiga mía... no se hubiera

ido sin eso... Entonces... Entonces... Corrí el cerrojo de la puerta del salón...»

La marquesita de Renne-don soltó una carcajada,

riendo locamente; con la cabeza entre los almo-



hadones. Cuando se calmó un poco, preguntó:

—Pero ¿no era guapo y buen mozo?

—Sí, ¡ya lo creo!

—¿Pues de qué te quejas?

—Pues... pues... de que dijo que volvería hoy á la [misma hora, y volverá. Tengo un miedo atroz. Tú no sabes hasta qué punto es tenaz y voluntarioso... ¿Qué haré, dime; qué me aconsejas?

Sentóse la marquesita en la cama para reflexionar; luego dijo bruscamente:

—Hazle prender.

La baronesita, estupefacta, balbuceó:

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Qué piensas? ¿Hacerle prender? ¿Con qué pretexto?

—Es muy sencillo. Ves al comisario de policía; le dices que un caballero te persigue hace tres meses; que ayer tuvo la insolencia de subir á tu casa y que te amenazó con otra visita para hoy. Pides protección á la ley; pondrán á tu disposición dos agentes para detenerle.

—Pero si él cuenta lo que ocurrió ayer...

—No le darán crédito, ¡simple!, si has preparado bien al comisario. Y te darán la razón, sabiendo que eres una señora irreprochable.

—No me atrevo, no me atrevo.

—Es preciso atreverse ó estás perdida.

—Piensa que... me insultará... cuando le detengan.

—Como tendrás testigos, le condenarán.

—Condenarle, ¿á qué?

—A daños y perjuicios. En esos casos hay que ser implacable.

—A propósito de indemnizaciones... Hay un detalle que me tiene inquieta... mucho... Me dejó... dos luises... encima de la chimenea.

—¿Dos luises?

—Sí.

—¿Nada más?

—No.

—Es poco.

—Eso me humillaría bastante.

—¿Y qué?

—Pues ¿qué hago yo de ese dinero?

La marquesita dudó un rato, y luego respondió con voz pausada:

—Con esos dos luises debes hacer... debes hacer un regalo á tu marido... Lo merece.



EL DIABLO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEOÁN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1525 MONTERREY, MEXICO

EL campesino estaba de pie frente al médico, á los pies de la cama de la moribunda. La vieja, tranquila, resignada, despierta, los miraba, oyéndolos hablar. Se moría; no se rebelaba; su misión había concluído: tenía noventa y dos años.

Por la ventana y por la puerta entraba el sol de Julio á oleadas, inundando con sus cálidos resplandores aquel suelo de tierra negruzca, ondulado y apisonado por los zuecos de cuatro generaciones de labriegos. Los perfumes de los campos entraban también, impelidos por la brisa; perfumes de hierbas, de trigos, de hojas abrasadas por el calor del Mediodía. Las cigarras, desgañitándose, aturdían con sus cantos monótonos, chirriantes, parecidos al golpeteo de las carracas de madera que hacen sonar los niños en Semana Santa.

El médico decía, levantando la voz:

—Piensa que... me insultará... cuando le detengan.

—Como tendrás testigos, le condenarán.

—Condenarle, ¿á qué?

—A daños y perjuicios. En esos casos hay que ser implacable.

—A propósito de indemnizaciones... Hay un detalle que me tiene inquieta... mucho... Me dejó... dos luises... encima de la chimenea.

—¿Dos luises?

—Sí.

—¿Nada más?

—No.

—Es poco.

—Eso me humillaría bastante.

—¿Y qué?

—Pues ¿qué hago yo de ese dinero?

La marquesita dudó un rato, y luego respondió con voz pausada:

—Con esos dos luises debes hacer... debes hacer un regalo á tu marido... Lo merece.



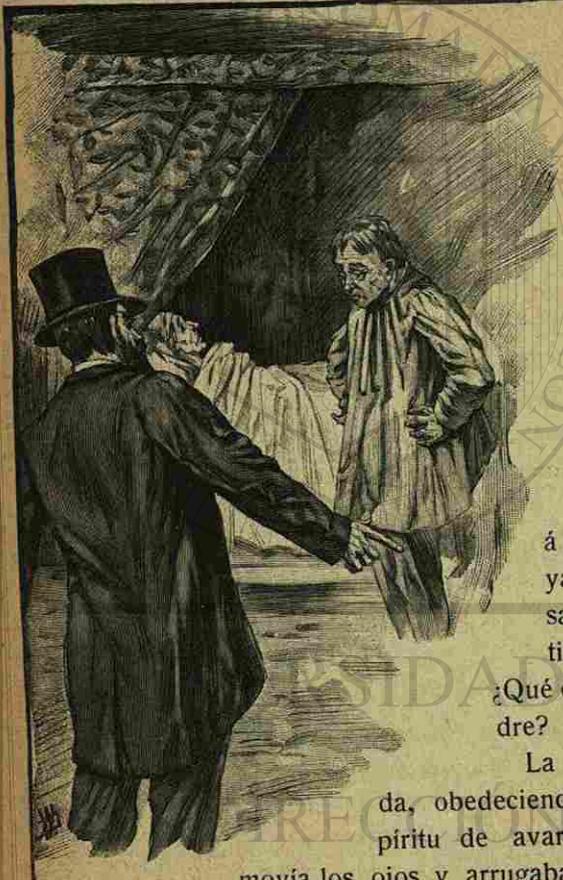
EL DIABLO

EL campesino estaba de pie frente al médico, á los pies de la cama de la moribunda. La vieja, tranquila, resignada, despierta, los miraba, oyéndolos hablar. Se moría; no se rebelaba; su misión había concluído: tenía noventa y dos años.

Por la ventana y por la puerta entraba el sol de Julio á oleadas, inundando con sus cálidos resplandores aquel suelo de tierra negruzca, ondulado y apisonado por los zuecos de cuatro generaciones de labriegos. Los perfumes de los campos entraban también, impelidos por la brisa; perfumes de hierbas, de trigos, de hojas abrasadas por el calor del Mediodía. Las cigarras, desgañitándose, aturdían con sus cantos monótonos, chirriantes, parecidos al golpeteo de las carracas de madera que hacen sonar los niños en Semana Santa.

El médico decía, levantando la voz:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1525 MONTERREY, MEXICO



—Honora-
to: no debes
dejar á tu ma-
dre sola en
el estado en
que se halla.
Esto puede
concluir de
un momento
á otro.

Y el cam-
pesino, an-
gustiado, re-
petía:

—He de ir
á recoger el trigo,
ya segado. Preci-
samente ahora el
tiempo favorece.
¿Qué opina usted, ma-
dre?

La vieja moribun-
da, obedeciendo aún á su es-
píritu de avaricia normanda
movía los ojos y arrugaba la frente para
indicar su asentimiento, animando al hombre para

que saliese á recoger el trigo, aun cuando la dejara
morir sola.

El médico, incomodándose, dió una patada en el
suelo:

—Eres un bruto, ¿entiendes? No estoy dispuesto
á consentir que hagas lo que proyectas: ya lo sabes.
Y si temes que se te pierda el trigo en el campo,
vete primero á buscar á la Rapet para que se quede
cuidando á tu madre mientras tú estés fuera. Ya sa-
bes lo que has de hacer, ¿entiendes? Y si no lo ha-
ces como te lo mando, ten por seguro que te dejaré
morir como un perro en tu primera enfermedad,
¿entiendes?

El campesino, un hombre larguirucho y de tor-
pes movimientos, abrumado por la indecisión, te-
meroso del médico, y con el ansia de ahorrarse un
gasto inútil, titubeando, calculando, balbuceó:

—¿Cuánto cobra la Rapet por cuidar á un en-
fermo?

El médico dijo, exaltándose:

—¿Lo sé yo, por ventura? ¡Ya os arreglaréis vos-
otros! ¡Voto á bríos! ¡Y que no dejes de hacerla ve-
nir antes de una hora. ¿Entiendes?

El campesino se decidió:

—Voy en seguida, voy en seguida; no hay que
disgustarse por eso, doctor.

Y el médico se fué, advirtiendo:

—Ya lo sabes, ya lo sabes. ¡Ojo! que no es cosa de juego; ya sabes que nadie juega conmigo.

Solo ya con la enferma, el campesino, acercándose á la cama, dijo resignado:

—Voy á buscar á la Rapet; ese hombre lo exige. No te muevas en tanto que yo vuelvo.

Y salió á su vez.

La Rapet, una costurera bantante anciana, dedicábase á velar los muertos y los agonizantes del concejo y de los contornos. Cuando había metido á uno de sus clientes en la mortaja, ocupábase de nuevo en planchar y remendar las ropas de los otros. Rugosa como una manzana seca, envidiosa, maldiciente, avara con avaricia inverosímil; plegando por mitad su cuerpo, como si su labor constante la hubiera roto en dos pedazos por los riñones, diríase que las agonías la regalaban con una especie de goce monstruoso y cínico.

Toda su conversación reduciase á recordar historias de agonizantes y casos de muerte, la variedad múltiple de síntomas que observó; y los refería con minuciosos detalles mil veces repetidos, como refiere un cazador sus aventuras de caza.

Honorato la encontró en su casa disponiéndose á planchar unas camisas, y le dijo:

—¡Buenas tardes! ¿Trabaja usted mucho, tía Rapet?

Volviéndose á mirarle, respondió la vieja:

—No falta, no falta; gracias á Dios, tengo salud.

¿Y vosotros?

—Yo bueno, como siempre; pero mi madre no marcha bien.

—¿Tu madre?

—Sí, mi madre.

—¿Y qué tiene tu madre?

—Que ha llegado á las últimas.

La vieja sacó las manos del agua de añil, donde azulaba las camisas, preguntando con repentino interés:

—¿Tan grave se ha puesto?

—El médico dice que acaso no llegue á la madrugada.

—¡Vaya si está grave!

Honorato dudó un momento. El asunto requería ciertos preámbulos, cierta preparación; pero, como el hombre no era muy ocurrente, decidióse á decir de pronto:

—¿Cuánto me llevará usted por cuidarla? Ya sabe usted que no somos ricos; ya sabe que ni podemos tener una criada. Eso ha precipitado la muerte de mi madre; se cansa mucho; trabaja como diez, á pe-

sar de sus noventa y dos años. Hay pocas, muy pocas así.

La Rapet replicó gravemente:

—Hay dos precios: dos francos de día y tres de noche, para los ricos; un franco de día y dos de noche, para los demás. Vosotros me pagaréis uno y dos.

El campesino reflexionaba conociendo bien á su madre, seguro de que su naturaleza tenaz, vigorosa resistente, lucharía una semana tal vez, á pesar de la opinión del médico.

Y dijo resueltamente:

—No. Prefiero que ajustemos, dure lo que dure hasta que acabe, una cantidad fija; que yo sepa lo que me puede costar. El médico dice que se muere á la madrugada. Si así fuera, tanto mejor para usted y tanto peor para mí. Pero si pasa el día de mañana y se sostiene otros días, tanto mejor para mí; usted será quien se perjudique.

La costurera, sorprendida, miró fijamente al campesino. No tenía costumbre de ajustar así las asistencias; no lo hizo nunca. Dudaba, pensando en aquel negocio; era tentadora la idea de arriesgarse. Luego, temerosa de que la engañaran, dijo:

—Antes de ajustar el precio, he de ver á la moribunda.

—Vámonos allá.

Secóse las manos, de cuyos dedos aún se desprendían gotas azuladas y transparentes, y siguió al hombre.

No hablaron por el camino. Ella, menudeando su corto andar, apresurábase, mientras él daba lentas zancadas, como si á cada paso tuviese que salvar un arroyo.

Las vacas tumbadas en los prados, abrumadas por el calor, alzaban pesadamente la cabeza, lanzando un débil mugido, como si pidieran á los dos caminantes un poco de hierba fresca.

Ya próximo á su vivienda, Honorato murmuró:

—¿Y si hubiese fallecido cuando lleguemos?

En la entonación de sus palabras pudo adivinarse que no era otro su deseo.

La vieja no había fallecido. Echada boca arriba, seguía inmóvil, en silencio, con las manos puestas sobre la colcha de percal morado; unas manos flacas, ganchudas, negras, como animaluchos raros, como cangrejos de mar, endurecidas por el reuma, por el trabajo, por el esfuerzo continuo de sus labores incesantes.

Acercándose á la cama, la Rapet contempló atentamente á la moribunda. La tomó el pulso, la palpó el pecho, aplicando la oreja para sentirla res-

pirar; hizola preguntas para oír su voz y comprender si la quedaban fuerzas aún. Estuvo luego contemplándola nuevamente, y al fin salió con Honorato. Había formado ya opinión: la vieja no pasaba de la noche.

Honorato la preguntó:

—¿Qué hay?

Y respondióle solapadamente la enfermera:

—Durará dos días aún; es posible que dure tres.

Dame seis francos y en paz.

El campesino exclamó:

—¡Seis francos! ¿Pierde usted el juicio? ¡Seis francos! El médico lo sabe, y dice que no pasa de la noche.

Discutieron larga y terriblemente los dos. Como la mujer no cedía, como pasaba el tiempo, como el trigo no se iría por sí solo á la era, consintió al fin:

—Sea como usted exige: seis francos por todo, hasta que se la lleven.

—Conformes; entra en el precio amortajar al cadáver.

El campesino fué á su campo á recoger las gavillas de trigo, bajo el ardiente sol que maduraba las mieses.

La enfermera entró en la casa.

Llevaba una labor. Asistiendo á los agonizantes

y velando á los muertos, aprovechaba todas las horas para trabajar sin descanso, ya para sí, ya para las familias de los enfermos, que á veces la empleaban en ese doble oficio, mediante un aumento de salario.

De pronto, se la ocurrió preguntar á la vieja:

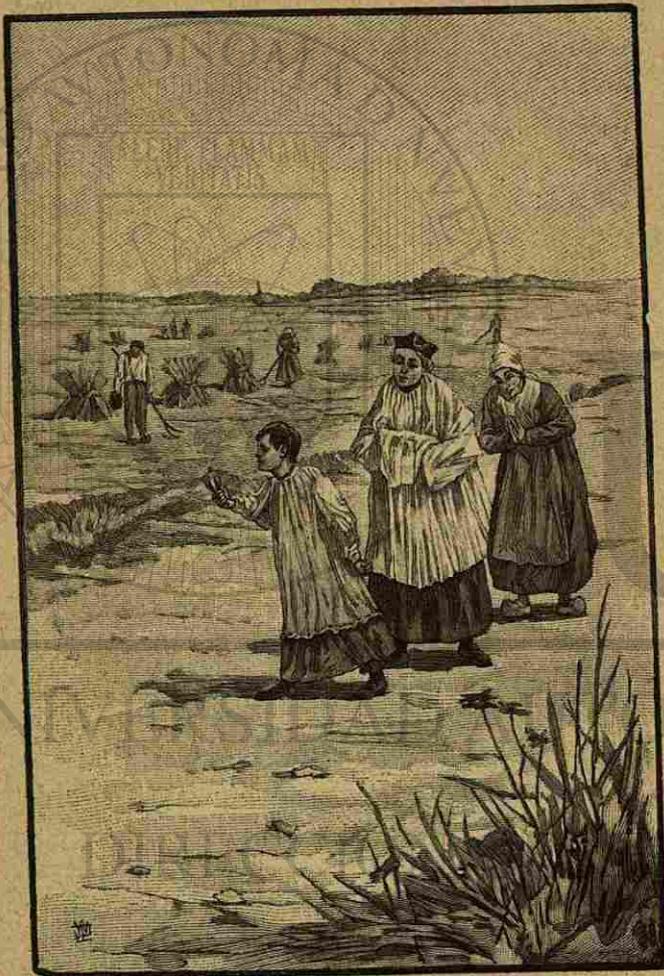
—¿Ha recibido ya los Sacramentos?

La moribunda hizo una señal que significaba «no», y la Rapet, beata en grado sumo, levantóse con celeridad:

—¡Dios bendito! ¿Es posible? Ahora mismo voy á buscar al cura.

Y corrió hacia la rectoral tan de prisa, que los muchachuelos, viéndola trotar de aquel modo, creyeron que había ocurrido alguna desgracia.

El cura echóse la sobrepelliz acudiendo inmediatamente; precedíale un monaguillo tocando la campanilla, que anunciaba el paso de Dios á través de los campos ardientes y silenciosos. Los hombres que trabajaban en las eras y en las mieses, á lo lejos, descubriáanse, interrumpiendo su labor, inmóviles mientras el cura se alejaba, esperando á que desapareciera la blanca sobrepelliz detrás de alguna masía; las mujeres que ataban las gavillas, poníanse de pie, santiguándose; las gallinas, que picoteaban en los pajares, huían á lo largo de las zanjas, me-



tiéndose temerosas en el corral por el agujero acostumbrado y bien conocido. Un burro atado á una estaca de un prado, asustóse y se puso á correr, describiendo círculos, retenido por la cuerda, y lanzando sonoros rebuznos. El monaguillo, cubierto con su vestidura talar de paño rojo, apresuraba el paso, y el sacerdote, con la cabeza inclinada sobre un hombro, de la parte del sol, murmuraba sus oraciones á la exigua sombra de su bonete. La Rapet hacía el acompañamiento, siempre doblada, como para prosternarse al andar, con las manos juntas, como en la iglesia.

Viéndolos desde lejos, Honorato preguntó á otro campesino:

—¿A dónde irá el cura?

Y el otro, más avisado, respondióle:

—De fijo lleva los Sacramentos á tu madre.

Honorato no lo extrañó, limitándose á decir:

—Es posible.

Y continuó trabajando.

La vieja se confesó y comulgó. El cura volvióse á la iglesia, dejando solas á las dos mujeres en aquella casa, en aquel rincón asfixiante.

Y entonces la Rapet contempló á la moribunda, reflexionando lo que podía durar.

Iba cayendo la tarde. Un soplo de aire frío y vi-

vificador hacía oscilar una estampa sujeta en la pared con dos alfileres; las cortinas de la ventana, que fueron blancas y eran amarillentas ya, con salpicaduras de moscas, parecían querer volar, desprenderse, huir, como el alma de la vieja moribunda.

La cual, inmóvil, con los ojos abiertos, al parecer aguardaba con indiferencia la muerte, que, debiendo llegar pronto, se retrasaba en el camino. Su angustiada respiración producía una especie de silbido en su garganta oprimida; pronto cesaría también el fatigoso aliento, y habría en la tierra una mujer menos que á nadie interesaba.

Honorato volvió en cuanto hubo anochecido. Acercándose á la cama y viendo que su madre aún vivía, preguntó lo que preguntaba siempre al volver del trabajo cuando su madre se hallaba indispueta:

—¿Cómo va eso?

Luego despidió á la Rapet, repitiéndole que no dejara de presentarse otra vez á las cinco:

—A las cinco en punto, sin falta.

La enfermera respondió:

- A las cinco en punto. No faltaré.

Y, en efecto, allí estuvo al salir el sol.

Honorato, antes de irse á las mieses, tomó un

plato de sopas, guisadas por él mismo. La enfermera preguntó al entrar:

—¿Se ha muerto?

El campesino respondió con cierta malicia:

—Está un poco mejor.

Y se fué.

La enfermera, llena de inquietud, acercóse á la moribunda, que seguía en la misma postura, con el mismo ahogo, impasible como siempre, con los ojos abiertos y las manos crispadas sobre la colcha de percal morado.

Entonces comprendió que aquello podría durar dos días, cuatro días, ocho días tal vez; y una congoja estremeció su espíritu codicioso, mientras un rencor de furia la precipitaba contra el astuto labriego y contra la vieja que no se moría.

Se puso á trabajar en su labor de aguja, esperando, fijándose mucho en el arrugado rostro de la enferma.

Honorato volvió á la hora de almorzar; mostróse muy satisfecho, casi guasón. Decididamente, recogía su cosecha en excelentes condiciones.

Sola de nuevo con la moribunda por la tarde, la enfermera se desesperaba. Cada minuto que transcurría la parecía tiempo robado y dinero robado. Dábanle tentaciones de agarrar por el cuello á la

vieja y
contener,
apretan-
do un po-
co, aque-
lla respi-
ración fatigo-
sa, inútil, obs-
tinada, ladro-
na de su tiem-
po y de su di-
nero.

No lo hizo, te-
merosa de que pu-
diera descubrirse.
Otras ideas cruza-
ron su pensamien-
to. Acercóse á la
cama y preguntó á la
moribunda:

—¿Vió usted al Diablo alguna vez?

La vieja dijo que no.

Y la enfermera, charlando, refería historias capa-
ces de producir un estremecimiento irresistible que
precipitara el fin de aquella interminable agonía.

—Pocos minutos antes de morir, el Diablo se



aparece á todo agonizante—insinuaba la enferme-
ra—. Se aparece con un puchero en la cabeza y una
escoba en la mano, dando alaridos feroces.

Verlo y acabarse la vida era todo uno. Corro-
boraba su opinión con ejemplos, de que fué testigo.
El Diablo se les apareció—en su presencia, mien-
tras ella los asistía—se les apareció en aquel año á
José Loisel, á Eulalia Ratier, á Sofía Padagnau, á
Serafin Gros pied.

La moribunda, impresionada y aturdida, removía
los dedos, y quería volver la cabeza para mirar en
torno de su alcoba.

De pronto, la Rapet desapareció. Cogiendo una
sábana del armario, envolvióse, cubrió su cabeza
con una sartén honda, cuyas tres patas alzábanse
como tres cuernos, empuñó en su diestra una esco-
ba y en la mano izquierda un cubo de hoja de lata,
que tiró al alto para producir estrépito.

Entonces, encaramada sobre una silla, la enfer-
mera recorrió la cortina de la puerta, mostrándose
de pronto en aquella figura, gesticulando y chillan-
do bajo la honda sartén que la cubría la cara, ame-
nazando con la escoba, como un diablo de poli-
chinela.

Estremecida y aterrada, la moribunda hizo un
esfuerzo sobrehumano para incorporarse y huir;

consiguió alzar el busto, y al instante desplomóse lanzando un suspiro angustioso. Había muerto.

Y la Rapet, despojándose tranquilamente de su disfraz, colocó la sartén y le escoba en la cocina, la sábana en el armario, el cubo en el fregadero, la silla junto á la pared.

Luego, cerró los ojos de la muerta—que habían quedado muy abiertos, aterrados—, roció la colcha con agua bendita, y arrodillada, recitó fervorosamente la recomendación del alma, que sabía de memoria, cumpliendo así con todas las ceremonias profesionales.

Al volver Honorato por la noche, la encontró rezando; hizo al punto la cuenta, de memoria, convenciéndose de que la Rapet aún salía con un franco de ventaja, porque pasó allí tres días y una sola noche; que el precio acostumbrado eran cinco francos, y no seis,



LOS REYES

Ah!—dijo el capitán, conde de Garens—. ¡Vaya si recuerdo aquella cena del día de Reyes durante la campaña!

Era yo entonces oficial aposentador de húsares, y llevaba medio mes rondando en descubierta frente á la vanguardia alemana. La víspera habíamos acuchillado á unos hulanos, perdiendo tres hombres; uno de los cuales era el pobrecito Raudeville. Sin duda recuerdan ustedes aún á José de Raudeville.

Aquel día mi capitán me ordenó que ocupara y conservara toda la noche, con diez jinetes, el caserío de Porterín, donde nos habíamos batido cinco veces en tres semanas. No quedaban en pie veinte casas ni doce vecinos en aquel avispero.

Salí al frente de mis diez jinetes á eso de las cuatro. A las cinco llegamos á las primeras tapias de Porterín, en completa obscuridad. Hice alto y ordené

consiguió alzar el busto, y al instante desplomóse lanzando un suspiro angustioso. Había muerto.

Y la Rapet, despojándose tranquilamente de su disfraz, colocó la sartén y le escoba en la cocina, la sábana en el armario, el cubo en el fregadero, la silla junto á la pared.

Luego, cerró los ojos de la muerta—que habían quedado muy abiertos, aterrados—, roció la colcha con agua bendita, y arrodillada, recitó fervorosamente la recomendación del alma, que sabía de memoria, cumpliendo así con todas las ceremonias profesionales.

Al volver Honorato por la noche, la encontró rezando; hizo al punto la cuenta, de memoria, convenciéndose de que la Rapet aún salía con un franco de ventaja, porque pasó allí tres días y una sola noche; que el precio acostumbrado eran cinco francos, y no seis,



LOS REYES

Ah!—dijo el capitán, conde de Garens—. ¡Vaya si recuerdo aquella cena del día de Reyes durante la campaña!

Era yo entonces oficial aposentador de húsares, y llevaba medio mes rondando en descubierta frente á la vanguardia alemana. La víspera habíamos acuchillado á unos hulanos, perdiendo tres hombres; uno de los cuales era el pobrecito Raudeville. Sin duda recuerdan ustedes aún á José de Raudeville.

Aquel día mi capitán me ordenó que ocupara y conservara toda la noche, con diez jinetes, el caserío de Porterín, donde nos habíamos batido cinco veces en tres semanas. No quedaban en pie veinte casas ni doce vecinos en aquel avispero.

Salí al frente de mis diez jinetes á eso de las cuatro. A las cinco llegamos á las primeras tapias de Porterín, en completa obscuridad. Hice alto y ordené

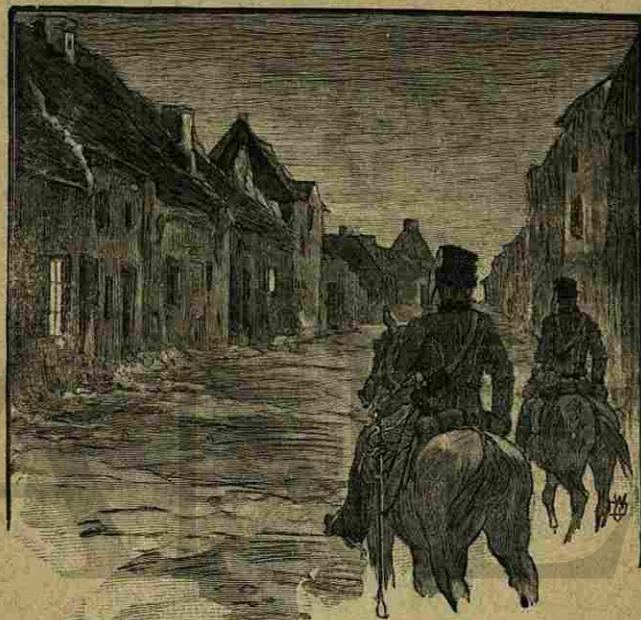
á Marchas—ya le conocen ustedes, Pedro Marchas, el que se casó más tarde con la hija del marqués de Martel-Auvelin—que reconociera solo el caserío para volver á llevarme noticias.

Yo había escogido, entre los que voluntariamente se ofrecieron á seguirme, diez jóvenes de familias distinguidas. Agrada en la milicia poder prescindir, en semejantes ocasiones, del trato de ciertas gentes. Marchas era decidido como nadie, astuto como un zorro y flexible como una culebra. Olisqueaba desde lejos á los prusianos como un sabueso á una liebre; descubría víveres donde sin él nos muriéramos de hambre, y se procuraba noticias de buen origen—siempre ciertas—con habilidad incomprendible.

A los diez minutos volvió, diciendo:

—Perfectamente; no ha pasado por aquí ni un prusiano desde hace tres días. Este caserío es una ruina. He hablado con una Hermana de la Caridad que cuida á cuatro ó cinco enfermos en un convento abandonado.

Avanzamos todos, metiéndonos por la calle principal. Distinguiáanse vagamente á derecha é izquierda las casas destruídas, apenas visibles en la obscuridad profunda. De trecho en trecho brillaba una luz á través de los cristales; alguna familia se había



quedado para guardar su vivienda, casi derruída: una familia heroica ó miserable.

Comenzó á caer una lluvia menuda, fría, que nos helaba ya, sin haber empapado aún los capotes. Nuestros caballos tropezaban á cada paso en pedruscos, en maderos, en muebles. Marchas nos

guiaba, yendo á pie delante de nosotros con el caballo cogido por la brida.

—¿A dónde nos llevas? —le pregunté.

Y me respondió:

—A un buen alojamiento.

Pronto se detuvo delante de una casita que no había sufrido ningún desperfecto, bien cerrada, con verja por delante y jardín por detrás. Valiéndose de una piedra, Marchas hizo saltar la cerradura, subió la escalinata, forzó la puerta del piso bajo á patadas y empujones, encendió un cabo de vela que llevaba siempre en el bolsillo, y entró, seguido por los demás, en un aposento bien amueblado, guiándonos con una seguridad admirable, como si hubiera vivido algún tiempo en aquella casa que veía, como nosotros, por primera vez. Dos de mis diez hombres quedaron fuera, guardando los caballos.

Marchas dijo al famoso Ponderel, que le seguía:

—Las cuadras deben estar á la izquierda; lleva los caballos á los pesebres para que descansen y tomen un pienso.

Luego, volviéndose á mí, exclamó:

—Da órdenes, ¡recristo!

Me aturdía siempre aquel bravo mozo. Entonces respondí riendo:

—Voy á dejar centinelas en torno del caserío. Espérame aquí; en seguida volveré.

—¿Cuántos hombres te llevas? —me preguntó.

—Cinco. Los otros cinco los relevaréis á las diez de la noche.

—Perfectamente. Mientras, mis cuatro compañeros me servirán para reunir víveres, guisar y poner la mesa. Yo buscaré vino; aquí debe haber algunas botellas bien guardadas.

Me alejé, recorriendo con mis cinco jinetes las calles desiertas, hasta salir á los prados para colocar mis centinelas.

Volví á la media hora, y encontré á Marchas recostado en una poltrona, calentándose los pies, junto á la lumbre, y fumando un cigarro excelente, que perfumaba el aposento. Estaba solo, con los brazos apoyados en los de la poltrona, la cabeza hundida entre los hombros, los carrillos arrebatados, los ojos resplandecientes; muy satisfecho.

En la sala contigua oíanse chocar platos y cubiertos. Marchas me dijo, sonriente, beatífico:

—Esto se presenta bien. El Burdeos estaba escondido en el gallinero; el champagne, debajo de la escalera; el coñac (cincuenta litros de lo mejor), en la huerta, junto á un peral. Nos manducaremos dos gallinas, una oca, un pato, dos parejas de pi-

chones y un mirlo que había en una jaula. Solamente carne de pluma, como ves. Ya cuece. Me gusta mucho este caserío; hay de todo.

Me había sentado cerca del fuego, y el calor de la chimenea me abrasaba las narices y las mejillas.

—¿Y la leña?— pregunté—. ¿Dónde la encontraste?

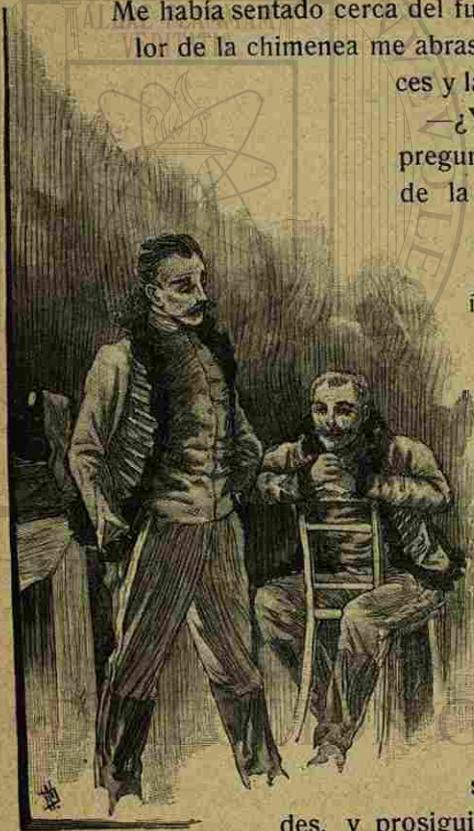
Murmuró:

—Es una leña magnífica. El coche del señor. Por eso llamea tanto; el barniz arde como la resina.

¡Buena caza!

Me hizo reír con sus brutalidades,

y prosiguió:



—Como es noche de Reyes, hice meter un haba en la oca. Pero ¡no tendremos reina! ¡Cenar sin reina! ¡Qué aburrimiento!

Inconscientemente repetí:

—¡Qué aburrimiento! Pero, ¿qué hacer?

—¿Qué hacer? ¡Buscarlas!

—¿Qué?

—Mujeres, ¡recristo!

—¿Mujeres ahora? ¡Estás loco!

—Yo encontré coñac junto á un peral y champagne bajo la escalera, sin el menor indicio. Más fácil es descubrir mujeres. Donde veas faldas, las hay de seguro. Tienes por qué guiarte. ¡A indagar, compañero!

Lo decía con tanta seriedad, con tan arraigado convencimiento, que me sorprendió.

Y le dije:

—Pero Marchas, ¿qué broma es esa?

—Ya sabes que no uso bromas nunca, estando, como estoy esta noche, de servicio.

—Pero ¿dónde diablos puedo encontrar mujeres? Di.

—Eso corre de tu cuenta. Deben quedar aún dos ó tres en el caserío; descúbrelas y tráetelas.

Me levanté. Hacía mucho calor junto al fuego. Marchas insistió:

—¿Te indico una idea feliz?

—Sí. ¡Venga!

—Vete á casa del cura.

—¿De qué puede servirnos el cura?

—Invítale á cenar y ruégale que se traiga una mujer.

—¡El cura! ¡Una mujer! ¡Ja, ja, ja!...

—No hay motivo de risa. Vete á buscar al cura y explícale nuestra situación, invitándole á cenar; debe hallarse muy aburrido y aceptará el convite. Luego, le insinúas que necesitamos una mujer, por lo menos una, que sea educada, naturalmente, pues á ninguno de nosotros agradaría sentar á la mesa una zafia. El cura conoce bien á sus feligresas. Y estoy seguro de que, si te das buena maña, hemos de conseguir lo que me propongo.

—Pero, ¡Marchas! ¿Tú sabes lo que dices?

—Querido Garens: nada te cuesta probarlo. ¡Sería un lance gracioso! Nos portaremos como nos corresponde, con toda la delicadeza imaginable. Dile al cura qué clase de personas le aguardan aquí; háblale, si es preciso, de nuestras familias; interésale. ¡Catequizalo!

—No será posible.

Se acercó más, y como ya sabe de qué pie cojea, el muy tuno, insistió:

—Reflexiona la gracia que tiene hacer eso, y lo divertido que fuera después contarlo. Daría qué hablar en todo el ejército, proporcionándote una fama envidiable.

Yo dudaba ya, tentado por la original aventura. Él insistió:

—Vaya, compañerito: como jefe del destacamento, sólo tú puedes encararte con el jefe de la Iglesia en este país. Te lo suplico; anda, vete, y te prometo referir ese lance singular, en un poema que publicará la *Revista de Ambos Mundos* cuando termine la campaña. ¿Qué menos podías hacer por tu gente, después de los trotes que llevamos en todo el mes?

—¿Hacia dónde cae la rectoral?—pregunté, decidiéndome á ir.

—Toma la segunda calle á mano izquierda; encontrarás un paseo, y al fin del paseo, la iglesia; junto á la iglesia, está la rectoral.

Y al verme salir, me gritó alegremente:

—¡Dile cuánto vamos á comer y á beber, para provocar su apetito!

Sin trabajo encontré la casa del cura, junto á la pobrísima iglesia de ladrillos. Llamé con el puño en la puerta, donde no había campanilla ni alda-ba, y una voz recia preguntó desde dentro:

—¿Quién va?

—Un oficial de húsares—contesté.

Oí ruido de cerrojos y de la llave que giraba en la cerradura; se abrió la puerta, y me hallé frente á un sacerdote barrigudo y alto, de pecho atlético, de formidables manos, de color encendido y de aspecto muy campechano.

—¡Buenas noches, señor cura!—le dije haciendo un saludo militar.

Sin duda se temía una desagradable sorpresa ó un asalto de ladrones, porque se alegró mucho al verme y me respondió sonriendo:

—¡Buenas noches, amigo; pase usted!

Le seguí hasta una salita enladrillada, donde había una lumbre pobre, bien diferente de la chimenea de Marchas.

Ofrecióme una silla, y luego me preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

—Señor cura, permítame que yo mismo haga mi presentación.

Y puse una tarjeta mía en su mano.

Leyó entre dientes:

«El Conde de Garens.»

Yo proseguí:

—Señor cura: He venido con diez húsares. Cinco están de guardia en las afueras, y los otros cinco,

alojados conmigo en la casa de un caballero que no dejó rastro de su nombre, y al cual no es posible, por consiguiente, agradecer el hospedaje. Me acompañan, y se ponen, como yo, al servicio de usted: Pedro de Marchas, Ludovico de Ponderel, el barón d'Etreillis, Karl Massouligny, José Herbón, joven músico. Vengo en su nombre y en el mío á rogarle que nos honre sentándose á nuestra mesa. Es noche de Reyes, y deseamos cenar lo más alegremente que se pueda.

El cura, sonriendo, murmuró:

—No me parece ocasión muy oportuna para divertirse.

Yo respondí:

—Nos batimos diariamente. Catorce de mis camaradas han muerto este mes, y ayer mismo cayeron otros dos, heridos mortalmente. Así es la guerra. Nos jugamos á cada instante la vida. ¿Por qué no jugarla bromeando, alegremente? Somos franceses: la risa nos retoza en los labios, y todo nos hace reír. ¡Nuestros padres iban al patíbulo riendo!... Esta noche deseamos divertirnos como personas bien educadas, no como soldados groseros: ya lo comprende usted. ¿Es un desatino?

—De ningún modo—me contestó con presteza el cura—y acepto con mucho gusto su obsequio.

Entonces llamó:

—¡Hermencia!

Una lugareña horrible y anciana, rugosa y encogida, presentóse diciendo:

—¿Qué ocurre?

—Que no ceno en casa esta noche.

—Y ¿dónde cena usted?

—Con los caballeros militares.

Tuve tentaciones de pedirle que llevase á la sirvienta, para ver el gesto de Marchas ante aquel esperpento, y no me atreví, preguntándole:

—¿No habrá quedado en el pueblo alguna señora que pudiese también acompañarnos? Me complacería invitarla.

Reflexionó, recordando, buscando, y dijo:

—No queda ninguna.

Insistí:

—¿Ninguna? Señor párroco, piénselo bien, haga memoria. ¡Sería tan agradable cenar esta noche con señoras! ¡Aunque las acompañen sus maridos!... El panadero y su mujer, el abacero, el... el relojero..., el zapatero..., el boticario y la boticaria... Tenemos buena cena, buen vino, y nos complacería mucho dejar un agradable recuerdo entre las familias del caserío.

El cura volvió á meditar un buen rato, y de pronto dijo resueltamente:

—No; no sé de nadie que pudiera servirles.

Riendo, le dije:

—¡Caramba, señor cura: es aburrido eso de no encontrar una reina, después de prepararlo todo, escondiendo un haba en el asado! Reflexione usted. ¿No está casado el señor alcalde? ¿No habrá un concejal casado? ¿No tiene mujer el secretario? Y ¿tampoco el maestro?

—Las tienen; pero se han ido todas.

—Y ¿es posible que no haya en el pueblo una heroica burguesa, con su correspondiente burgués á quienes podamos ofrecer un rato agradable; por



que lo sería para ellos, ¡y mucho!, en estas circunstancias?

De pronto el cura comenzó á reir estrepitosamente; retemblaba todo su corpachón, estremecido por la risa, y exclamó:

—¡Ja, ja, ja! ¡Ya dí con lo que ustedes necesitan! ¡Jesús, María y José! ¡ya dí con ello! ¡Ja, ja, ja! Nos divertiremos lo indecible... Y ellas lo agradecerán..., lo agradecerán mucho. ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Dónde se alojan ustedes?

Le describí la casa, no sabiendo cómo explicárselo, y me comprendió.

—¡Muy bien!—dijo—. Es la casa del señor Bertin Lavaille. ¡¡Dentro de veinte minutos me presentaré con cuatro señoras!! ¡Ja, ja, ja! ¡Cuatro señoras!... ¡¡Cuatro!!

Salió conmigo riendo sin cesar, y al separarse de mí, repitióme:

—Perfectamente. Dentro de veinte minutos, ¡allí estamos!

Volví á mi alojamiento, de prisa, intrigado, sorprendido.

—¿Cuántos cubiertos?—me preguntó Marchas al verme.

—Once. Seis húsares, el cura y cuatro señoras. Se quedó estupefacto. Yo saboreaba mi triunfo.

—¡Cuatro señoras! ¿Dijiste cuatro señoras?

—He dicho cuatro señoras.

—¿Mujeres... de verdad?

—¡Mujeres de verdad!

—¡Diablo! Mi enhorabuena.

—La merezco.

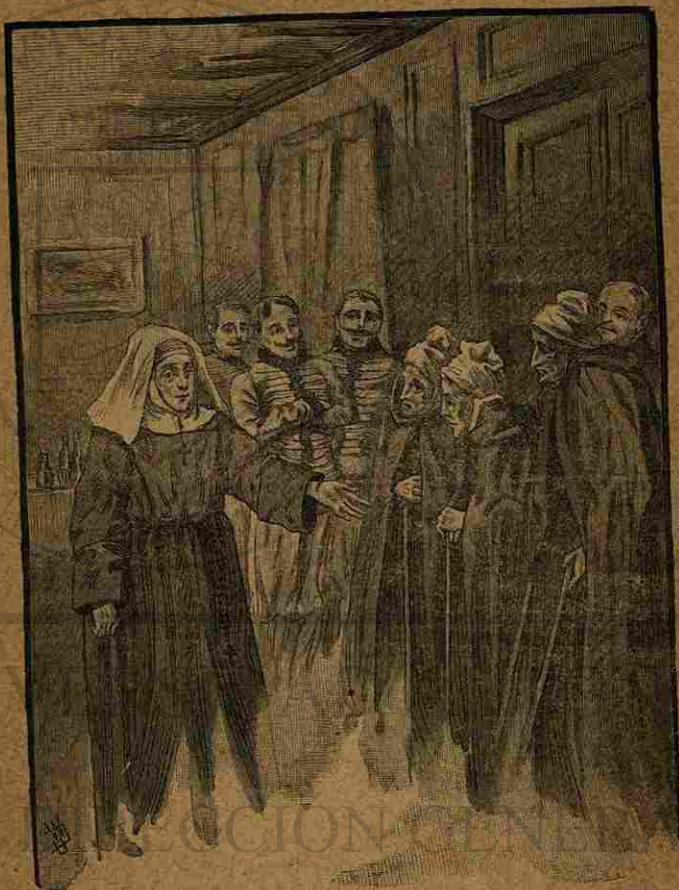
Levantóse de la poltrona y abrió la puerta. Entonces pude contemplar, cubierta con un blanco mantel, una larga mesa, en torno de la cual tres húsares con delantales azules distribuían los cubiertos, los platos y la cristalería.

—¡Vienen señoras!—gritó Marchas.

Y los tres se pusieron á bailar, aplaudiendo con entusiasmo.

Todo estaba dispuesto. Aguardamos casi una hora. Un olor delicioso de aves asadas esparcíase por todas las habitaciones.

Un golpe dado en el postigo nos hizo levantar á todos; el gallardo Ponderel corrió hacia la puerta de la calle, y á los pocos momentos presentóse una hermana de la Caridad, rugosa, flacucha, tímida, saludando uno por uno á los cuatro húsares, que la miraban asombrados. Tras ella, oyóse una especie de martilleo en el vestíbulo, y cuando la hermana entró en el aposento, vi que la seguían tres ancianitas con sus cofias blancas, balanceándose al an-



dar, con distintos movimientos; una inclinábase á la derecha cuando la otra perdía el equilibrio hacia la

izquierda, y todas buscaban apoyo en sus bastones. Las tres iban cojeando, arrastrando las piernas, lisiadas por las enfermedades y desfiguradas por la vejez; eran tres inválidas, las únicas recogidas capaces de andar, entre todas las que tenía la hermana San Benito á su cuidado en el piadoso Refugio.

La hermana de la Caridad aguardó—cuidadosa y solícita siempre—á que hubieran entrado sus tres asiladas, y luego, dirigiéndose á mí, dijo:

—Le agradezco mucho, señor oficial, un obsequio tan inesperado por mis pobres ancianas. ¡La vida no tiene ya goces para ellas! Usted quiso agasajar esta noche su vejez y su miseria. Es una dicha muy grande y un honor inmenso que las infelices nunca olvidarán.

Vi al cura, que se había quedado en el pasillo riendo á más no poder. Tampoco yo pude refrenar la risa, contemplando la geta de Marchas.

Luego, dije á la hermana de la Caridad:

—Nos ha honrado usted mucho, al aceptar nuestra invitación. Siéntense.

Acercó á la chimenea tres sillas, ayudando á las inválidas, que se fueron sentando una tras otra. Las despojó de los abrigos y de los bastones, para que se quedasen más libres y más cómodas, y refirién-

dose á la primera, descarnada y ventruda, hidrópica seguramente, dijo:

—Presento á ustedes la señora Paumelle, cuyo marido se mató cayéndose de un tejado, y cuyo hijo fué muerto en Africa. Tiene setenta y dos años.

Refiriéndose á la segunda, muy alta, con la cabeza temblona, prosiguió:

—La señora Juan-Juan; tiene sesenta y ocho años y está casi ciega y muy coja, de resultas de un incendio habido en su casa, donde se abrasó.

Refiriéndose á la última, una enana con los ojos como huevos duros, imbéciles y saltones, dijo:

—Es la Potais: una simple. Tiene cuarenta y ocho años, y representa más que las otras.

Después de saludar á las tres mujeres, con tanta ceremonia como si se tratase de Altezas Reales, dije, dirigiéndome al cura:

—Es usted un hombre admirable á quien debemos todos eterna gratitud.

Los húsares rieron, exceptuando Marchas, que se puso furioso.

—¡La señora está servida!—gritó en esto Karl Massouligny.

Rogué al sacerdote que pasara delante y ofreci ayuda, galantemente, á la señora Paumelle, á la cual arrastré hasta el comedor, con mucho trabajo; su

vientre inflado parecía pesar á la infeliz, como si fuera de hierro.

El gallardo Ponderel cargó con la señora Juan-Juan, que lamentaba no servirse de su muleta; y el joven Herbón condujo á la idiota, entrando con ella en el comedor perfumado por los manjares.

Cuando estuvo cada cual junto á su silla, la hermana de la Caridad dió tres palmadas, y las tres mujeres, con la precisión de soldados que presentan las armas, hicieron la señal de la cruz, rápidamente. Luego el sacerdote pronunció con lentitud las palabras latinas del *Benedicite*.

Ya sentados, vimos llegar las dos gallinas, en manos de Marchas, que se decidió á servir para excusarse de ocupar un puesto en aquel banquete ridículo.

Pero, yo grité: «¡Pronto; el champagne!» Saltaron los tapones ruidosamente, como pistoletazos, y—á pesar de la oposición del cura y de la hermana San Benito—los tres húsares hicieron tragar á las tres inválidas, aplicándoselas á los labios finamente, sus copas llenas.

Massouligny, para cuyo carácter expansivo no había obstáculos en el mundo, amoldándose de continuo á las circunstancias, galantó á la señora Paumelle, de muy graciosa manera. La hidrópica, siem-

pre campechana, como si no sintiera sus desdichas, contestábale oportunamente, con voz atiplada que parecía fingida, riendo las bromas de su galanteador tan estrepitosamente, que su redonda y fenomenal barriga, retumbando, parecía disponerse á saltar y correr sobre la mesa. El joven Herbón se había propuesto emborrachar á la idiota, y el barón d'Estreilles, que no tenía un ingenio muy sutil, divertíase interrogando á la señora Juan-Juan, acerca de la vida, las costumbres y el reglamento del Refugio.

La hermana de la Caridad, inquieta, dijo á Mas-souigny:

—¡Oh! Se pondrá mala riendo. Es demasiada risa; no la provoque usted más, caballero; no la provoque usted; ¡se lo suplico!

Y levantándose, acercóse á Herbón para evitar que vaciase otra copa entre los labios de la imbécil.

El cura, reventando casi de risa, exclamaba:

—¡Déjelos! Por una vez... No las hará daño... Déjelos que se diviertan.

Después de las dos gallinas habíamos comido el pato, al que acompañaban las palomas y el mirlo. Apareció la oca, humeante y dorada, esparciendo un perfume caliente de carne tostada y grasienta.

La Paumelle, animándose, batió palmas; la Juan-Juan puso fin á las referencias que la sonsacaba el

barón, y la Potais articuló gruñidos que manifestaban su alegría, suspirando y chillando ansiosamente, como lo hacen los niños pequeños cuando se les enseña una golosina.

—¿Me permiten ustedes—preguntó el cura—que trinche yo esa pieza? Es mi especialidad, y pocos me aventajan.

—Trinche usted, señor cura, trinche usted si le place.

La hermana de la Caridad, cuidadosa, insinuó:

—¿Les molestaría que abriese un poco la ventana? Las infelices ya están muy sofocadas; hace aquí mucho calor y temo que se pongan enfermas.

Dirigiéndome á Marchas, dije:

—Abre la ventana un minuto.

Abrió. Entrando el aire frío de la calle hizo parpadear las llamas de las bujías y subir más rápidos, retorciéndose, los vapores de la oca, manejada primorosamente por el cura.

Le veíamos trinchar, silenciosos, atentos á su tarea, espoleados por el apetito renaciente á la vista de la hermosa pieza dorada, cuyos miembros caían uno tras otro en la oscura grasa de la fuente.

De pronto, interrumpiendo aquella tranquilidad glotona, oyóse un tiro lejano.

Me puse de pie con tal prontitud, que mi silla rodó por el suelo, y ordené:

—¡A caballo! Marchas: con dos jinetes, ¡a escape! Supongo que volverás, trayéndome noticias, antes de cinco minutos.

Los tres húsares, á galope tendido, se perdieron en la obscuridad, mientras yo aguardaba con los otros dos, á caballo también, frente á la reja, y el cura, la hermana de la Caridad y las tres mujeres, asomaban á la ventana sus rostros despavoridos.

Sólo se oían los ladridos de un perro en el campo. Había cesado la lluvia, pero el frío era glacial. Pronto resonaron de nuevo los cascos de un caballo. Volvía sólo uno.

Reconociendo á Marchas, preguntéle:

—¿Qué ocurre?

Y me respondió:

—Nada. Francisco disparó contra un labriego que se obstinaba en desatender al «¿Quién vive?», callando y avanzando. Lo traen herido. Ya veremos ahora si la herida es de importancia.

Nos apeamos y ordené que volvieran los caballos á los pesebres. Los dos soldados que se habían quedado conmigo salieron al encuentro de los otros.

El cura, Marchas y yo, pusimos unos colchones

en el suelo de la sala, y la hermana de la Caridad, rasgando una servilleta, preparó hilas, mientras las tres inválidas, aturdidas, fueron á sentarse á un rincón.

Pronto percibí el golpeteo de los sables arrastrados; tomé una bujía para salir al encuentro de los húsares; llegaban cargados con un bulto inerte, alargado, lacio y siniestro; así queda el hombre cuando su energía vital se acaba.

Le dejaron sobre los colchones, y al pronto comprendí que la herida era de muerte.

Agonizaba con estertores angustiosos, y escupía sangre; ¡todo él estaba impregnado en sangre! Sus mejillas y su barba y sus cabellos y su frente y su pecho y sus ropas; todo ensangrentado, como si le hubieran sumergido en un baño de sangre. Y la sangre coagulada, endurecida, terrosa y sucia, ofrecía un aspecto espantoso.

Envuelto en un largo capote de pastor, entreabría de cuando en cuando los ojos taciturnos, pálidos, inexpresivos, que parecían asombrados, como los de las reses que mata el montero, y que le miran, derribadas á sus pies, moribundas, aturdidas por la sorpresa y por el espanto.

El cura, exclamó:

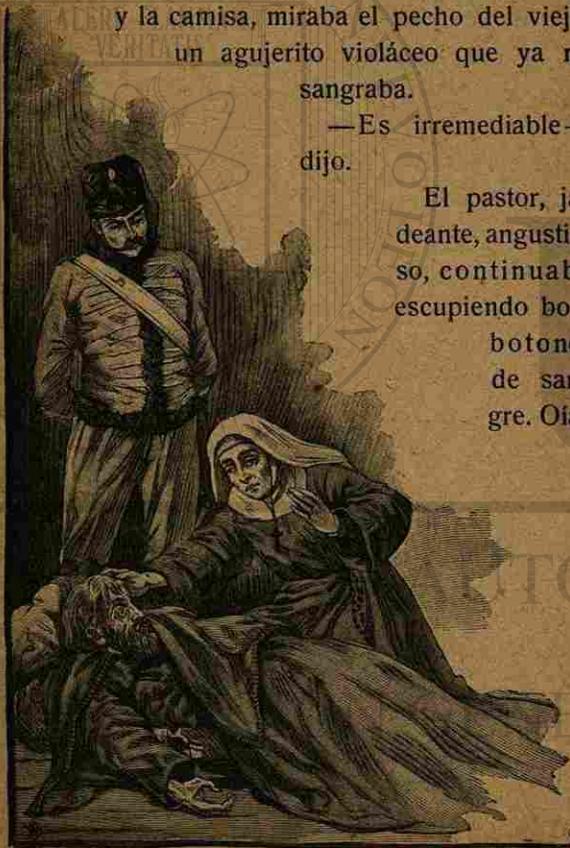
—¡Ah! Es Plácido, el viejo pastor de los Molinos.

Como es muy sordo no habrá oído nada. ¡Oh, Dios mío! ¡Han matado á un infeliz!

La hermana, que había desabrochado ya la blusa y la camisa, miraba el pecho del viejo, un agujerito violáceo que ya no sangraba.

—Es irremediable— dijo.

El pastor, jadeante, angustioso, continuaba escupiendo borbotones de sangre. Oía-



se resonar en su garganta una gargarización continua y siniestra.

El cura, de pie, á la cabecera, levantó la mano describiendo la señal de la cruz, y pronunció, con voz lenta y solemne, las palabras latinas que redimen. Antes que las hubiese terminado, agitó al infeliz un rápido estremecimiento, como si algo acabara de romperse en él. No respiró más; había muerto.

Al volver la cara vi un espectáculo más terrible que la muerte de aquel desgraciado; las tres mujeres, de pie, apretujábanse, llorando; repugnantes, gesticulando ridículamente, de angustia y de horror.

Me acerqué á ellas y comenzaron á lanzar agudos gritos, queriendo escaparse, como si fuese á matarlas; temerosas de morir como el otro. La Juan-Juan, cayó al suelo al primer paso, porque no la sostenía su pierna quemada.

La hermana San Benito, apartándose del cadáver, corrió en auxilio de sus inválidas, y sin decirme ni una palabra, sin mirarme siquiera, las puso los abrigos, las dió los bastones y las muletas, las condujo hacia la puerta, las hizo salir, y desapareció tras ellas en la obscuridad impenetrable de la noche.

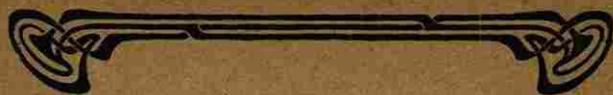
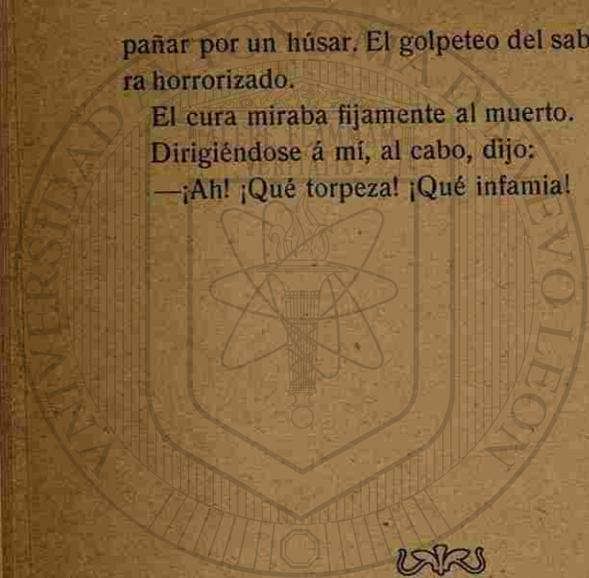
Comprendí que no sería oportuno hacerlas acom-

pañar por un húsar. El golpeteo del sable las hubiera horrorizado.

El cura miraba fijamente al muerto.

Dirigiéndose á mí, al cabo, dijo:

—¡Ah! ¡Qué torpeza! ¡Qué infamia!



EN EL BOSQUE

EN el momento de sentarse á la mesa para almorzar, supo el alcalde que había llegado á la Casa de la Villa el guarda del Concejo con dos detenidos.

En seguida salió á enterarse de qué se trataba, y, efectivamente, halló al guarda, el tío Hochadur, de pie, vigilante, sin quitar ojo á un señor y una señora, ya maduros, como si temiera que tratasen de huir.

El señor era gordo, con la nariz enrojecida y el pelo blanco; parecía muy abatido por aquel suceso; mientras que la señora, regordeta, peripuesta, con las mejillas relucientes, miraba con ojos insolentes al guarda que los había capturado.

El alcalde preguntó:

—¿Qué ocurre, Hochadur?

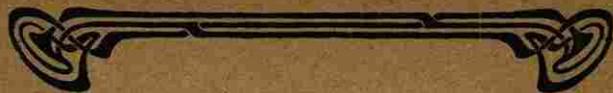
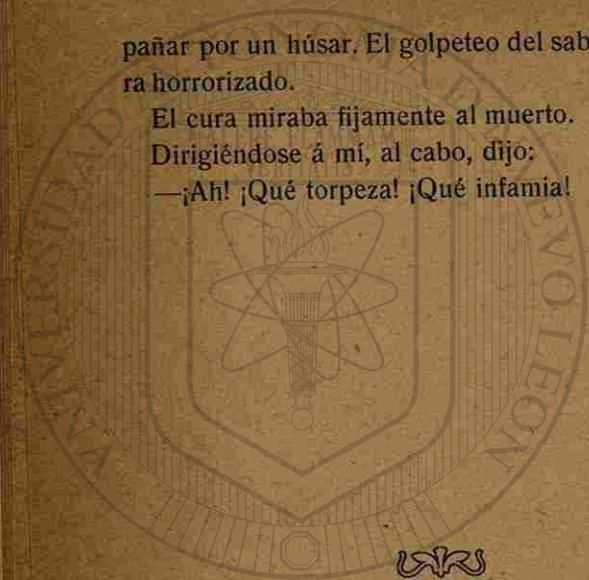
El guarda hizo su denuncia.

pañar por un húsar. El golpeteo del sable las hubiera horrorizado.

El cura miraba fijamente al muerto.

Dirigiéndose á mí, al cabo, dijo:

—¡Ah! ¡Qué torpeza! ¡Qué infamia!



EN EL BOSQUE

EN el momento de sentarse á la mesa para almorzar, supo el alcalde que había llegado á la Casa de la Villa el guarda del Concejo con dos detenidos.

En seguida salió á enterarse de qué se trataba, y, efectivamente, halló al guarda, el tío Hochadur, de pie, vigilante, sin quitar ojo á un señor y una señora, ya maduros, como si temiera que tratasen de huir.

El señor era gordo, con la nariz enrojecida y el pelo blanco; parecía muy abatido por aquel suceso; mientras que la señora, regordeta, peripuesta, con las mejillas relucientes, miraba con ojos insolentes al guarda que los había capturado.

El alcalde preguntó:

—¿Qué ocurre, Hochadur?

El guarda hizo su denuncia.

Había salido por la mañana, á la hora de costumbre, para cumplir su misión, recorriendo los bosques de Champioux hasta los linderos de Argenteuil. No había notado nada que mereciese referirse, aparte de que hacía buen tiempo y que los trigos amarilleaban, ofreciendo una buena cosecha, cuando el hijo de los Bredel, que se hallaba cavando su viña, le gritó:

—¡Eh! ¡eh!, ¡Hochadur! En el sotillo puede usted encontrar una parejita de palomos que suman entre los dos más de ciento veinte años.

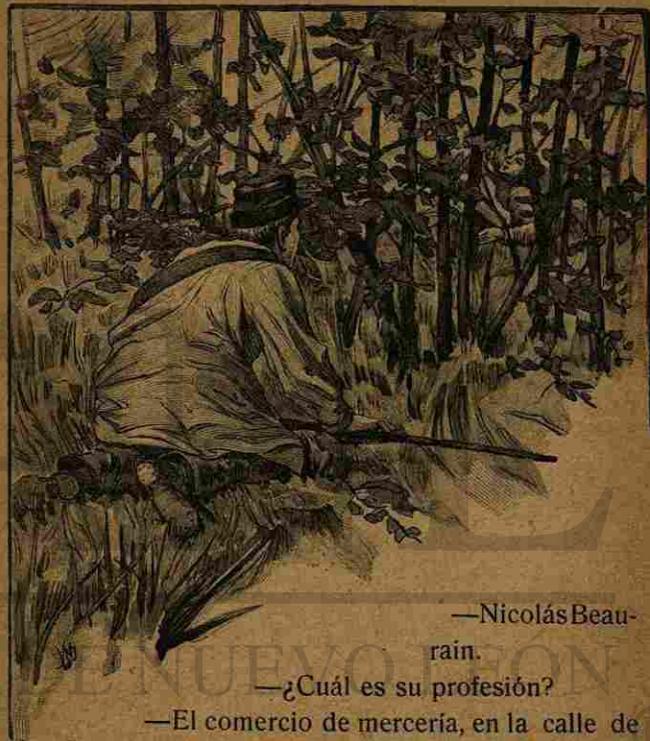
El guarda fué al sotillo, y entre un matorral oyó frases confusas y suspiros, que le hicieron suponer un flagrante delito de malas costumbres.

Con el mayor sigilo, avanzando á gatas, como lo hacía para sorprender á los cazadores furtivos que ponen lazos á los conejos, pudo interrumpir los goces de la criminal pareja cuando se complacía entregándose á su amoroso instinto.

El alcalde contemplaba estupefacto á los culpables. El hombre no tendría menos de sesenta años, y la mujer cincuenta y cinco bien cumplidos.

Comenzó el interrogatorio, dirigiéndose primero al varón, que le respondía con voz muy débil, apenas inteligible.

—¿Cómo se llama usted?



—Nicolás Beau-
rain.

—¿Cuál es su profesión?

—El comercio de mercería, en la calle de los Mártires de París.

—¿Qué hacía usted en el bosque?

El comerciante quedóse mudo con la cabeza inclinada sobre su abultado vientre y las manos caídas sobre sus muslos.

El alcalde insistió:

—¿Niega usted lo que afirma el agente de la autoridad municipal?

—No, señor.

—Luego ¿usted se confiesa culpable?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted algo que alegar en su disculpa?

—Nada; no, señor.

—¿Dónde ha encontrado usted á su cómplice?

—Iba conmigo, señor alcalde; es mi mujer.

—¿Su mujer? ¿Su esposa?

—Sí, señor alcalde; mi esposa.

—Pero... pero... ¿no viven ustedes juntos... en París?

—¡Ya lo creo! Vivimos juntos, señor alcalde.

—Pues... no lo entiendo... Como no sea usted loco... un loco rematado... Es una locura venir á eso al bosque, á las diez de la mañana.

Al comerciante le faltaba poco para romper á llorar, avergonzado, y murmuró:

—¡Ella me lo propuso! ¡y toma! ¡y dale! Demasiado sé yo que hice una barbaridad. Pero, ¡cuando á una mujer se le ha metido una cosa en la cabeza...!

El juicioso alcalde, hombre de buen humor y aficionado á bromas, replicó sonriendo:

—No se le saca fácilmente... Y en lo más apurado... ¡llega el guarda!

Entonces el señor Beaurain, dirigiéndose furioso á su esposa, dijo:

—¿Ves á lo que nos conduce tu poesía? ¿Lo ves? ¡Un proceso, una condena, por atentado contra la moral pública! Tendremos que cerrar la tienda ó traspasarla para irnos á un barrio donde nadie nos conozca. ¿Lo ves?

La señora de Beaurain se levantó, y sin mirar á su marido, sin turbarse poco ni mucho, sin melindres pudorosos, decidida, explicóse:

—Ya sé que nos hallamos en ridículo, señor alcalde; pero, ¿me permite usted que defienda mi causa como un abogado, mejor aún, como una pobre mujer? Tengo la certeza de que después de oirme, nos dejará usted que volvamos á nuestra casa, libres del bochorno de una denuncia semejante.

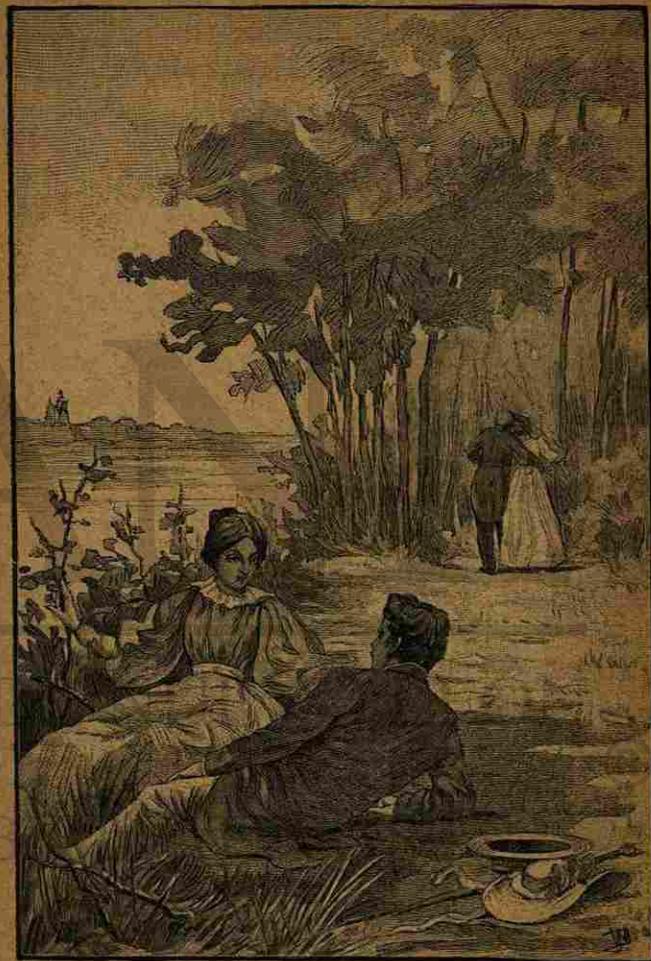
«Hace mucho tiempo, cuando yo era una mocita soltera, conocí á Beaurain un domingo, en el bosque dondè hoy nos ha encontrado el guarda. Beaurain estaba de dependiente en un almacén de mercería; yo trabajaba en un taller de confecciones. Lo recuerdo como si fuese ayer. Algunos domingos por la tarde, veníamos á pasear por el bosque mi compañera Rosa Leveque y yo, que vivíamos juntas en la

calle Pigalle. Rosa tenía un amante; yo no. El amante de Rosa nos había enseñado estos lugares. Un sábado, me anunció, riendo, que al día siguiente le acompañaría un camarada. Comprendí sus propósitos, y le dije claramente que todo sería inútil. Yo era una joven muy juiciosa, caballero.

»Encontramos á Beurain en la estación. Era un guapo mozo en aquella época. Pero yo iba con el firme propósito de no ceder, y no cedí.

»Llegamos á Bezons. Hacía un tiempo magnífico; un aire templado, sutil, invitando á gozar. Esos días hermosos, ahora lo mismo que antes, me agitan y emocionan; y cuando estoy en el campo, al sol, ¡perdo el juicio! La verdura, los pájaros que cantan, los trigos que forman una especie de oleaje meciéndose con el peso de las espigas, las golondrinas girando rápidas, el perfume de la hierba, la blancura de las margaritas, el rojo de las amapolas, ¡todo me anima, embriagándome, como el champagne á los que no tienen costumbre de beberlo!

»Hacía un día magnífico; ¡tan hermoso! ¡tan claro! que sus dulzuras penetraban por los ojos, por la boca, infiltrándose por todo el cuerpo. Rosa y Simón iban unidos, hesándose á cada paso. Me daba... no sé qué, verlos. Beurain iba tras ellos, conmigo; y apenas hablábamos. No es fácil hablar con la gente



que no se conoce. Tenía el aspecto muy tímido y su turbación me agradaba.

»Llegamos así al bosque. Hacía un fresco delicioso, como un baño de placer, y nos sentamos los cuatro sobre la hierba. Rosa y su amante se burlaron de mi extremada seriedad; ya comprende usted que yo no podía mostrarme de otro modo.

»Luego, comenzaron á besarse nuevamente, sin que les preocupara nuestra presencia; después hablaron en voz baja y al fin, levantándose, fueron á esconderse tras unos matorrales, en silencio.

»¡Suponga usted la cara estúpida que pondría yo, frente á un joven desconocido, sola con él en un bosque! Fué grande mi confusión al ver que se alejaban, y para disimularla, hice un esfuerzo; resolviéndome á entablar conversación, preguntéle á mi acompañante á qué se dedicaba. Me contestó que al comercio de mercería, en clase de modesto dependiente. Hablamos un poco, y animándose, quiso propasarse conmigo, pero no se lo consentí; estuve con él inflexible. ¿Verdad, Beaurain?»

El señor Beaurain, que tenía los ojos fijos en las puntas de sus botas, confuso, desconcertado, nada respondió.

Y la señora repuso:

«—Entonces, comprendiendo que yo era una mu-

chacha juiciosa y honesta, comenzó á galantearme con finura, como un hombre bien intencionado. Desde aquel día nos acompañó todos los domingos. Enamoróse de mí, señor alcalde, y también yo le quería mucho, porque Beaurain era un guapo mozo, ¡quién lo diría!

»Nos casamos en Septiembre, y nos establecimos poco después en la calle de los Mártires.

»Al principio, nuestra vida fué muy trabajosa; el negocio no daba lo bastante, y no podíamos permitirnos la más pequeña expansión, el más insignificante recreo. Perdimos la costumbre de salir al campo los domingos. Teníamos otras preocupaciones. A los comerciantes nos preocupa más el dinero que las flores y los piropos. Envejecimos así, año tras año, sin darnos cuenta, como personas tranquilas que se preocupan muy poco de los goces amorosos. ¡No apreciamos nunca las dichas que tenemos á nuestro alcance; pero en cuanto se pierden...!

»Además, los negocios mejoraban de día en día; ya no teníamos que preocuparnos por el porvenir. Y... no puedo explicarme lo que me ocurrió..., ¡no me lo explico!

»Lo cierto es que me puse á delirar como una colegiala. Viendo las flores que venden las ramillete-

ras por las calles, sentía deseos de llorar. El perfume de las violetas, acosándome hasta el rincón de mi escritorio, apresuraba las palpitations de mi corazón. Interrumpiendo mis ocupaciones, asomábame á la puerta para contemplar el azul del cielo entre los canalones de los tejados. Cuando se mira el cielo desde una calle del centro de París, parece un largo y tortuoso río; y las golondrinas que revolotean, vienen y van como peces. No son propias de mi edad esas trivialidades necias, lo comprendo, señor mío; pero cuando se ha trabajado toda la vida, llega un momento en que se nos ocurre que pudimos emplearla de otra manera, y entonces, ¡oh! entonces lamentamos el placer perdido. ¡Imagínese que, durante veinte años, pude ir á recoger en el bosque flores y besos, como las otras, como iban otras mujeres! Comencé á preocuparme de la dicha que se disfruta recostándose á la sombra de la enramada, junto á un ser querido. ¡Y esa preocupación me obsesionaba día y noche! Veía en sueños la luna, reflejada en el río, dándome tentaciones de sumergirme, de llegar al fondo...

»Al principio no me atreví á comunicar á Beau-rain mis ansias, temiendo que se burlara de mí, que me recordase, por todo consuelo, mis obligaciones, mi tienda, mis hilos y mis agujas... Á decir

verdad, mi esposo no me parecía, como antes, el compañero apetecible para un delirio de amor; y mirándome al espejo, comprendía que yo tampoco estaba para inspirar pasiones á nadie.

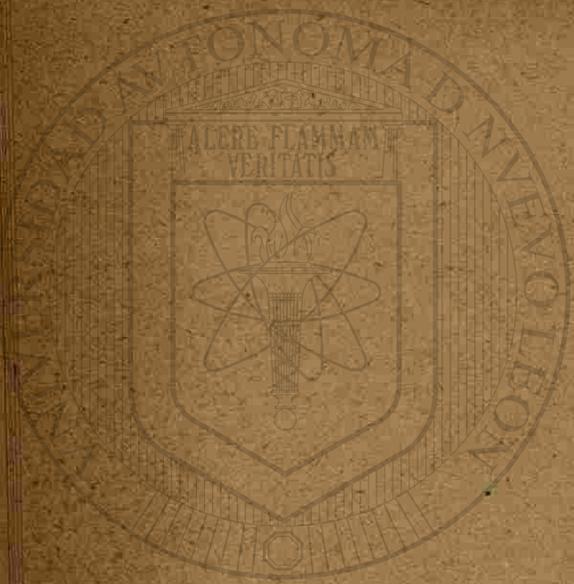
»Me decidí al cabo, y le propuse un paseo campestre á través del bosque donde nos conocimos. Aceptó, condescendiente, sin imaginarse mis delirios; y llegamos á las nueve de la mañana.

»Me sentí rejuvenecida, trastornada, en cuanto puse los pies en los trigos. ¡El corazón de la mujer no envejece! ¡Y no vi á mi esposo como es: le vi como era en aquel tiempo! Se lo juro, caballero. Tan cierto es como la luz: ¡me sentí borracha de goce! Comencé á besarle amorosamente, y él, sorprendido, extrañado, me decía: «¿Te vuelves loca? ¿Estás loca? Pero, ¿qué te ocurre?» Yo no le oía: oía solamente las ansias de mi corazón. Le arrastré hacia el sotillo... y... ¡eso es! La verdad, señor alcalde, ¡toda la verdad!»

El sesudo alcalde, hombre de alegre humor, se levantó, y dijo sonriendo:

—Váyanse tranquilos. Aquí no ha pasado nada, señora. Pero no vuelvan á pecar... al aire libre.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE



UNA FAMILIA

ME había propuesto ver á Simón Radevin, del cual no supe nada en quince años.

En otro tiempo, era mi mejor amigo, el compañero inseparable de las tranquilas y alegres veladas, el íntimo á quien se le comunica todo, el que provocando una conversación franca, sin aliño, nos hace concebir ideas extravagantes ó sutiles, ingeniosas, delicadas, nacidas al calor de la intimidad que alienta la imaginación y la satisface.

Durante muchos años vivimos casi siempre juntos, viajando, reflexionando, soñando á la par, sintiendo las mismas admiraciones y estudiando los mismos libros, prefiriendo lo mismo y emocionándonos igualmente, burlándonos con frecuencia de las mismas ridiculeces y comprendiéndonos de tal modo, que nos bastaba para comunicarnos, cambiar una mirada ó una sonrisa.



Luego, él se casó. Se casó de repente, con una mocita provinciana que fué á París en busca de novio. ¿Cómo aquella rubita flaca, de manos torpes, de ojos claros, inexpresivos, de voz fresca, insípida, semejante á las cien mil criaturas que aspiran á casarse, conquistó á un mozo tan avisado y tan inteligente? ¿Puede alguien penetrar esos misterios? El se prometió sin duda la dicha, la dicha sosegada, suave, duradera entre los brazos de una mujer cariñosa, inocente, fiel; todo se lo había hecho con-

cebir la mirada transparente de aquella mocita de cabellos pálidos.

No había reflexionado que un hombre activo, de vida intensa y vibrante, se cansa de todo en cuanto ha tropezado con la estúpida realidad, cuando no logra embrutecerse hasta el punto de no comprender ya nada.

¿Cómo le hallaría? ¿Vigoroso, emprendedor, alegre y rebotante de ingenio como en su juventud, ó anonadado, sumergido en la vida provinciana? ¡Un hombre puede cambiar mucho en quince años!

El tren se detuvo en una estación modesta. Cuando me apeaba, un caballero gordo, muy gordo, coloradote y ventrudo, se acercó á mí con los brazos abiertos, gritando:

—¡Jorge! ¡Jorge!

Le abracé, pero no le hubiera reconocido. Luego murmuré asombrado:

—¡Reliendre! ¡No has enflaquecido!

Y me respondió riendo:

—¡Ya lo ves! ¡La buena vida! ¡Los buenos alimentos! ¡Las tranquilas noches! ¡Comer y dormir bien! es todo lo que hago.

Yo le contemplaba, deseoso de hallar en aquel abultado rostro, las facciones de mi amigo. Sola-

mente reconoció los ojos; eran sus ojos, pero con distinta expresión.

Y pensé:

«A ser cierto que se refleja en los ojos el alma, el alma que anima ese cuerpo no es la de antes, la que yo conocí tanto.»

Sus ojos brillaban, alegres y afectuosos, pero no advertí en ellos aquel fulgor de inteligencia tan expresivo como el más expresivo lenguaje.

De pronto, Simón dijo:

—Ahí tienes á los dos mayores.

Una muchachita de catorce años, casi una mujer, y un muchacho de trece, con traje de colegial, avanzaron hacia mí, encogidos, tímidamente.

Murmuré, por decir algo:

—¿Son tuyos?

Y me respondió, riendo:

—Míos y muy míos.

—¿Tienes más?

—¡Tengo cinco!

¡Cinco! Pronunció ese número, arrogante, satisfecho, con bríos de triunfador; y al oírle, sentí una compasión profunda, revuelta con un tenue desprecio hacia el incauto y orgulloso reproductor que se recriaba entre sueños, encerrado en su residencia provinciana, como un conejo en su conejera.

Subiendo á un coche guiado por él mismo, atravesamos la ciudad, la triste ciudad, silenciosa y amodorrada, cuyas calles hallaríanse completamente desiertas á no transitar los perros y dos ó tres criadas. Algunos comerciantes, asomados á la puerta de su comercio, saludaban, y Simón devolvía el saludo, nombrando luego á cada cual, para probarme sin duda que sabía el nombre de sus convecinos. Ocurrióseme que proyectaba representar al país como diputado—el ensueño de todos los enterrados en una provincia.

Pronto salimos al otro extremo de la ciudad y entramos en un jardín con pretensiones de parque. Luego se detuvo el coche ante una casa con torrecillas, que pretendía tener aspecto de castillo.

—Esta es mi choza—dijo Simón, esperando una réplica galante.

Y respondí:

—Es una delicia.

En lo alto de la escalinata vi aparecer á una señora, vestida para recibirme, peinada para recibirme, pronunciando frases—dispuestas de antemano para recibirme—. No era ya la mocita rubia y sosa que se casó quince años antes: era una señora muy abultada, con muchos rizos en el moño y muchos volantes en el traje; una señora fresca, sin edad pre-

cisa ni carácter determinado, sin elegancia, sin distinción, sin atractivo, sin alegría, careciendo en absoluto de todo lo que constituye una mujer. Era una madre, una rolliza madre de familia, muy poderosa, muy fecunda: la máquina de carne que procrea, y no tiene más ocupación espiritual que su libro de oraciones y su libro de cocina.

Dióme la bienvenida, y entré, acompañándola, en el vestíbulo, donde tres arrapiezos aguardaban colocados en fila, de mayor á menor, inmóviles y estirados, como los bomberos en una revista de alcalde.

Yo dije:

—¡Ah! ¿Son los otros?

Y Simón, radiante, me los nombró:

—Juanito, Sofía y Bernardo.

La puerta del salón hallábase abierta. Entré y vi sumergido en una poltrona un cuerpo tembloroso, un hombre, un anciano paralítico.

La señora Radevin se adelantó:

—Es mi abuelo; acaba de cumplir ochenta y siete años.

Luego, acercando sus labios á la oreja del octogenario trepidante, gritó:

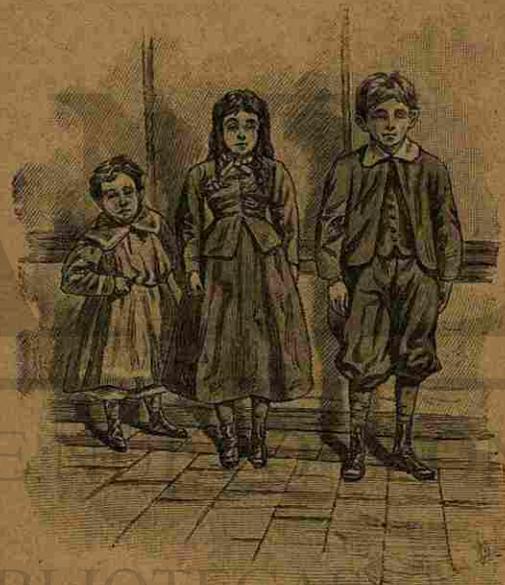
—Es un amigo de Simón, que viene á visitarnos.

El antecesor hizo un esfuerzo para darme los buenos días, y balbuceó:

—Uá... uá...: uá...

Yo respondí:

—Gracias, caballero; son ustedes muy amables.



Y me desplomé sobre una butaca.

Simón acercóse á mí riendo:

—¡Ja, ja! ¿Te presentaron al abuelito? No tiene precio ese hombre. Divierte á los niños, como no puedes figurarte. Goloso y tragón hasta el punto de ponerse á morir á cada comida. No puedes calcular cuánto sería capaz de comer, si le dejaran... ¡Es una risa! Pone los ojos tiernos y hace guiños á los platos de dulce, como si fuesen damiselas. No viste jamás nada tan gracioso.

Luego me acompañó al que sería mi aposento, para que pudiera yo lavarme y asearme, antes de comer. Oí á mi espalda, en la escalera, un rebullido que me obligó á volver los ojos. Todos los niños, en procesión, me seguían, detrás de su padre, sin duda como significativa deferencia.

Desde mi aposento se divisaba la llanura, una llanura sin fin, un océano de hierbas, de trigo, de cebada, sin un solo árbol, sin una ladera: imagen sorprendente y triste de la vida en aquella casa.

Sonó la campana, y bajamos á comer.

La señora de Radevin se apoyó en mi brazo, muy ceremoniosamente, para entrar en el comedor. Un criado empujó la poltrona con ruedas, en donde yacía el anciano parálítico, quien al verse arrimado á su cubierto, paseó por la mesa una mirada febril, inclinando su cabeza oscilante hacia cada golosina, mientras las devoraba todas con los ojos.

Simón se restregaba las manos de gusto, diciéndome:

—¡Vas á divertirme!

Y los niños, comprendiendo que se me obsequiaría con el espectáculo del abuelito goloso y tragón, soltaron á un tiempo la carcajada, mientras la madre sonreía complacida, encogiéndose de hombros.

Radevin, ahuecando ambas manos junto á la boca para que le sirvieran de portavoz, y dirigiéndose al parálítico, vociferó:

—¡Esta noche tenemos arroz con leche!

El semblante rugoso del anciano iluminóse, y todo su cuerpo retembló más que de costumbre, indicando que lo había comprendido y que se hallaba satisfecho.

Empezamos á comer.

—Atiende, atiende—murmuró Simón.

Al abuelo no le gustaba la sopa, y no quería comerla; pero le obligaban á tragarla; el criado le hundía en la boca la cuchara llena, mientras el anciano forcejeaba y soplaba para no tragar el caldo, que á veces era lanzado, como el agua de un surtidor, sobre la mesa ó sobre la familia.

Los niños celebraban aquello con estrepitosas risotadas; el padre, complacido, repetía:

—¡Es muy gracioso, muy gracioso, ese viejo!

Y era el único motivo de conversación durante la comida. Devoraba con los ojos las golosinas de la mesa, y con su mano, estremecida violentamente por el esfuerzo en lucha con la impotencia, pretendía cogerlas ó aproximarlas más; porque, para divertirse, las ponían cerca del paralítico, el cual, no pudiendo lanzarse á devorarlas, hubiera querido atraerlas con el desolado llamamiento de ansiedad que se revelaba en sus ojos, en su boca, en su nariz. Babeaba, gruñía y era un jolgorio para los demás aquel suplicio infame y grotesco.

Le sirvieron una mínima cantidad, que tragó al punto con febril glotonería, esperando ansiosamente otra cosa.

Cuando sacaron á la mesa el arroz con leche, faltó poco para que le diera una convulsión al infeliz paralítico.

El menor de los niños le gritó:

—¡Usted no lo probará! ¡No lo probará!

Entonces lloró, y cuanto más lloraba, más reían sus nietos.

Al fin, le presentaron su ración—muy pequeña—, y al saborar la primera cucharada, dió su lengua un chasquido cómico y glotón; su cuello encorvóse, como el de los patos al tragar un bocado grande.

Cuando lo hubo acabado, pateó para que le dieran más.

Dolido ante la tortura de aquel Tántalo conmovedor y ridículo, intercedí por él:

—¡Sirvanle un poco más de arroz con leche!

Simón repuso:

—¡Imposible, amigo mío! Si comiera mucho, á su edad, le haría daño.

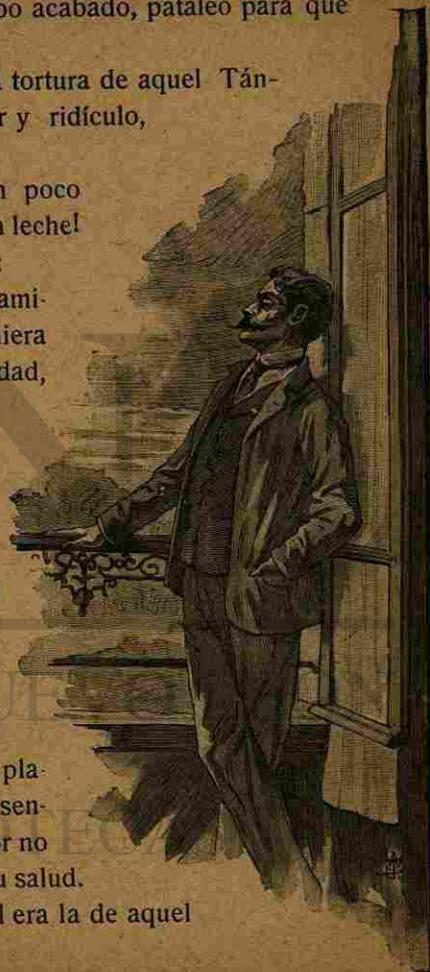
No repliqué, reflexionando aquella frase.

¡Oh moral!
¡Oh lógica! ¡Oh sabiduría!

«¡Le haría daño, á su edad!»

Privaban al infeliz del único placer que pudiera sentir en la vida, por no atentar contra su salud.

¡La salud! ¿Cuál era la de aquel



despojo inerte y estremecido? Alargaban sus días— como se dice.

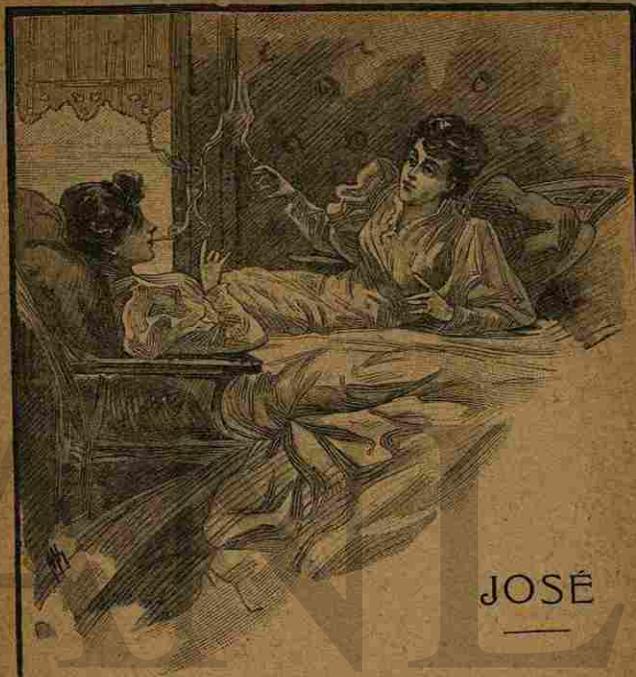
¡Sus días! ¿Cuántos? ¿Diez, veinte, cincuenta, ciento? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Para conservar á la familia el espectáculo de su ansia impotente y glotona?

El anciano ya no tenía que hacer nada en este mundo. Un solo deseo, un solo goce alentaba su existencia; ¿por qué no satisfacérselo hasta su muerte?

Después de jugar á los naipes una partida que no acababa nunca, subí al aposento que me habían destinado. Me sentía muy triste, ¡muy triste! ¡muy triste!

Y me asomé á la ventana. Sólo se oía el suave, ligero, delicioso murmullo de un pájaro en una rama, no sé dónde. Aquel pájaro debía cantar así, en voz baja, en la obscuridad, velando el sueño de su hembra, sobre los huevos.

Y al instante recordé á los cinco hijos de mi pobre camarada, el cual roncaría ya profundamente junto á su despreciable mujer.



—
JOSÉ

ESTABAN *alegres*, más que *alegres*, la baronesita de Fraisières y la condesita de Gardens.

Habían comido solas en un mirador, frente al mar, sintiendo la brisa fresca y suave del anocheecer, la salada brisa del Océano. Jóvenes las dos, recostadas en los divanes, sorbían poco á poco unas copitas de Chartreuse, fumando cigarrillos turcos

despojo inerte y estremecido? Alargaban sus días— como se dice.

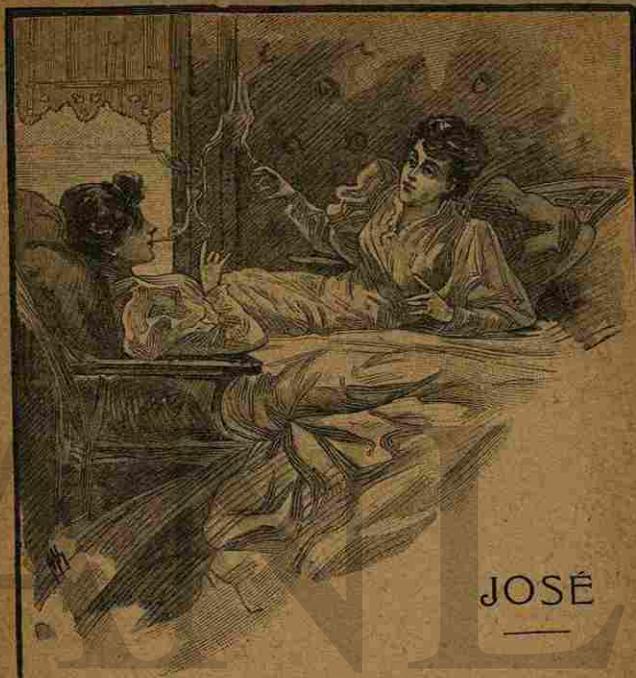
¡Sus días! ¿Cuántos? ¿Diez, veinte, cincuenta, ciento? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Para conservar á la familia el espectáculo de su ansia impotente y glotona?

El anciano ya no tenía que hacer nada en este mundo. Un solo deseo, un solo goce alentaba su existencia; ¿por qué no satisfacérselo hasta su muerte?

Después de jugar á los naipes una partida que no acababa nunca, subí al aposento que me habían destinado. Me sentía muy triste, ¡muy triste! ¡muy triste!

Y me asomé á la ventana. Sólo se oía el suave, ligero, delicioso murmullo de un pájaro en una rama, no sé dónde. Aquel pájaro debía cantar así, en voz baja, en la obscuridad, velando el sueño de su hembra, sobre los huevos.

Y al instante recordé á los cinco hijos de mi pobre camarada, el cual roncaría ya profundamente junto á su despreciable mujer.



—
JOSÉ

ESTABAN *alegres*, más que *alegres*, la baronesita de Fraisières y la condesita de Gardens.

Habían comido solas en un mirador, frente al mar, sintiendo la brisa fresca y suave del anochecer, la salada brisa del Océano. Jóvenes las dos, recostadas en los divanes, sorbían poco á poco unas copitas de Chartreuse, fumando cigarrillos turcos

y haciéndose confidencias íntimas, confidencias que sólo una embriaguez dichosa pudo empujar hasta sus labios.

A medio día los maridos habían regresado á París, dejándolas en aquella playa desierta, elegida expresamente para evitar á los moscones galantes de los veraneos en moda. Ausentes la mayor parte de la semana, temían, con razón, las expediciones campestres, los almuerzos sobre la hierba, las enseñanzas de natación y la rápida familiaridad que nace de la holganza en lugares concurridos. Dieppe, Etretat, Trouville, les parecieron peligrosos y alquilaron una casa construída y abandonada por un excéntrico en el valle de Roqueville, cerca de Fécamp, donde resolvieron enterrar á sus mujeres durante todo el verano.

Estaban *alegres*, muy *alegres* las dos. No sabiendo qué inventar para distraerse, la baronesita propuso á la condesita una delicada comida, con Champagne. Se habían divertido mucho guisando y preparando escogidos platos, luego saboreándolos, y bebiendo de firme para calmar la sed que había excitado el calor de la lumbre. Hablaban y barbarizaban á compás, fumando cigarrillos turcos y apurando suavemente copitas de Chartreuse, sin darse cuenta de lo que decían.

La condesa, con los pies apoyados en el respaldo de una silla, se arriesgaba más aún que su compañera:

—Para terminar dignamente nuestra diversión, era preciso que tuviésemos aquí dos amantes. Si lo hubiese pensado á tiempo, los hiciera venir de París... Dos... para cederte uno.

—Yo los encuentro en todas partes; ahora mismo, si quisiera uno, lo tendría.

—Vaya, no exageres. ¿En este pueblo? Un aldeano tal vez...

—No; eso no...

—Pues cuéntame, anda.

—¿Qué quieres que te cuente?

—De tu amante...

—Yo no puedo vivir sin un amor. El día que no inspire un amor, habré muerto.

—Lo mismo digo.

—Sentir que nos desean...

—Es indispensable. Pero los hombres no lo comprenden, y menos aún los maridos.

—No lo comprenden. ¿Cómo han de comprenderlo? Necesitamos un amor compuesto de frivolidades, galanterías y exquisiteces que alimentan el corazón. Es indispensable á nuestra vida, indispensable, indispensable.

—Indispensable.

—Necesito saber que alguien piense en mí, á todas horas, en todas partes. Cuando me duermo y al despertar, necesito sentir que alguien me desea, que alguien vive soñando en mí. Sin esto sería desgraciada, muy desgraciada... ¡Oh!, tan desgraciada, que lloraría constantemente...

—Yo también.

—Otra cosa es imposible. Aunque un marido sea galante un mes, un año, dos... acabará, sin remedio, mostrándose grosero y bruto; sí, grosero y bruto... Ya no se violenta por nada, no disimula; preséntase al natural, enfurécese al ver las cuentas. ¡Oh, siempre las cuentas!... La intimidad constante y eterna, la vida en común, hace imposible un amor.

—Cierto, muy cierto.

—¿Es verdad?... ¿Qué decíamos?... No recuerdo nada.

—Decías que todos los maridos acaban mostrándose brutales...

—Sí; brutales... todos...

—Y es verdad.

—¿Qué decíamos?

—¡Eso!

—¿Y qué más?

—Ahí estabas; no sé lo que pensarías decir...

—Algo, algo iba yo á contarte.

—Piensa, piénsalo...

—¡Ah! ¡Sí!... Decía que yo encuentro un amante... siempre...

—¿Cómo?

—Escucha. Cuando llego á cualquier punto, empiezo á observar, tomo notas y elijo.

—¿Eliges?

—Elijo, cuando he completado mis informes. Un hombre ha de ser, en primer lugar, discreto, rico y generoso. ¿No es así?

—Ciertamente.

—Y además, ha de agradarme como hombre.

—¡Claro!

—Entonces, echo el anzuelo.

—¿El anzuelo?

—Sí; como para pescar. ¿No has pescado nunca con caña?

—Nunca.

—Pues te hubieras divertido... instruyéndote, además. Preparo mi anzuelo.

—¿Cómo?

—No seas tonta. Elegimos entre los hombres el que más nos agrada. Y ellos piensan... ¡estúpidos! piensan que pueden elegir... Elegimos nosotras... constantemente. Cuando una mujer no es fea ni ton-

ta, la pretenden, sin excepción, todos los hombres. Ella los examina mañana y tarde, y cuando uno le gusta... le tira el anzuelo...

—¿Pero no me dices cómo? ¿Qué haces para tirar el anzuelo?

—No hago nada... hija mía... Dejo hacer... Consiento que me devore con los ojos.

—¿Y es bastante?

—Sí; cuando una mujer consiente que la mire un hombre, acaba el infeliz creyéndola seductora como ninguna, y trata de seducirla. Cuando este caso llega, yo le doy á entender que no me desagrada... pero todo en silencio, y él se apasiona como un inocente. ¡Ya es mío! Esto dura más ó menos... Depende sólo de sus condiciones.

—¿Y así conquistas á todos los que te gustan?

—A casi todos.

—¿Luego algunos resisten?

—De vez en cuando.

—¿Por qué?

—¡Oh! ¿Por qué? Hay tres motivos: Un amor grande inspirado por otra mujer, una timidez exagerada y una... ¿cómo decirlo? una... incapacidad notoria para conducir á la mujer hasta el último extremo de la conquista.

—Supones...

—¡Bah! Estoy segura... Sí... Hay muchos; muchos más de lo que se dice. ¡Oh! Tienen las apariencias de todos; visten como todos, y se pavonean como todos... No; eso no; porque no podrían... erguirse.

—¡Vaya!

—Los tímidos resultan muchas veces inabordables de puro tontos. Los hay que ni se atreven á desnudarse frente á un espejo. Con ellos es necesario mostrar mucha energía, y si no bastan las dulzuras de la mirada, recurrir á los abandonos de la mano. A veces todo es inútil; hasta los hay que nunca saben por dónde principiar; cuando una mujer se desmaya, como último recurso, hallándose á solas con uno de ellos... buscan en seguida quien les ayude... Yo prefiero á los enamorados entusiastas de otras mujeres. Los conquisto por asalto á... á... ¡á la bayoneta!

—Todo eso está muy bien; pero cuando no hay hombres, como aquí ocurré...

—Se buscan.

—Se buscan. ¿Dónde?

—Pues... en cualquier parte... Mira... Esto me recuerda una historia... Verás... Hace dos años mi esposo me llevó á pasar el verano en sus posesiones de Bougrolles. Allí ¡nada! pero ¡nada! lo que se dice nada. En los cortijos inmediatos algunos bru-

tos muy asquerosos, cazadores de pelo y de pluma, viviendo en sus haciendas; hombres que no se bañan jamás, que huelen á sudor y que son incorregibles, porque suponen que la porquería engorda. ¿Sabes lo que hice?

—No adivino...

—¡Ja, ja, ja!... Oye... Acababa de leer varias novelas de Jorge Sand, escritas para la glorificación de la plebe, novelas en las cuales aparece un obrero sublime, y los hombres de buen tono, criminales. Añade que recordaba *Ruy-Blas*... Oye... Uno de nuestros colonos tenía un hijo, un guapo mozo de veintidós años, el cual había estudiado para cura y dejó el seminario aburrido... Pues bien; le tomé de criado.

—¡Oh! ¿Y luego?

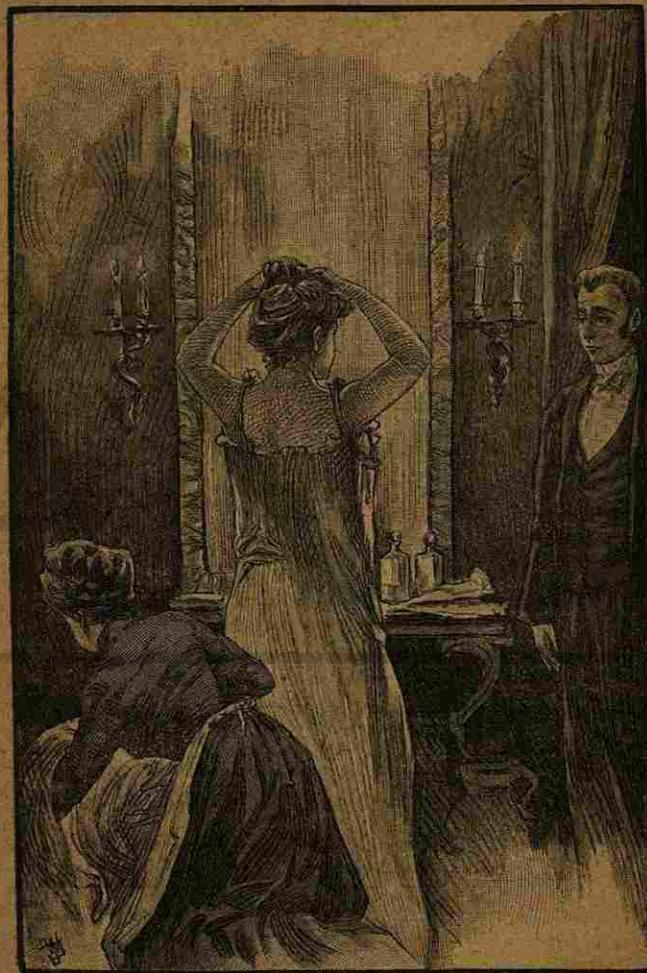
—Luego, luego le trataba despreciativamente, mostrándome sin preocupación á sus ojos... como si no le considerase hombre siquiera. ¡Oh! á ese no le puse anzuelo; á ese lo abrasé vivo...

— ...

—Sí; me divertía llamándole cada mañana mientras la doncella me vestía, y cada noche mientras me desnudaba.

— ...

—Fué abrasándose, abrasándose como un haz de



paja. En la mesa, yo hablaba siempre de aseo, de baños, de duchas, de los cuidados que necesita una persona para ser admisible. Y á los quince días el infeliz aprovechaba todas las ocasiones para darse zambullidas en el río. Luego se llenaba de perfumes apestantes. Hija; me obligó á prohibirle que se perfumara, y en tono de reprensión dura le dije que los hombres sólo debían usar agua de colonia.

— ...

—Más adelante adquirí algunos cientos de novelas morales, cuya lectura recomendé á los campesinos y á los criados. Había deslizado en los estantes algunos libros... poéticos... de los que turban las almas... las almas de los colegiales y de los inocentes... Y se los dí á mi criado... para educarle... ¡una bonita educación!

— ...

—Le traté con más dulzura, tuteándole. Le llamé José; y el pobre se iba poniendo... tan flaco... Daba miedo... ¡Cuánto sufría!... Y sus ojos... encendidos, como los de un demente... Yo me divertía pensando... ¡Ah! una temporada ideal.

—¿Y al fin?

—Al fin... un día que mi marido no estaba en casa, le mandé enganchar un cochecillo para que me llevase al bosque. Hacía calor, mucho calor...

—Sigue, sigue... ¡Me interesa tanto!

—Hacía mucho calor... Toma, bebe un poco de Chartreuse para que no me acabe yo la botella... Y me puse mala... un mareo...

—¿Cómo?

—¡Tonta! Le dije que me sentía mal... que me dejara sobre la hierba... Yo no podía moverme... y me cogió... Cuando estuve sobre la hierba... yo me ahogaba... y le dije que me desabrochase... Luego, cuando me hubo desabrochado... me desmayé.

—¿De veras?

—No, eso no.

—¿Y qué?

—¡Oh! Más de una hora desmayada... Él no sabía qué remedio aplicar. Tuve paciencia y aguardé... Al fin halló la medicina conveniente... Abrí los ojos después del exceso...

—¿Y qué le dijiste?

—¡Nada! ¿Por ventura me había yo dado cuenta durante mi desmayo? Le dije que me llevase al coche, y volvimos á casa. En poco estuvo que no volcáramos. ¡Tan aturdido iba José!

—¿Y no hubo más?

—Nada más.

—¿No volviste á desmayarte?

—Sólo una vez. No quise que fuera mi amante aquel bribón.

—¿Y continuó en tu casa?

—Ya lo creo. ¿Había motivo para despedirle? Sin una queja fundada...

—¿Y sigue adorándote siempre?

—Ahora verás.

La baronesita oprimió el botón del timbre. Abrióse la puerta y entró un criado, buen mozo, que olía mucho á colonia.

La baronesa le dijo:

—Siento un mareo; dí á la doncella que no tarde.

El hombre quedóse inmóvil como un soldado en presencia de un jefe, clavando una mirada encendida en el rostro de la señora. Ésta prosiguió como si nada notase:

—De prisa, estúpido; ahora no estamos en el bosque y la doncella me atenderá mejor que tú.

El criado se fué.

La condesita preguntó, algo turbada:

—¿Y qué dirás á la doncella?

—Que ya pasó... ¡Bah! La diré que me desabroche. Bien lo necesito... Me cuesta mucho respirar... Estoy borracha... Completamente borracha... No podría tenerme...



LA HOSPEDERIA

SEMEJANTE á todos los mesones de madera construídos en los Altos Alpes, junto á los ventisqueros, en esos pasadizos roqueños y pelados que separan unas de otras las nevadas cumbres, la hospedería de Schwarenbach, sirve de refugio á los viajeros que siguen el camino de la Gemmi.

Está durante seis meses abierta y habitada por la familia de Juan Hauser; después, al amontonarse las nieves en el valle, cubriéndolo y cerrando la salida por Loèche, las mujeres, el padre y los tres hijos, emigran, y guardan la casa los dos guías; con el viejo Gaspar Hari quedábase aquel invierno el joven Ulrico Hunzi; los acompañaba Sam, un pebrero montañés.

Los dos hombres y la bestia permanecen hasta el mes de Abril en su cárcel de nieve, teniendo ante sus ojos la inmensa y blanca pendiente del Balm-

—Sólo una vez. No quise que fuera mi amante aquel bribón.

—¿Y continuó en tu casa?

—Ya lo creo. ¿Había motivo para despedirle? Sin una queja fundada...

—¿Y sigue adorándote siempre?

—Ahora verás.

La baronesita oprimió el botón del timbre. Abrióse la puerta y entró un criado, buen mozo, que olía mucho á colonia.

La baronesa le dijo:

—Siento un mareo; dí á la doncella que no tarde.

El hombre quedóse inmóvil como un soldado en presencia de un jefe, clavando una mirada encendida en el rostro de la señora. Ésta prosiguió como si nada notase:

—De prisa, estúpido; ahora no estamos en el bosque y la doncella me atenderá mejor que tú.

El criado se fué.

La condesita preguntó, algo turbada:

—¿Y qué dirás á la doncella?

—Que ya pasó... ¡Bah! La diré que me desabroche. Bien lo necesito... Me cuesta mucho respirar... Estoy borracha... Completamente borracha... No podría tenerme...



LA HOSPEDERIA

SEMEJANTE á todos los mesones de madera construídos en los Altos Alpes, junto á los ventisqueros, en esos pasadizos roqueños y pelados que separan unas de otras las nevadas cumbres, la hospedería de Schwarenbach, sirve de refugio á los viajeros que siguen el camino de la Gemmi.

Está durante seis meses abierta y habitada por la familia de Juan Hauser; después, al amontonarse las nieves en el valle, cubriéndolo y cerrando la salida por Loèche, las mujeres, el padre y los tres hijos, emigran, y guardan la casa los dos guías; con el viejo Gaspar Hari quedábase aquel invierno el joven Ulrico Hunzi; los acompañaba Sam, un pebrero montañés.

Los dos hombres y la bestia permanecen hasta el mes de Abril en su cárcel de nieve, teniendo ante sus ojos la inmensa y blanca pendiente del Balm-

horn, rodeados por las cumbres pálidas y brillantes, encerrados, bloqueados, enterrados bajo la nieve, que sube sin cesar en torno suyo, envolviéndolos, oprimiéndolos; que sumerge la hospedería, que se amontona en el tejado, que ciega las ventanas, que abarrota la puerta.

Era el día en que los Hauser marchaban, de regreso hacia Loèche. Llegando ya el invierno, hacía-se peligrosa la bajada.

Tres mulas fueron delante, cargadas con los baules de ropa y los enseres, conducidas por los tres hijos. Luego Juana—la madre—y su hija Luisa, montando en otra mula, se pusieron en camino.

El padre iba detrás con los dos guardas, que los acompañarían hasta el arranque de la pendiente.

Bordearon la helada laguna que se forma en el hueco rocoso, frente á la hospedería, luego siguieron á través del valle, blanco y tendido como una sábana, rodeado por las cumbres cubiertas de nieve.

Inundaba el sol aquel desierto blanco, resplandeciente y helado, con fulgores deslumbrantes y fríos. Ninguna vida en aquel océano de montañas; ningún movimiento en aquella inmensurable soledad, ningún ruido en aquel silencio profundo.

Poco á poco, el guía joven, Ulrico Hunzi, un sui-

zo buen mozo y con las piernas muy largas, dejó atrás al padre, Juan Hauser, y al viejo Gaspar Hari, alcanzando la mula donde cabalgaban las dos mujeres.

La hija le vió acercarse, como si le atrajeran sus ojos tristes. Era una mocita lugareña, rubia, cuyas mejillas lechosas y cuyos cabellos pálidos, parecían doscoloridos por las temporadas de permanencia entre nieves.

Al llegar el mozo, apoyó una mano en la grupa de la bestia. La madre dirigióse á él enumerándole con infinitas minucias todos los cuidados que debía tener en la invernada. El mozo era novato en aquel trajín, conocido ya de sobra por el viejo Hari en catorce años de invernar bajo las nieves que rodean y cubren la hospedería de Schwarenbach.

Ulrico Hunzi escuchaba, sin enterarse mucho al parecer, y mirando sin cesar á la mozuela. De cuando en cuando, repetía: «Está bien, señora; está bien.» Pero su pensamiento estaba embargado por otras atenciones y su tranquilo rostro permanecía impasible.

Iban acercándose á la orilla del lago de Daube, cuya helada superficie, tersa como un cristal, extiéndose por la parte baja del valle. A la derecha, el Daubenhorn asoma sus peñascos negros, cortados

á pico sobre los enormes declives del ventisquero de Loemmern que domina el Wildstrubel.

Próximos á la garganta de la Gemmi, donde principia la pendiente, bajando hasta Loèche, descubrieron de pronto el magnífico panorama de los Alpes Valeses, al otro extremo del profundo y anchuroso valle del Ródano, extendido á sus pies.

Era una muchedumbre lejana de cumbres desiguales y blanquísimas, achatadas ó puntiagudas, resplandeciendo á los rayos del sol; mostrábanse ufanos y erguidos, el Mischabel con sus dos cuernos, la mole dominadora del Wissehorn, el pesado Brunnegghorn, la pirámide altiva y temible del Cerval, que hace tantas víctimas, y el Colmillo Blanco, ese monstruo sutil.

Después, abajo, en una profundidad inmensa, en un abismo espantoso, descubrieron Loèche, cuyas casas parecían granos de arena lanzados en aquel hueco enorme que limita la Gemmi, y á lo lejos, del otro lado, el Ródano bordea.

Detúvose la mula en el sendero que avanza, serpenteando sin cesar, apareciendo y ocultándose, fantástico y maravilloso, por la escarpada pendiente, hasta el pueblecito apenas visible, allá en el fondo. Se apearon las dos mujeres, obligadas á pisar nieve.

Los dos viejos las alcanzaban ya.

—¡Vaya!—dijo el padre Juan Hauser—. ¡Adiós! ¡Ánimo, y hasta la primavera! ¡Salud, amigos!

El viejo Hari repitió:

—¡Hasta la primavera!

Y se abrazaron. Después, la madre y la hija le ofrecieron sus frentes para que las besara.

El joven, al despedirse de igual modo, murmuró al oído de Luisa:

—No se olvide nunca de los ausentes.

Y Luisa, con palabras apenas perceptibles, que adivinara el mozo sin oírlas, respondióle:

—No me olvidaré.

—¡Adiós, amigos!—repitió Juan Hauser.

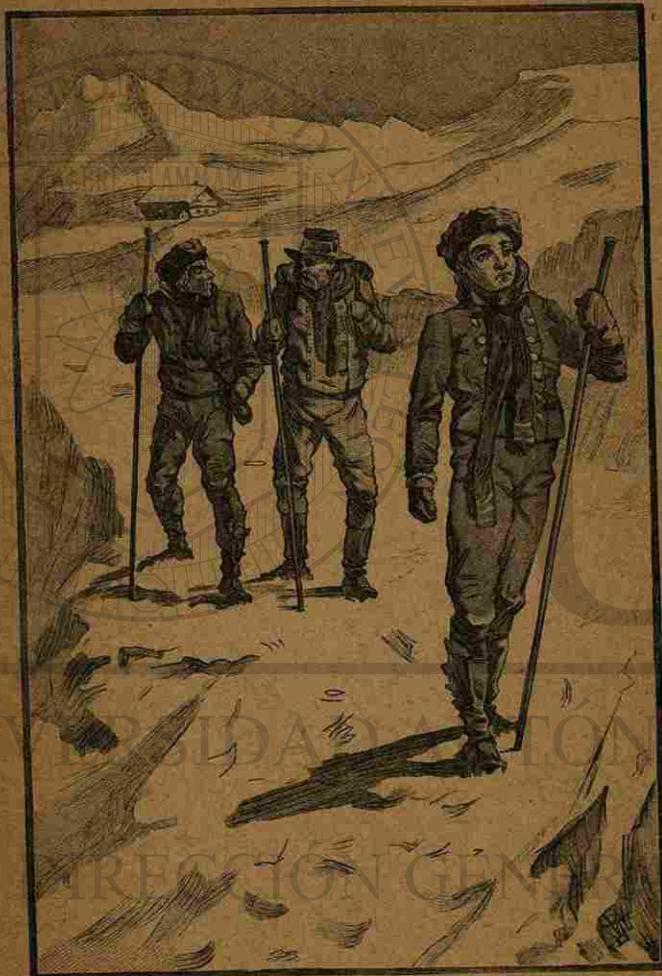
Y, adelanándose á las mujeres, comenzó á bajar por la pendiente.

Pronto desaparecieron los tres en la primera vuelta del camino.

Los dos guardas regresaron á la hospedería de Schwarenbach.

—Iban despacio, juntos, en silencio. Ya estaban solos; no verían á nadie ya en cinco meses.

Gaspar comenzó luego á referir su vida en la última invernada. Habiase quedado en la hospedería con Miguel Canol, ya muy achacoso para tales empeños; porque puede sobrevenir un accidente

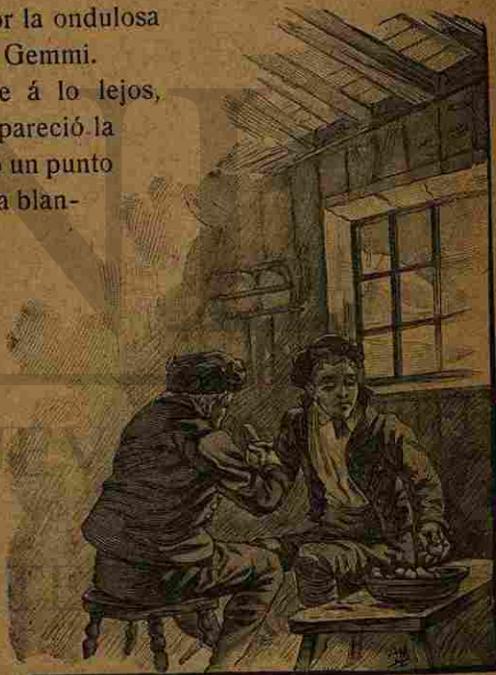


cualquiera en tan prolongada soledad, en tan absoluto aislamiento. No se habían aburrido, sin embargo; todo estribaba en tomar bien la embocadura desde un principio, y acababan por inventarse distracciones, pasatiempos agradables.

Ulrico le oía, con los ojos bajos; y acompañaba su imaginación á los viajeros que descendían hacia el pueblecillo por la ondulosa pendiente de la Gemmi.

Apenas visible á lo lejos, pronto se les apareció la hospedería como un punto negro sobre tanta blancura; pequeña, insignificante, al pie de la gigantesca ola de nieve.

Cuando abrieron la puerta, Sam, el perro montañés, comenzó á saltar en torno suyo, acariciándolos:



—Muchacho—dijo el viejo Gaspar—, como no tenemos aquí mujeres que guisen, vamos á disponer la comida. Monda patatas.

Y sentándose cada uno en su banquetta, prepararon la sopa.

La mañana siguiente se le hizo interminable al mozo; y mientras el viejo fumaba y escupía tranquilamente, Ulrico asomóse á la ventana, contemplando la inmensa mole de nieve, única distracción para sus ojos.

Salió por la tarde, buscando en el camino las huellas de las mulas que se llevó á las dos mujeres. Habiendo llegado á la garganta de la Gemmi, tumbóse, y agarrándose con las manos á la orilla, sacó la cabeza sobre aquel abismo, con los ojos clavados en el fondo.

El pueblo no estaba invadido aún por la nieve, ya próxima, pero detenida en los pinares que le cercan y le dan abrigo. Sus casas, vistas desde lo alto, parecían baldosas en el centro de una pradera.

La hija de los Hauser hallábase aposentada en una de aquellas viviendas grises. ¿En cuál? Ulrico Hunzi no podía precisarlo á tan enorme distancia. ¡Con qué gusto hubiera bajado antes de que borrase la nieve todos los caminos!

El sol acababa de ocultarse trasponiendo la

cumbre de Wildstrubel; Ulrico volvió á la hospedería. El viejo Hari fumaba, y al ver llegar á su compañero le propuso una partida de naipes. Sentáronse uno frente á otro, con la mesa entre los dos.

Jugaban á la brisca, y duró mucho el juego. Después de cenar se acostaron.

Los días consecutivos eran semejantes al primero: claros y fríos; no nevaba. Gaspar entreteníase acechando á las águilas y á los pocos pájaros que se atrevían á cruzar aquellas glaciales alturas, mientras Ulrico llegaba diariamente á la garganta de la Gemmi para contemplar el pueblo. Luego jugaban á los naipes, á los dados ó al dominó, cruzando alguna pequeña ganancia para que tuviese interés la partida.

Una mañana, levantándose Hari antes que su joven compañero, le llamó. Como nube movediza, ligera y abrumadora, caía la nevada, sin ruido, sumergiéndolos poco á poco en un oleaje de blanca espuma. Duró cuatro días y cuatro noches. Fue preciso despejar la puerta y las ventanas, abrir un pasadizo y hacer escalones en aquella masa que se puso en doce horas, helándose, más dura que las peñas de los derrumbaderos.

En adelante los dos guardas vivieron como cau-

tivos, no aventurándose mucho á salir de su guarida. Habíanse repartido los trabajos, en que se ocupaban los dos puntualmente. Ulrico Hunzi encargóse de la limpieza, de lavar la ropa, de fregar los platos, de asear las habitaciones; también era obligación suya partir leña. El viejo Gaspar guisaba y encendía lumbre. Sus ocupaciones mecánicas y monótonas dejaban lugar á partidas interminables de naipes, de dominó, de dados. Nunca disputaban, siendo el uno y el otro de carácter pacífico y bondadoso. Nunca tenían impaciencias, ni mal talante, ni palabras duras, hallándose resignados á sobre llevar tranquilamente las angustias de la invernada en aquellas cumbres.

Algunas veces, Gaspar Hari, cogiendo su escopeta, salía en busca de rebecos, y mataba uno de cuando en cuando. Entonces la hospedería de Schwarenbach alegrábase con un festín de carne fresca.

Una mañana salió á cazar. El termómetro, á la intemperie, marcaba 18 grados bajo cero. No había salido aún el sol, y el viejo esperaba sorprender á la res en los contornos del Wildstrubel.

Ulrico estuvo hasta las diez en la cama. Era muy dormilón; pero tenía costumbre de levantarse á la misma hora que Gaspar, no atreviéndose á des-

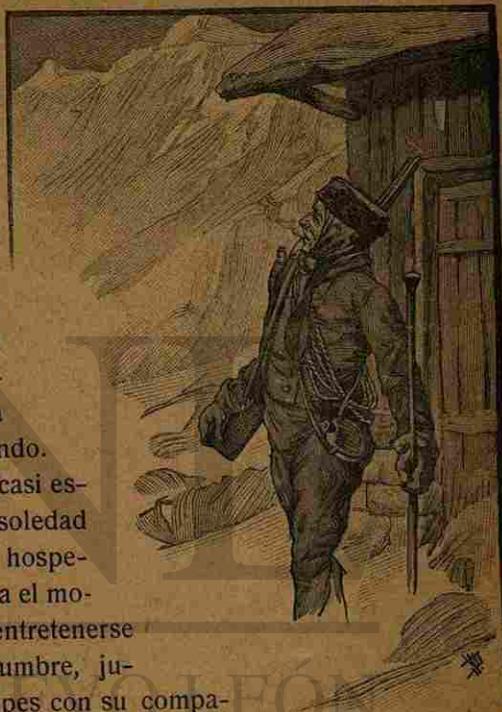
cubrir su morra en presencia del viejo, siempre activo y madrugador.

Almorzó tranquilamente con Sam, el perro montañés, que pasaba también los días y las noches junto á la lumbre, durmiendo.

Entristecido, casi espantado en la soledad inmensa de la hospedería, lamentaba el mozo no poder entretenerse como de costumbre, jugando á los naipes con su compañero.

Y con el ansia que deja un deseo invencible que no se logra, no acertando con distracción alguna para matar el tiempo, salió al camino por donde volvería Gaspar antes de anocheecer.

La nieve había sumergido ya en su blancura todo



el valle; rellenoando los huecos y cubriendo los dos lagos, formaba entre las cumbres gigantescas, una sola concavidad, lisa, cegadora y helada.

Cerca de un mes había pasado sin que Ulrico se asomase al abismo, desde cuyo borde contemplaba el pueblo. Y pensó darse aquel gusto antes de trepar en los repechos que le separaban de Wildstrubel. También Loëche yacía bajo la nieve, y no era posible descubrir sus viviendas, revestidas con un velo pálido.

Luego, dirigiéndose hacia la derecha, llegóse al ventisquero de Lœmmern. Avanzaba presuroso, infatigable, clavando en la nieve, dura como la roca, la férrea punta de su largo bastón. Sus ojos penetrantes, buscaban sobre aquella sábana inmensa un punto negro y movable.

Detúvose á la orilla del ventisquero, dudando que Gaspar hubiese tomado aquella dirección, y bordeaba los precipicios, cada vez más presuroso, impacientándose.

Al declinar el sol, daba un tinte sonrosado á las nieves. Un viento glacial, con bruscos alardes, pulimentaba la superficie cristalina. El mozo gritó; su grito fué un llamamiento agudo, vibrante, prolongado. La voz desvaneciöse, perdida en el silencio de muerte que invadía las montañas; corrió á lo

lejos, entre las ondulaciones de la espuma helada, como el chillido penetrante de una gaviota sobre la superficie del mar; apagöse, y no hubo respuesta.

Entonces, Ulrico prosiguió su marcha. El sol, trasponiendo las cumbres, oculto, arbolaba con sus últimos fulgores el cielo; pero el valle ya estaba sombrío, gris. Y el mozo, sintió miedo. Parecióle que la soledad, el silencio, la negrura, el frío, la muerte invernal de aquellos montes, infiltrados en su corazón, paralizaban su vida, helando su sangre y entumeciendo sus músculos, convirtiéndole al fin en un ser inmóvil y helado. Corrió, huyó hacia la hospedería. Sin duda el viejo había regresado. Sin duda estuvo cazando en otros parajes, y se hallaba ya sentado á la lumbre, teniendo á sus pies un rebeco.

Pronto vislumbró la hospedería; pero no arrojaba humo la chimenea. Corriendo, para llegar lo antes posible, apresuröse. Al abrir la puerta, el perro montañés le hizo muchos halagos. Pero Gaspar Hari no había vuelto aún.

Sobrecogido, Hunzi, miraba y remiraba, como si pudiera descubrir á su compañero agazapado en un rincón. Después encendió lumbre y dispuso la comida, esperando á cada instante que llegara el viejo.

De cuando en cuando, abría la puerta, deseoso de verle, de ver que se acercaba. Era de noche. Había

cerrado ya la noche macilenta de las alturas, la noche pálida, la noche lívida, débilmente alumbrada por un cuarto de luna casi á punto de ocultarse detrás de las cumbres.

Luego, el mozo entraba descorazonado, sentándose para calentarse los pies y las manos, mientras imaginaba y temía todos los accidentes posibles.

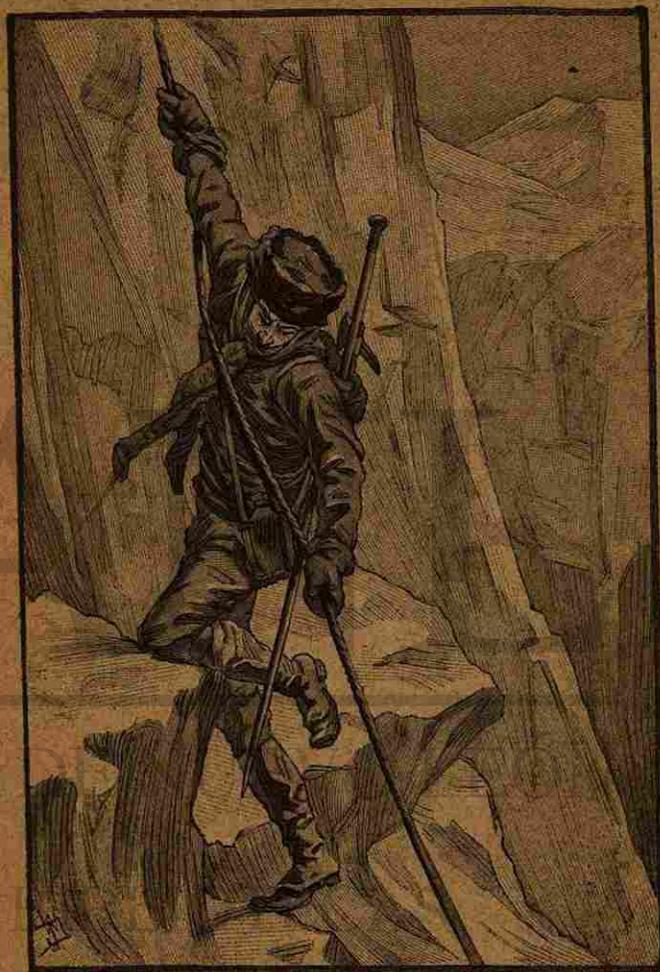
Gaspar Hari, pudo caer y romperse una pierna; pudo precipitarse por un despeñadero; pudo resbalar y torcerse un tobillo. Y estaría sobre la nieve, agarrotado, entumecido, triste, angustioso, tal vez pidiendo ayuda, gritando con toda la fuerza de sus pulmones, en el silencio de la noche.

Pero, ¿hacia qué parte? La montaña es tan extensa, tan confusa, tan escarpada, tan peligrosa en aquellos contornos, y sobre todo en aquel tiempo, que no hubieran bastado veinte guías, trabajando afanosos durante una semana, para encontrar á un hombre perdido en aquel desierto intrincado.

Apesar de todo, Ulrico se decidió á salir con el perro en busca de Gaspar, si al amanecer no volvía.

Entretúvose haciendo los preparativos.

Puso en un saco provisiones de boca para dos días, cogió los garfios de acero, arrolló á su cintura una cuerda larga, delgada y resistente, afiló el rejo de su largo bastón y el hacha que le servía para



labrar escalones en el hielo. Cuando lo tuvo todo prevenido, aguardó impaciente. Un leño ardía en la chimenea, y el perrazo montañés roncaba tranquilo junto á la lumbre. Golpeaba el reloj, como late un corazón inquieto, resonando sus latidos en la caja de madera.

Aguardaba impaciente, atento, con la esperanza de percibir lejanos ruidos, estremeciéndose cada vez que una ráfaga de viento hacía crujir la puerta.

Al oír las doce, tembló. Y sintiéndose acobardado, frío, puso á calentar agua para tomarse una taza de café hirviendo, antes de ponerse en camino.

Cuando sonó la una, irguióse, despertó al perro, y abriendo la puerta, encaminóse hacia Wildstrubel. Durante algunas horas trepó, valiéndose con frecuencia de los garfios, escalando las rocas, cortando con el hacha el duro hielo, avanzando siempre, valiéndose de la cuerda para subir al perro á lugares muy escarpados. Eran las seis, próximamente, cuando llegó á una de las cumbres donde Gaspar solía ir á caza de rebecos.

Y esperó á que amaneciera.

El cielo se aclaraba. De pronto, un fulgor extraño, que parecía brotar de la nieve misma, iluminó aquel océano vastísimo de pálidas cumbres, difundiéndose por todo el espacio. Poco á poco los pi-

cos más elevados y distantes ofrecieron una coloración sonrosada, carnosa; y el sol, enrojecido, asomó al fin sobre los gigantescos Alpes Bearneses.

El mozo dió principio á sus exploraciones. Avanzaba como un cazador, encorvado, atento, vigilante, con afán de advertir una huella, diciéndole al perro: «¡Sam! ¡Busca!, ¡busca!»

Bajaba, deslizándose por la vertiente de la montaña, registrando con escudriñadores ojos los despeñaderos. De vez en cuando lanzaba un grito prolongado, que se perdía en la inmensidad silenciosa; luego, aplicaba el oído sobre la nieve para escuchar. Creía oír una voz y corría, gritando nuevamente; y al convencerse del engaño sufrido, sentábase fatigado y desalentado. Al medio día comió y dióle de comer á Sam, que también estaba rendido.

Luego, reanudó sus exploraciones.

Había recorrido cincuenta kilómetros, y aún caminaba, cuando se hizo de noche. Hallándose á mucha distancia de su vivienda, y muy fatigado para emprender, á obscuras, aquella jornada, refugióse con Sam en una cueva que abrió en la nieve, y allí durmieron el mozo y el perro montañés, abrigados en la manta, dándose calor el uno al otro, resistiéndose al frío que les iba penetrando hasta la medula.

Ulrico estaba obsesionado por imaginaciones dolorosas, y el dolor sacudía también sus miembros helados.

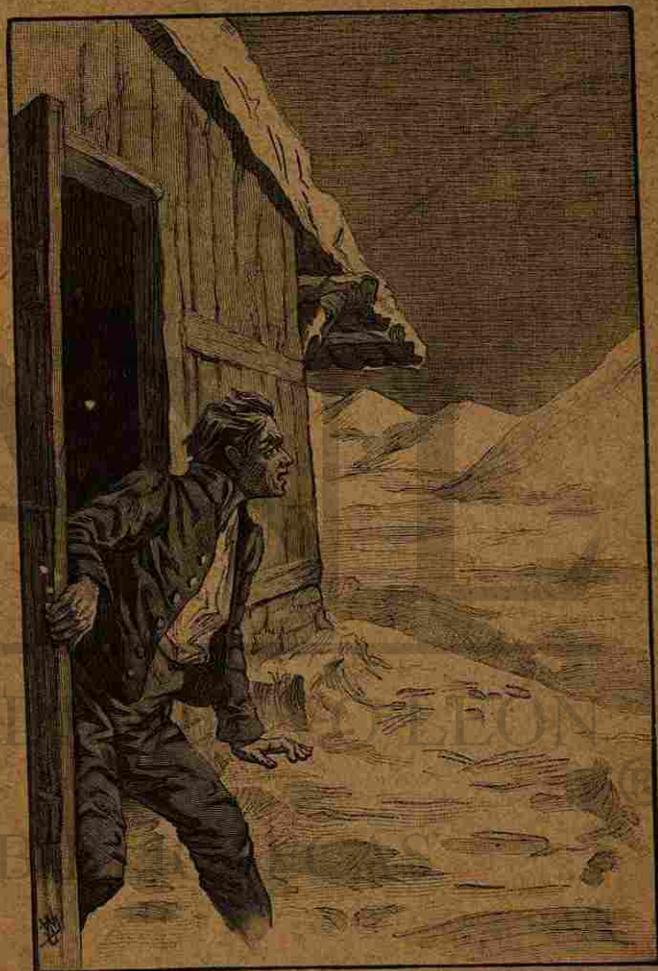
Era próximo al amanecer cuando se levantó; sus piernas entumecidas, con dificultad le sostuvieron, su espíritu desolado se llenaba de angustia, su corazón palpitante golpeaba violento, cada vez que suponía oír algún ruido.

Imaginósele de pronto que moriría también de frío en aquella soledad, y estremecido por semejante idea, espoleando sus desfallecientes energías, recobró su vigor.

Dirigióse hacia la hospedería, resbalando, cayendo, levantándose, y Sam le seguía muy rezagado, cojeando.

Hasta las cuatro de la tarde no llegaron á Schwarenbach. La vivienda estaba silenciosa y helada. El mozo encendió lumbre, comió y quedóse profundamente dormido, sin preocupación alguna.

Durmió así muchas horas, muchas horas, con un sueño invencible. Pero de pronto, una voz, un grito, un nombre — ¡Ulrico! — le sacó de su anonadamiento. Levantóse al instante. ¿Fué soñado? No; no fué soñado. Resonaba todavía; penetrando en sus oídos aquel nombre clamoroso y vibrante, aún estremecía sus nervios.



Le habían llamado sin duda — «¡Ulrico!» — Su nombre resonó cerca de la casa. No era posible dudarle. Abrió la puerta y aulló:

— ¿Eres tú, Gaspar?

Hacía viento; un viento glacial, de los que hacen crujir las piedras, apagando todo aliento de vida en las alturas desiertas. Hacía viento; sus ráfagas eran más desoladoras y mortíferas que los huracanes abrasadores del desierto.

Ulrico insistía:

— ¡Gaspar! ¡Gaspar! ¡Gaspar!

Y nadie contestaba. El silencio, el silencio de la nieve absorbía sus voces, y el espanto se apoderaba de su espíritu. Metióse de un brinco en la hospedería, empujó la puerta y corrió los cerrojos; luego desplomóse temblando sobre una silla, seguro de que acababa de llamarle su compañero, con el último clamor de su agonía.

Estaba tan seguro de aquello, como lo estaba de vivir y comer pan. Era indudable para el mozo que Gaspar. Hari agonizó durante dos días y tres noches en alguna sima, en algún barranco revestido por la nieve immaculada, cuya blancura es más terrible que la tenebrosa lobreguez de un subterráneo. Agonizó durante dos días y tres noches, y acababa de morir pensando en su compañero. Su

alma, ya libre, volvió hacia la hospedería donde reposaba el mozo, llamándole con el fantástico poder que tienen las almas de los muertos para visitar á los vivos. Había clamado la pobre alma sin voz, despidiéndose, renegando tal vez de la otra pobre alma dormida. Su grito fué un adiós ó un reproche contra el mozo que no supo encontrar al viejo, que tal vez no le buscó bastante.

Y Ulrico sintió que allí permanecía la pobre alma clamorosa, junto á la puerta cerrada con cerrojos, rondando, como un ave nocturna cuyos revoloteos hacen estremecer los cristales claros.

Hubiera huído, pero no se atrevió á moverse: casi aullaba de horror. El fantasma rondaría la vivienda constantemente, hasta que recibiera cristiana sepultura el cadáver del viejo.

Viendo salir el sol, tranquilizóse algo el mozo. Dispuso la comida para él y para el perro; después quedóse inmóvil, sentado, con el corazón dolorido, imaginándose á Gaspar echado sobre la nieve.

Al anochecer le sobrecogieron los mismos temores, las mismas zozobras de la noche anterior. Andaba recorriendo sin cesar la vivienda triste, á la luz de un candil, atento, vigilante, aguardando que se reprodujera el angustioso grito en la silenciosa lobreguez nocturna. Sentíase tan solo, tan desvalido

como ningún hombre debió estarlo jamás. ¡Tan solo, en aquel inmenso desierto de nieve! ¡Solo! á dos mil metros de altura sobre los hogares humanos, ¡tan lejos de la vida palpitante, bulliciosa! ¡Tan solo en las cumbres heladas! Un deseo invencible de huir le atenazaba. Huir á cualquier parte, de cualquier modo; bajar á Loèche precipitándose por el abismo... Pero no se atrevía ni á entreabrir la puerta, seguro de que la triste alma clamorosa le cerraría el paso para no quedar abandonada en aquellas regiones.

A media noche, fatigado, angustiado, miedoso, dejóse caer sobre una silla temiendo acostarse, temiendo la cama, donde suponía el descanso más propenso á las apariciones.

Y de pronto el clamor de la otra noche resonó en la estancia, tan agudo, que le hizo extender los brazos con violencia para rechazar lo invisible.

Cayó el mozo al suelo, despertóse al ruido el perrazo montañés, y comenzando á ladrar—como ladran los perros aterrados—recorría la vivienda olfateando un peligro. Al llegar á la puerta se detuvo gruñendo, erizándose.

Hunzi, completamente loco, habíase incorporado, y, amenazador, esgrimiendo como un arma su banqueta, gritaba:

—¡No entres! ¡no entres! ¡No entres, ó te mato! Sam, excitado por aquellas amenazas, aullaba furioso contra el enemigo invisible á quien se dirigía la voz de su dueño.



Al cabo, el perro se calmó. Echóse junto al hogar; pero estaba inquieto, con la cabeza erguida, con los ojos brillantes; y, gruñendo con frecuencia, mostraba los colmillos.

Ulrico, á su vez, recobró algo la serenidad, y para vencer los terrores que le acosaban, sacó una botella de aguardiente, bebiendo una tras otra, varias copitas. Aquello le rehizo;

pero se turbaron sus ideas, y un ardor febril le hormigueaba en la sangre.

Al otro día no comió apenas, limitándose á beber aguardiente. Vivió una semana, borracho. En cuanto recordaba la muerte de su compañero, bebía para olvidar, hasta caer al suelo, insensible, desmadrado, embrutecido.

Pero apenas disminuían los efectos del aguardiente, el clamor angustioso:—«¡Ulrico!»—le despertaba, como un balazo en la cabeza. Ergúfase, vacilante aún, haciendo equilibrios para no caerse, llamando á Sam en su ayuda. Y Sam, el perro, que parecía volverse loco también, como su amo, precipitábase hacia la puerta, mordiendo y arañando el postigo, mientras el mozo, echando atrás la cabeza, sorbía el aguardiente que le calmaba, desvaneciendo su terror, sus imaginaciones y su memoria.

En tres semanas consumió todo el alcohol de sus provisiones, y en cuanto no pudo acallar sus terrores con una borrachera continua, despertaron más furiosos y dominantes. La idea fija, exasperada, por la embriaguez embrutecedora, fué arraigando más y más en aquel doloroso aislamiento, y se le clavaba en el cerebro como una barrena. Recorría la estancia yendo y viniendo como un animal enjaulado,

acercándose á la puerta para oír *al otro*, y desafiándole á gritos.

En cuanto se quedaba dormido, cediendo á la fatiga, la voz clamorosa le despertaba, obligándole á ponerse de pie.

Una noche, al fin, logrando que su desesperación venciera su cobardía, precipitóse hacia la puerta y abrió, para encararse con el que le llamaba tan obstinadamente, para luchar con él y ahogarlo.

Al recibir en pleno rostro, como una bofetada, el aire frío, helósele hasta la medula, y volvió á correr los cerrojos, no advirtiendo que Sam, el perrazo montañés, había salido en aquel instante.

Luego, tiritando, atizó la lumbre, y sentóse para calentarse; pero un ruido le sobrecogió. Alguien arañaba la puerta, gimoteando.

El mozo gritaba enloquecido:

—¡Vete! ¡Vete!

Y le respondía un lamento prolongado y doloroso.

Entonces perdió el poco juicio que le quedaba. Repetía sin cesar:

— ¡Vete! ¡Vete!

Y girando sobre sí mismo, buscaba un rincón donde ocultarse.

Lloraba *el otro*, restregándose contra la puerta; y

Ulrico, acercándose al pesado aparador donde guardaba las provisiones, lo empujó con un esfuerzo sobrehumano, arrimándolo á la puerta, obstruyendo la entrada. Después amontonó allí todos los muebles, jergones, colchones, camas y sillas.

Pero el de afuera gemía sin cesar, lúgubrementey, no sabiendo qué hacer, el mozo se puso á contestarle con desgarradores gemidos.

Pasaron días y noches aullando el uno y el otro. El de afuera clavaba las uñas en el postigo, como si quisiese forzarlo; el de adentro, encorvado, vigilante, ansioso, aplicaba el oído al suelo para percibir los movimientos de su enemigo: y ambos respondían á sus clamores lastimosos con lastimosos clamores.

Al fin cesaron una noche los zarpazos y los aullidos que le desesperaban. El silencio rodeó la hospedería, y Ulrico, fatigado, se durmió profundamente.

Al despertar no conservaba ningún recuerdo, como si su cabeza se hubiese vaciado en aquel dormir abrumador.

Sintiendo hambre, se puso á comer.

Llegaba la primavera y la garganta de la Gemmi

volvió á quedar transitable. La familia de Hauser dispuso ya el regreso á su hospedería.

La madre y la hija, cabalgando en su mula, iban recordando á los dos guardas —que tal vez saldrían pronto á su encuentro —extrañándose de que uno de los dos no hubiese bajado al pueblo algunos días antes, para darles cuenta de la invernada.

Desde lejos, observaron que la hospedería estaba cubierta de nieve. Vieron la ventana y la puerta cerradas; pero al viejo Hauser le tranquilizó el humo que salía de la chimenea.

Junto á la puerta, vieron el esqueleto de un animal, roído por las águilas.

Ocurriósele á la madre que sería el esqueleto de Sam. Llamaron:

—¡Eh! ¡Gaspar!

Un grito de sorpresa respondióles; un grito agudo, semejante al aullar de una bestia.

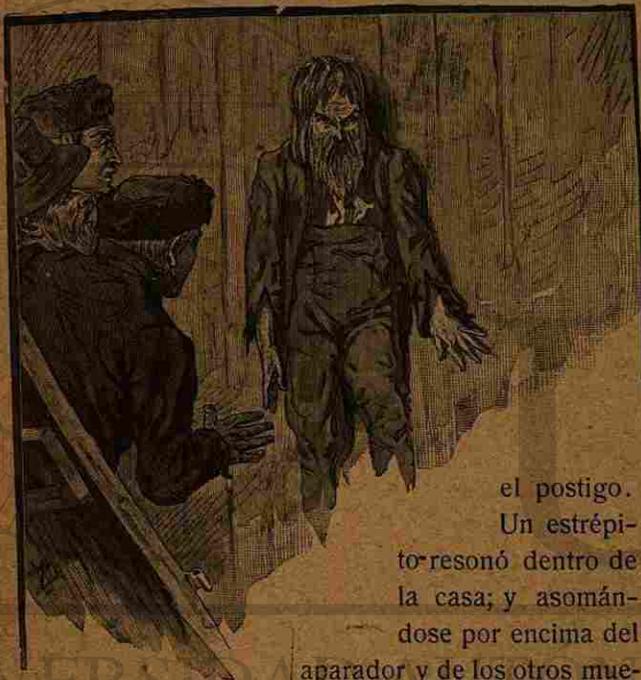
El padre repitió:

—¡Eh! ¡Gaspar!

Dejóse oír otro grito, análogo al primero.

Entonces, el padre y los dos hijos trataron de abrir la puerta, forzándola. No lo consiguieron; apenas cedía.

Cogieron una viga en el establo, y manejándola como un ariete, á su impulso violento se desencajó



el postigo.
Un estrépito resonó dentro de la casa; y asomándose por encima del aparador y de los otros muebles derribados, vieron á un hombre de pie, con el cabello largo hasta los hombros, con la barba muy crecida, los ojos brillantes y el cuerpo andrajoso.

Al principio no le reconocieron, pero la muchacha exclamó:

— ¡Es Ulrico! ¡Es Ulrico, madre!

Y la madre convencióse de que sí era Ulrico, aun cuando tenía el cabello blanco.

Los dejó acercarse y dejóse tocar, sin responder á las preguntas que le hacían.

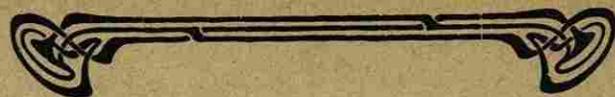
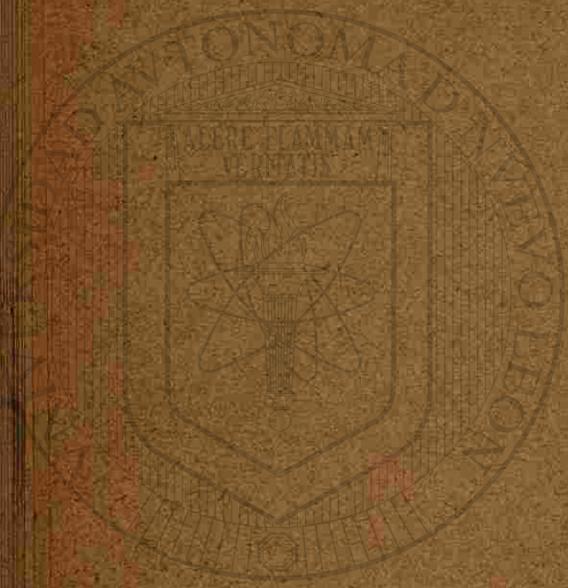
Fué necesario conducirlo á Loèche, donde los médicos certificaron su locura.

Nadie supo jamás la historia de su compañero.

Luisa estuvo enferma todo el verano; llegaron á suponer que se moría, y atribuyeron su enfermedad, su devoradora languidez, al frío de la montaña.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
1904, 1925 MONTERREY, MEXICO



TRIBUNALES RÚSTICOS

EN la sala del Juzgado de paz de Gorgueville, hallábanse muchos labriegos aguardando, apoyados en las paredes, inmóviles, á que diera principio la sesión.

Los había de muy diferente complexión, altos y bajos, gordos coloradotes como tomates, y flacuchos renegridos que parecían hechos con un tronco de manzano. Habían dejado en el suelo sus cestas y se mostraban reposados y silenciosos, apoyados en las paredes, rumiando cada uno sus asuntos. Apestaban todos á establo y á sudor, á leche agria y á estercolero. Revoloteando, zumbaban las moscas junto al techo blanquecino, y oíanse cantar los gallos en los corrales del pueblo.

Sobre una especie de estrado, alzábase una larga mesa revestida con un tapete verde. Un viejo rugoso, escribía sentado en la extremidad izquierda. Un

gendarme tieso como un huso, con la cabeza muy erguida, sentábase al extremo de la derecha. Y sobre



la pared enjalbegada y desnuda, un Cristo de madera, retorciéndose, tallado en una postura dolorosa, parecía ofrecer aún sus padecimientos para redimir una vez más los pecados irremediables de aquellos brutos que olían como las bestias.

Al fin compareció el señor juez de paz. Era un hombre barrigudo, colorado; y al entrar apresuradamente, como quien se dispone á no perder ni un instante, sacudía y balanceaba su negra toga; sentóse, dejó el birrete sobre la mesa y miró á la concurrencia con el desprecio más profundo.

Era un abogadillo de provincia y un refinado, un culto del distrito, un presuntuoso de los que traducen á Horacio, saborean los epigramas de Voltaire y saben de memoria Vert-Vert y las poesías impúdicas de Parny.

Al sentarse dijo:

—Señor Potel, vaya usted llamando.

Y, sonriendo, murmuró:

—*Quidquid tentabam dicere versus erat.*

El escribano, alzando su calva frente, masculló de un modo ininteligible:

—La señora Victorina Bascule, contra Isidoro Paturon.

Avanzó hacia el estrado una mujer enorme, una pudiente campesina, una señora de la cabeza de partido, tocada con su capota de anchas bridas, luciendo en el reloj una cadena de oro que ondeada sobre su abultado vientre, con sortijas en los dedos y pendientes en las orejas—deslumbrantes como luces encendidas.

El juez de paz la saludó con una mirada sonriente, donde pudo adivinarse un destello de irónica burla, y dijo:



—Señora Bascule, formule usted sus quejas.

La parte contraria se había colocado en el otro extremo, formando un grupo; eran tres personas: un campesino de veintiséis años, mofletudo como

una manzana y colorado como las amapolas; una mujer—su esposa—muy joven, flacucha, endeble, pequeña, como una gallina mojada, llevando su cabeza raquítica tocada con una cofia que hacía el efecto de una cresta; sus ojos eran redondos, asombrados y coléricos: no miraban de frente, sino á uno y otro lado, como los de las aves; y el padre del campesino, un viejo encorvado, cuyo cuerpo retorcido escondíase bajo una blusa inflada y tiesa, como dentro de una campana.

La señora Bascule, declaró:

—Señor juez de paz: hace quince años que recogí á ese mozo. Lo eduqué, tomándole cariño, como una madre. Todo lo hice por él, para convertirlo en un hombre de provecho. Me había prometido, jurándome que no se apartaría nunca de mí; hasta me firmó un papel, asegurándomelo; y fiada en esto, yo le doté, cediéndole mis tierras del Bec-de-Mortin, que valen unos ocho mil francos. Así vivíamos, una polilla; una enredadora, una lechuza, una desvergonzada...

EL JUEZ DE PAZ. — Conténgase usted, señora Bascule.

LA SEÑORA BASCULE.—Una... una... una... ¡Bien! ¡me lo callo! le volvió del revés el juicio, haciéndole no sé qué... Sí... No sé qué le hizo para entonte-

cerle; y el estúpido se casó con ella; se casó, aportando al matrimonio mis tierras del Bec-de-Mor-tin... ¡Ah!... Eso no es tolerable... no es posible... No, y mil veces no. Tengo un papel, un compromiso firmado. Ese matrimonio es nulo. Vea usted mi documento. Y si no vuelve á mi casa el mozo, que me devuelva mis campos. Hicimos para la cesión de las tierras una escritura notarial, y para el arreglo amistoso un escrito privado; también es un documento. Cada cual debe quedarse con lo suyo: ¿no es verdad, señor juez? *(Al decir esto, le presentó un papel sellado, extendido.)*

ISIDORO PATURON.—No es verdad.

EL JUEZ DE PAZ.—Cállese usted. Ya le llegará su turno.

(Leyendo.) «El firmante, Isidoro Paturon, se compromete con toda formalidad á vivir en compañía de la señora Bascule, atendiéndola y sirviéndola como se merece, mientras viva, en pago de los favores recibidos. Gorgueville 5 de Agosto de 1883.» *(Acabada la lectura y apartando la vista del papel, siguió hablando.)* Hay una cruz en vez de firma. ¿Es que usted no sabe firmar?

ISIDORO.—No se firmar, señor juez.

EL JUEZ.—¿Reconoce usted que hizo esa cruz?

ISIDORO.—No; no la hice, señor juez.

EL JUEZ.—¿Sabe usted quién la hizo?

ISIDORO.—Ella; ella la hizo.

EL JUEZ.—¿Juraría usted que no hizo esa cruz?

ISIDORO.—*(Precipitándose.)* Sobre la cabeza de mi padre, de mi madre, de mi abuelo, de mi abuela y del Cristo que me oye, juro que no la hice. *(Tiende la mano, y escupe por el colmillo para reforzar su juramento.)*

EL JUEZ DE PAZ.—*(Sin que le sea posible contener la risa):* ¿Qué género de relaciones tuvo usted con la señora Bascule, aquí presente?

ISIDORO.—Pues... las relaciones que tienen los hombres y las mujeres... en la cama. Quiso que durmiéramos juntos. *(Risa en el auditorio.)*

EL JUEZ.—¿Quiere usted decir que su trato con la señora Bascule no ha sido tan puro como ella supone?

EL VIEJO.—*(Adelantándose á dar su opinión, que nadie le pide):* No tenía el mozo quince años, cuando me lo pervirtió.

EL JUEZ.—¿Está usted seguro?

EL VIEJO.—No tenía quince años aún. Desde los diez le robustecía; lo engordaba, como se ceba un pavo para que sepa mejor después. Le atiborraba de comida, le hacía comer hasta reventar para que fuera un mozo potente. Y cuando le pareció que ya

estaba en disposición de saborearlo... hizo... lo que hizo. Me lo pervirtió.

EL JUEZ. —¿Y usted, callaba, consintiéndolo?

EL VIEJO. —Yo consentí, porque al cabo habría de suceder, con ella ó con otra...

EL JUEZ. —Pensando así, ¿de qué se lamenta?

EL VIEJO. —De nada. ¡Oh! Absolutamente de nada; sólo que, ya se hartó, llegando un día en que no pudo más; y es un hombre libre. Yo no me quejo; lo que hago es pedir que las leyes le protejan.

LA SEÑORA BASCULE. — Me abruman con sus mentiras y su desvergüenza, esas gentes. Lo cierto es que lo hice hombre.

EL JUEZ. — ¡Caramba!

LA SEÑORA BASCULE. —Y ahora, faltando á su compromiso, me huye, me abandona, y me quita lo mío: mis tierras. No se las dí para que se divertiese con otra.

ISIDORO. — Señor juez, hace ya cinco años que yo me propuse dejarla, porque había engordado mucho, teniendo un vientre atroz; y un vientre así, no está bien; un vientre así es una cosa muy desagradable; yo no puedo... Y se lo dije; le dije que me iba. Entonces comenzó á llorar como una desesperada, y me prometió cederme sus tierras del Bec-de-Mortín si continuaba con ella durante algunos años,

cuatro ó cinco solamente. Yo lo medité, y resolví aceptarlo. Era una proposición muy tentadora. Usted, ¿qué hubiera hecho en mi lugar, señor juez?

Continué viviendo con ella cinco años, día por día, hora por hora. Estábamos, al fin, en paz; á cada uno lo suyo. ¡Valía bien la pena! (*La mujer de Isidoro, hasta entonces callada y encogida, gritó de pronto con voz penetrante de cotorra*):

—Pero, mírela usted, mírela usted, señor juez. ¡Mire á esa tarasca, y dígame si valía el campo que le dió, y mucho más, lo que le hizo hacer!

EL VIEJO. —(*Bajando la cabeza, convencido, repitió*): Sí; valía mucho más lo que le hizo hacer. (*La señora Bascule se desplomó en un banco, desmayada, y cayeron de sus ojos lagrimones como puños.*)

EL JUEZ DE PAZ. —(*Suavemente y consolador*): ¿Qué quiere usted, señora? No puedo nada en este asunto. Usted hizo donación de las tierras de Bec-de-Mortín en una escritura notarial en toda regla. No es posible remediarlo. Él estuvo en su derecho casándose y llevando al matrimonio los bienes que le había regalado usted. Yo no puedo inmiscuirme ahora en ciertas cuestiones de... de... delicadeza... Estoy obligado á ver sólo en este asunto el aspecto legal. Siento no hallarme, señora, en condiciones de servirla.

EL VIEJO. —(*Con una especie de altivez, orgulloso*

de su victoria): ¿Podemos irnos á nuestra casa?

EL JUEZ.—Cuando quieran. El juicio terminó.

(Isidoro, su mujer y su padre, salieron; todos los campesinos los admiraban al pasar, como se admira siempre al vencedor, en cualquier pleito. La señora Bascule, quedóse lloriqueando, sentada.)

EL JUEZ DE PAZ.—(Sonriente.): Tranquilícese usted, señora; tranquilícese usted; serénese. cálmese; y... si me pidiera consejo... le diría... le diría que buscara otro mocito... para educarle con su protección... y hacerle hombre.

LA SEÑORA BASCULE.—(Sorbiendo lágrimas): Ya no lo encontraré... Ya no... Ya no...

EL JUEZ.—Siento no poder indicarle alguno...

(Ella dirigió sus ojos empañados, hacia el Cristo que se retorcía en la cruz. Luego, se puso de pie y salió sollozando, angustiada y afligida, cubriéndose la cara con el pañuelo.)

EL JUEZ DE PAZ.—(Dirigiéndose al escribano y en tono burlesco): Calipso no podía consolarse de la marcha de Ulises... (Se detuvo, mudando la expresión de su rostro para decir, en serio, con autoridad):

—Siga usted llamando.

EL ESCRIBANO.—(Entre dientes): Celestino Hipólito Lecacheur.—Próspero Magloire Dieulafait...



INDICE

	Páginas
El Horla.....	5
Amor.....	63
El remanso.....	75
¡Salvada!.....	89
La señora <i>Balancín</i>	99
El marqués de Fumeról.....	109
La seña.....	125
El diablo.....	137
Los Reyes.....	153
En el bosque.....	179
Una familia.....	191
José.....	203
La hospedería.....	215
Tribunales rústicos.....	245

de su victoria): ¿Podemos irnos á nuestra casa?

EL JUEZ.—Cuando quieran. El juicio terminó.

(Isidoro, su mujer y su padre, salieron; todos los campesinos los admiraban al pasar, como se admira siempre al vencedor, en cualquier pleito. La señora Bascule, quedóse lloriqueando, sentada.)

EL JUEZ DE PAZ.—(Sonriente.): Tranquilícese usted, señora; tranquilícese usted; serénese. cálmese; y... si me pidiera consejo... le diría... le diría que buscara otro mocito... para educarle con su protección... y hacerle hombre.

LA SEÑORA BASCULE.—(Sorbiendo lágrimas): Ya no lo encontraré... Ya no... Ya no...

EL JUEZ.—Siento no poder indicarle alguno...

(Ella dirigió sus ojos empañados, hacia el Cristo que se retorcía en la cruz. Luego, se puso de pie y salió sollozando, angustiada y afligida, cubriéndose la cara con el pañuelo.)

EL JUEZ DE PAZ.—(Dirigiéndose al escribano y en tono burlesco): Calipso no podía consolarse de la marcha de Ulises... (Se detuvo, mudando la expresión de su rostro para decir, en serio, con autoridad):

—Siga usted llamando.

EL ESCRIBANO.—(Entre dientes): Celestino Hipólito Lecacheur.—Próspero Magloire Dieulafait...



INDICE

	Páginas
El Horla.....	5
Amor.....	63
El remanso.....	75
¡Salvada!.....	89
La señora <i>Balancín</i>	99
El marqués de Fumeról.....	109
La seña.....	125
El diablo.....	137
Los Reyes.....	153
En el bosque.....	179
Una familia.....	191
José.....	203
La hospedería.....	215
Tribunales rústicos.....	245

